CARLOS SILVA VILDOSOLA

LECTURAS DE LA BIBLIA

EDICIONES ORBE

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 6 1989
THEOLOGICAL SEMINARY

BS
571
.L82
1992

LECTURAS DE LA BIBLIA

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR
SANTIAGO DE CHILE - 1943
INSCRIPCION N.º 9756

LA EMPRESA EDITORIAL ORBE, SOCIEDAD COMERCIAL CHILENA, NO SE HACE RESPONSABLE POR LAS OPINIONES, IDEAS O TEORIAS QUE MANIFIESTEN LOS AUTORES DE LOS LIBROS QUE EDITA.

CARLOS SILVA VILDOSOLA

LECTURAS DE LA BIBLIA

Prólogo de Gabriela Mistral

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 6 1989
THEOLOGICAL SEMINARY

EDITORIAL ORBE
SANTIAGO DE CHILE

21-I-44.

D. CARLOS SILVA VILDOSOLA, MAESTRO DEL PERIODISMO CHILENO.

El periodismo chileno ha perdido (1) al maestro de su oficio, a su jefe indudable, y el elogio de su vita operosa le ha sido dado a manos llenas en la América Española, por tirios y troyanos.

Yo supe al llegar al Brasil la noticia de esta muerte, que mucho me sorprendió, pues hace dos años no más le ví joven de cuerpo y saludé aquel rostro rojizo, que parecía estar regado por una sangre rica que le bañase mejor que a otros hombres. Me alegré entonces de mirarlo envejecer con belleza, y constaté una vez más que los humanistas tienen la ciencia del buen vivir y algo así como la estética del ocaso. Ni quebranto moral ni comejenes seniles había en el trabajador que, sin embargo, tenía derecho a la fatiga, después de cuarenta años de batalla gremial.

---

(1) Publicado, a raíz de su muerte, el 22 de diciembre de 1942, en "La Nación" de Buenos Aires y en "El Mercurio" de Santiago.

Fué Silva Vildósola un hermoso varón de talla suficiente; ágil, a despecho del sedentarismo de su oficio; de un perfil aguileño muy agudo, con el cual cortó las grosuras de este mundo; daba al mirar la sorpresa de unos ojos de linar belga en el mes de flor; las mejillas enjutas, sin onza de carne, eran muy vascas; y la sequedad de las facciones se acentuaba más en la boca delgada, igual que el concepto agudo salido de ella a cada ocasión. La perspicacia de su mirada mantenía alerta al interlocutor y yo creo que nadie pudo oirlo nunca pasivamente, a causa de la virtud doble de aquel ojo excitante y de la palabra substancial, a los que había siempre que responder. Pero así el mirar como el hablar, que urgían, se mojaban a trechos de una dulzura, y casi de una ternura femenina. Hombre atareado si los hubo, D. Carlos Silva no perdió la bondad criolla, que tal vez sea la marca de la criatura sudamericana, ya que el europeo ha secado la ternura en su entraña y en su parecer...

Había nacido para jefe de hombres, y lo fué, pero con una manera la más señoril, es decir, la más imperceptible con que sea dable gobernar a las gentes. Quien lo obedeció, colega o sirviente; quien lo acató, amigo o familiar, no probó en tal patrón la dureza del obedecer, y el país mismo que siguió muchas veces su voluntad, supo menos todavía que era conducido. Y es que a Silva Vildósola puede llamársele como a contados jefes de empresa, un hombre de orden espiritual, y como tal repugnó la violencia y su prima-hermana la soberbia. Así fué como las cejas no se encresparon en su frente y la cuchillada del ceño no partía las dos suaves porciones de su cabeza gris.

CULTURA INGLESA.— Mi compatriota sirvió en su primera juventud un cargo secundario en nuestra Embajada de Londres, y supongo que fué llevado allá por D. Agustín Edwards, el propietario de la Empresa de "El Mercurio" y su amigo de toda la vida. Este hubiera sido quien supiese contarnos un día al ilustre auxiliar del que hizo un camarada, porque la historia de su larga amistad fué en buena parte la de "El Mercurio". (1)

Pocos años vivió en Inglaterra Silva Vildósola, pero el influjo inglés representa siempre una cavadura en el carácter y esta vez se trataba de hombre muy sensible. No volvería a residir allí, pero la cultura inglesa, gran señora y gran creadora de almas dirigentes, le asistiría por medio siglo.

A quien le conoció, su mentalidad, y hasta alguna cosa de su físico, le hacía pensar en una yuxtaposición de gran señor español del siglo XVI y de **gentleman** moderno. Su señorío era muy de raza, pero su consumada tolerancia en lo religioso, su concepto de una justicia social plena, realizada bajo un método no revolucionario, y su ciencia de convivir con amigos y adversarios políticos, todo esto era la huella húmeda todavía de la formación que le dió Inglaterra. El hecho es curioso pero frecuente en Chile.

La sangre vasca tuvo y mantiene cierta aproximación de carácter a lo británico y las confluencias que existen entre ambos temperamentos son fácilmente comprobables en la chilenidad. Hasta hace poco años, dominó la vida chilena un grupo de familias vascas que así en los hábitos familiares como en los políticos se avenía más con la manera democrática inglesa, un poco gris, que con los modos espectaculares de la democracia francesa, hija del 89.

---

(1) D. Agustín Edwards falleció el 18 de Junio de 1941.

El viejo Chile adoptó ciertas normas británicas durante un siglo y nuestra vida nacional corrió sobre esos viejos rieles seguros, mientras "El Mercurio", bajo la tuición de su Director, hacía otro tanto, adoptando en país criollo el tipo de un periodismo a la inglesa, poco caluroso, nunca convulsivo, regido por un designio de ecuanimidad consumada y que sus jefes vigilan hasta hoy.

VIDA.— A su regreso de Inglaterra, Silva Vildósola ingresó en la casa periodística que no dejaría sino otra vez al partir en corresponsalía de guerra. Así pues él retuvo el cargo de Director por media vida. El Maestro en su diario conocía desde el contador al cajista y al rotulador; él no gobernaba una masa según el uso yanqui; él se allegaba a cada uno, como jefe de empresa cristiana, por verlos trabajar o por escuchar sus problemas íntimos. La llamada fascinación de las letras de plomo o del ritmo de la rotativa, el gusto visual de la composición tipográfica y la curiosidad de leer los originales de las firmas nuevas; la vida vespertina y la nocturna del periódico, con su barroco desfile de pedigüeños, de reclamantes y de visitas más o menos abusivas, todo eso entró en la grandeza y la servidumbre del oficio aceptado y querido por este hombre fiel, siete veces fiel.

El cómo resistió tanto conservando la benevolencia de que espejeaba su cara; el cómo no cayó por las rampas del cansancio malhumorado, es cosa que yo no entendí sino la primera vez que visité su casa.

Se había casado con doña Amelia Pastor, señora española, y había ensayado el arte de la vida doble: el buró lleno a rebosar, la casa un poco apartada para la dicha; la literatura de grandes hojas húmedas allá en en la imprenta; en su casa, las páginas enjutas de los viejos libros clásicos, o de temas tratados por gente

de hoy; una que otra novedad, chilena o inglesa; pocos magazines. Un amoblado severo y simple, porque él huyó lo alharaquiento hasta en los objetos. Puertas y ventanas sobre un jardín lleno de un reposo que se oía, se veía y se palpaba. Y trajinando entre ese prodigio de orden, de claridad y de silencio, Doña Amelia Pastor, mujer capaz de crear la dicha de un compañero, sin necesidad de cosa alguna fuera de ella misma y de cuatro muros. Cuando ella se sentaba y yo quedaba entre los dos, casi oía y casi palpaba el amor que se tenían.

En esa mansión suficiente, ni pequeña ni viciosa de espacio, residía el secreto de la vitalidad que él lució hasta el último día, sin gasto, sin ruina, entero.

Cuento entre las más lindas frases que haya oído, ésta de mi amigo. —Gabriela, yo tengo una honra que me parece la mejor de las honras que poseo, y es que veo vivir dichosa a mi mujer y miro la felicidad de ella como el cuerpo de la mía. Está en ella mi dicha y por esto yo la puedo conocer; si estuviese en mí, yo no podría mirarla.

Desde aquí, mientras escribo, estoy viendo aquella casa con una especie de ternura física. Allí vivió una pareja magistral de criaturas, cada uno velando el sosiego del otro, pero uno de ellos, la mujer, cuidando con una ansiedad de guardián de cristales a su compañero, por ser marido y también por ser una de las fuentes de salud de su pueblo.

Los Gobiernos hicieron relumbrar delante del Maestro el espejo para cazar alondras de los más altos cargos, entre ellos nuestra Embajada en Inglaterra. Era la ocasión de reconfortarse en la patria de sus principios y ocasión de conversar de viva voz con el poeta Mansfield o con Virginia Woof a quien sobreestimaba y a quien hizo leer a muchos, y era la oportunidad de

recuperar unas miajas de su juventud, caminando Hyde Park.

Pero el hombre de orden espiritual, hincado en su menester como el algarrobo chileno en el terrón, aventó las tentaciones. Hay que contarlo como un fenómeno dentro de nuestra sensualidad criolla que, solicitada por cualquier ocasión fulminante, se va en derechura hacia los poderes grasos y los cargos de tomo y lomo, donde dirigir es enriquecerse y dominar a los otros.

Su profesión no le dió realmente fortuna, dándole en cambio fortunas. Afortunado fué, a pesar de los rencores que guardaron muchos pedigüeños de publicidad hacia el dueño y señor de la primera cátedra del país. Lo confortó, lo consoló, lo colmó, el amor de su familia moral que no era pequeña. A los setenta años, prueba curiosa de los bríos de su alma, ingresó en el grupo mozo de la Falange, hacia la cual lo llevó una fórmula de justicia social moderna y de tradicionalismo católico. Al igual de Chesterton, en vez de darse a la siesta de la jubilación, él trabajaba en la Falange, junto con muchachos en los andamiajes del futuro de Chile, larga y dura albañilería cuyos remares él verá desde su orilla, donde el que quiere puede volver la vista y acompañar un poco a los vivos en la terrible faena terrestre.

MAGISTERIO.— El campo de su trabajo fué la patria entera ¿En qué empresa nacional no influyó D. Carlos Silva Vildósola, es decir, "El Mercurio"? Y qué chileno de mi generación no fué trabajado de cerca o de lejos por el magisterio del editorialista? Ninguno de nosotros podría asegurar que se quedó fuera de esta especie de enorme usina espiritual de Chile, y el que lo hiciese sería bastante vanidoso. Pero muchos tendrán la ilusión de que no le son deudores, porque el

oficio periodístico deja a las multitudes la sensación, para ellas muy grata, de que las ideas a que obedecen no las tomaron de nadie. Las multitudes son tan fuertemente ingratas como un solo hombre ingrato puede serlo, y en este caso del benefactor anónimo les es lo más fácil del mundo liberarse del agradecimiento...

Yo pienso en el periodismo de Silva Vildósola como en la lluvia delicada del centro de Chile, que sin catarata traspasa las ropas, empapa los surcos para la siembra del día siguiente, y que vale por diez aguaceros rápidos. Esta manera fuerte y mansa fué la del gran pedagogo de nuestra sensibilidad nacional.

Su prosa, parecida a los canales chilenos, corría por el espíritu con la misma nobleza de esa agua de ingenierías ancestrales, es decir, abundante y sin atropello. ¡Qué corrección sin esfuerzo y qué habilidad para convencer sin más ayuda que la claridad y la razón! No se respira y no se camina con menos esfuerzo del que vería en un editorial de "El Mercurio". Y es que el prosista de raza no se gasta más en su escritura que en su conversación, y por eso convence al lector de que el suyo no es un arte, sino una común función vital.

En países de lengua estropeada como son los pueblos que porque fueron colonias usan una habla prestada, el magisterio periodístico de Silva Vildósola, a la vez anónimo y enorme, valía por una cátedra de español, si es que pudiésemos imaginar una clase cotidiana para dos millones de auditores. Cada mañana el lector chileno recibía, junto con el desayuno, su lección de orden y su regalo de claridad verbal. Nuestro pueblo no sabe cuánta eficacia para pensar y cuánta derechura de sintaxis le vino del maestro sin rostro y sin paga, a fin de que las usase a lo largo de sus negocios y su ajetreo de cada día.

La profesión que carece de presencia corporal y de rúbrica neta, tiene inconvenientes. En el cuerpo colegiado de una redacción escriben varios; pero el hábito simplificador de los lectores atribuye cuanto lee a uno solo, al patrono del vago colegio. Muchas veces el santiaguino atribuyó a su mentor artículos ajenos y alimentó contra él algunos odios gratuitos.

Tuvo malquerencias en vida D. Carlos Silva, pero en todo caso, menos de las que habría cargado cualquier hombre al gobernar la opinión pública de un país. Yo diría que tuvo el mínimum de odios que es dable en un pueblo español, vale decir contendor. Pero ahora, cuando él ya ha pagado los ochavos de Caronte, se sabe que el odiado no fué nunca un odiador ¡linda maravilla! Su espíritu carecía de angostura individual y pueblerina; él era un chileno de despejo marino y su inteligencia consideraba los asuntos a lo teólogo, volteándolos como el diamante, hasta recogerles el estremecimiento de todas sus luces. Una tal manera de ojear tenía que hacerlo un hombre de perdón.

D. Carlos era un cristiano de confesión semanal, seguramente no por gazmonería, sino por una naturaleza escrupulosa. Y cuando digo esta palabra escrúpulo, quisiera indicar un primor casi preciosista, una aguda meticulosidad aplicada a los negocios del alma y de la ajena por añadidura.

EL EQUILIBRIO.— Fué la cualidad más permanente y la más visible en D. Carlos Silva Vildósola, un pasmoso equilibrio vasco que no se bamboleó nunca, una cordura que residía a mitad de su ser y que era estable como una viga madre.

Alguna vez yo le hablé de virtud tan poco común en el criollaje hispano-americano, y mientras escribo, recuerdo que se quebró su sonrisa hacia las comisuras al contestarme así:

—"Ay, Gabriela, es la cualidad menos popular en nuestra raza; las gentes la hallan chata y vulgar; no la estiman en tiempo normal y sólo la agradecen después de que pasa una tormenta y necesitan de los cuerdos para rehacer el cuerpo patrio". Cierto es que las gentes miran la sensatez pasiva, y es activa por excelencia, como necesita ser vigilada, al igual de una bujía que arde. Un poco menos y ya no es ecuanimidad, se hiela. Ni helado ni inerte fué el equilibrio del Maestro chileno, porque en todo él, de carnes adentro, se agazapaba un rescoldo de pasión tan escondido que los lerdos apenas lo vieron.

La labor más sustantiva de los últimos años de Silva Vildósola fué un curso que dió en la Universidad Católica sobre los "Profetas Hebreos", lleno de una materia que rebosaba por mucho el título. Porque él habló allí del hecho sobrenatural del Profetismo en la raza extraña, que llega a parecer fábula dentro de cualquier tiempo; y habló del territorio mínimo que produjo el Profetismo como un palmo de desierto suele dar de sí una flor de ambrosía y de garfios, cuyo orden sobrepasa el botánico y se asoma a la mitología.

Ninguna alma de baja temperatura habría escogido este asunto de fragua, ya que el judío parece ser la calentura misma del mundo que lo libra de congelarse, pero que suele despeñar sobre él torrentes de tremendos delirios.

El Isaías que mi amigo tanto amó, por su prodigiosa adivinación de Cristo, y el Ezequiel que le sacudía las raíces del ser, con su metáfora sobrenatural, y el David cargado de su cordillera de salmos, cada uno más convulso que el anterior, todo esto no tienta a un alma que no lleve sobre sí la marca de la pasión, signo de preferencia divina.

Lo que había en D. Carlos Silva era mucho más precioso que el equilibrio con que se nace y que suele

ser frigidez o egoísmo, lo que él vivió fué precisamente la doma de un temperamento caluroso, del cual desconfiaba, y que solo dejó su rúbrica en uno que otro girón no periodístico de su obra. Hay más: Silva buscaba la pasión como un país de temporada, donde él podía gozar un poco de ella sin el riesgo de trocar su índole, porque le era necesaria como el mar a todos los hombres de tierra adentro que bajan a él por agitar sus potencias. La poesía bíblica desempeñó respecto de mi amigo esta función de la marejada, y no dejó que su alma conociese el marasmo del criollo que se engrasa en el bienestar. Vuelve aquí a aparecer la garra inglesa que lo marcó, pues es rarísimo en Chile el católico de Biblia y más aun el que la abre cada día.

No le sirvió a él, sirvió a la chilenidad la gran "sagesse" del periodista; ella fué la aplacadora de nuestras tormentas colectivas y retejió en muchas ocasiones las mallas rotas de la concordia nacional. Aquella mano de escribir fué mano de curar la violencia o de lavar las llagas del encono político.

Nacido para hacer obra propia, este sacrificado de las galeras periodísticas renunció a muchas cosas, y la mayor de ellas la esencia creadora de su ser, a la que dejó quemarse como una enorme resina de pinos que no soltó su llama.

Se precisa conocer la hoguera de vanidad que suele existir en la profesión literaria, para estimar bien el anonimato periodístico. En el caso de que nuestra sociedad moderna guarde algún hilo del tejido medieval, esa hebra perdida estaría representada por el gremio de la prensa, que yo suelo pensar como el cortejo nocturno de una secta que desfilase con el capuchón abajado, sin rostro y sin nombre. Ella entra al anochecer por las puertas de los rascacielos, a cumplir, hasta el alba, su oficio de pensamiento colegiado, y lo que

allí escribe son unos textos que durarán apenas un día, como escritura garabateada en dunas.

Y cuando estos hombres de personalidad abolida son el novelista Silva Vildósola, que renunció a hacer novelas, y el humanista que rehusó escribir sus conversaciones magistrales, y cuando además estos dirigentes natos apartan de sí todas las dignidades oficiales, entonces muy dignos son de ser contados en un corro a los propios y en una Academia a los extranjeros ilustres, aunque no hayan dejado a sus espaldas un alto cubo blanco de libros, o precisamente porque no nos dejaron acicate alguno que atenacee la potencia morosa y reacia que llamamos memoria.

SENSIBILIDAD.—Una de las maravillas que vimos en la vida de D. Carlos fué la defensa de su sensibilidad artística que se mantuvo íntegra y fresca a pesar del terrible editorialismo en el cual le sumergió y pudo ahogarle su menester. Muchos escritores no han resistido la prueba, y forzados por la vida económica han tenido que cambiar su misión magistral de Jacobes por las lentejas de Esaú. Gran desgracia, porque el sacrificio de la vocación es mucho más grave que el de la vida misma; y bien lo supo Thomas Hardy, que en su "Judas el oscuro" trató de la vocación rota como de una tragedia pura, que acaba en el hombre colgado de una cuerda por desesperación.

Mi compatriota desarrolló unos curiosísimos desahogos o respiraderos para escapar a la esclavitud de los editoriales.

Cada vez que aparecía en Inglaterra un libro mayor, de preferencia poético o histórico, "El Mercurio" traía una nota breve firmada por las tres iniciales denunciadoras, pero comunmente anónima. Eran cinco o diez acápites de una sabiduría particular en el jui-

cio, escritos en la lengua amortiguada, pero nunca desabrida, de los clásicos anglo-sajones. Todos leíamos aquellas notas en las que el juicio era certero como la flecha del parto o del indio. El escritor joven solía atribuir la apreciación a cualquier colaborador joven de "El Mercurio" y la celebraba como cosa salida de sus propios cuarteles. Los jóvenes futuristas que lo quisieron mal, ignoraban que el Maestro de "El Mercurio" estuvo lejos de negarlos y que admiró a su modo a cuantos de ellos valían realmente. Su liberalidad formaba el cogollo mismo de su magnífica hidalguía. El criterio de rector periodístico de Silva daba algunas sorpresas como esta: Hace unos 18 años, él me invitó a mí, que no escribía prosa, a colaborar en su diario. Le contesté que mi prosa no existía, que no existían sino mis versos y éstos a medias. Y tuve de él curiosa respuesta que he desentrañado en su sentido mucho más tarde.

—"Un poeta posee siempre el derecho de escribir en prosa. Es un derecho esencial y no de ocasión. Si escribe mal un artículo, sus síntesis o sus metáforas le salvarán siempre. El poeta es el verbo en función de síntesis, y esa forma del verbo yo la estimo por encima de todas. Un periódico necesita de eso también."

Por estas razones muy suyas, él me llevó a escribir prosa y me hizo un sitio a su lado, con su llaneza de Maestro criollo, dejándome por ello bastante asombrada hasta el día de hoy...

LA COSECHA ALZADA.—En el Llano Central de Chile, allá por fines de Mayo, el campo, ganado por el invierno, pierde su jactancia verdidorada de cereales y frutas. No hay masas de duraznal ni de primeras escarchas.

Quien camina a campo traviesa, va mirando entonces con desabrimiento la región, que ya no alienta

de fuerte olor. Y como es grandísima nuestra facultad de olvido, el trotador ya ni se acuerda de la gloria que anteayer no más le saltó a los ojos. Está cerca, está encima del llano el despojo anual.

No reparamos, pasando, en que el resplandor cereal y frutal no es que se sumergió ni se fué, sino que entró en nosotros y ahora corre por nuestra piel en buena sangre y en nervios vivos.

La cosecha fué sólo levantada, mudada de sitio: la horizontal se ha vuelto vertical y va andando en nosotros.

Ese campo del despojo se me parece mucho al acabamiento del Maestro Silva Vildósola. El ha pasado a su gente, partícula a partícula, y somos nosotros su troje viva. No hay tal hombre tumbado por las potencias brutas de la tierra; hay. esto sí, un trabajador cristiano, desmenuzado y repartido entre sus lectores de medio siglo.

El es realmente la cosecha de lenteja y manzanas, incorporada a la chilenidad, a toda ella, a la que trabaja, a la que juega, a la que delibera, a la sedentaria y a la errante. Las patrias fuertes—y así es Chile—se devoran a sus hombres, para nutrirse y no decaer, y el varón del sacrificio regalado a los suyos es el más feliz de todos. Bien lo sabéis vosotros, gente del mismo oficio, que en el Brasil, país entrañable, os perdéis también día a día, como mi compatriota para recobraros en el bulto de la nación.

Gabriela Mistral

Petrópolis, Enero de 1942.

A la memoria de mi madre,

que me enseñó a leer la Biblia.

LA LECTURA DE LA BIBLIA

Proceden estas páginas del curso sobre la Biblia como monumento literario que el autor hizo en dos períodos en la Universidad Católica de Chile con resultados en extremo satisfactorios por el número y calidad de los asistentes, lo que probaba interés por la materia.

No son estas biografías estudios críticos ni análisis profundos de las maravillosas obras que forman la Biblia. Midiendo nuestras fuerzas hemos debido limitarnos a extraer de los diversos libros sagrados, de ordinario muy difusos y con repeticiones fatigosas, la narración de vidas heroicas, algunas de las cuales tienen todavía un influjo poderoso en los destinos humanos. Deseamos dar una impresión de su lectura y presentar la materia de modo que nuestros lectores se sientan inducidos a buscar en los originales los fundamen-

tos de la civilización de Occidente, esparcimiento del espíritu y fuente de meditaciones.

La lectura constante de la Biblia ha sido parte principal en la formación de algunos de los pueblos más cultos de la tierra. En Inglaterra y los Estados Unidos el gran libro ha sido el inspirador de la ética social e individual, del arte literario, de las leyes y de toda la actividad espiritual. Igual cosa puede decirse, aunque en menores proporciones, de Holanda, de Alemania y de los pueblos escandinavos. Ha habido épocas en que la Biblia era en esas naciones el código de moral, el inspirador de la vida de familia, el modelo de los escritores, y, en cierto modo, el fundamento de las instituciones públicas, de la justicia y las costumbres.

Los países que no aceptaron la reforma protestante han vivido, en cambio, alejados de la Biblia, olvidados de que ella contiene en el Antiguo y el Nuevo Testamento los orígenes de su religión, sus argumentos más sólidos y el guía más seguro que podían hallar las relaciones del hombre con Dios.

Estos pueblos, y en especial el español, que nos legó sus buenas y malas herencias, han perdido el hábito de leer las Escrituras y dejado a los sacerdotes la exclusividad de su conocimiento. En España predominó el terror al protestantismo. Este había proclamado la libre interpretación de

las Sagradas Escrituras y su uso al arbitrio de cada hombre sin sujeción a autoridad alguna, lo que fatalmente debía conducir a la negación del carácter inspirado. La alarma que esto causó fué tal, que se cayó en la exageración muy dañina de levantar una barrera entre el pueblo y la Biblia.

Se podría demostrar con un análisis de la literatura española anterior y posterior al siglo XVI que la ignorancia de las Sagradas Escrituras causó en ella males diversos, entre los cuales podemos señalar la decadencia de la oratoria sagrada y en general de la literatura religiosa, así como un empobrecimiento de la poesía, que había perdido los modelos sublimes en que se inspiraron Fray Luis de León y la mayor parte de los geniales escritores de su tiempo.

La Iglesia Católica jamás abandonó, por cierto, el uso y estudio de las Escrituras. El oficio de la misa está hecho casi en su totalidad de trozos del antiguo y Nuevo Testamento, desde los Salmos de David y textos de los Profetas, de los libros de la Sabiduría y el Eclesiástico, hasta el pasaje de una Epístola y de un Evangelio que constituyen una de sus partes esenciales. Los sacerdotes católicos repiten cada día en su breviario, salmos y otros pasajes del libro inmortal cuyo sentido se armoniza con la liturgia de la misa y fijan el sentido litúrgico del día. La sublimidad de la

liturgia católica, que admiran aun sus adversarios, está basada en su origen bíblico.

Existe la idea muy generalizada de que la Iglesia Católica prohibe la lectura de la Biblia. Es este un error desmentido por las repetidas instrucciones de la Santa Sede en que recomienda al clero que aconseje esa lectura, que se lean en la misa en lengua nacional los Evangelios de cada día, y que se divulguen, por todos los medios, el espíritu y la letra de los libros sagrados. El error proviene de que la Iglesia no acepta la libre interpretación y quiere que sus fieles lean las traducciones de la Biblia aprobadas por ella y que llevan, al pie de las páginas del texto original, notas explicativas. Estas notas en nada perturban al lector y, por el contrario, lo ayudan a conocer el sentido de algunas expresiones, le aclaran el concepto de pasajes obscuros, le dan noticias históricas o filosóficas.

Lo que, a mi juicio, falta en lengua castellana es una traducción directa de la Biblia. Las que tenemos, ni siquiera siempre bien redactadas, son versiones del latín al español, tomando como base la Vulgata, y ésta fué hecha sobre la traducción del griego llamada de los Setenta. De suerte que nuestros textos han pasado por tres tradiciones, a lo menos. Es menester que la belleza y el sentido profundo de los libros sagrados sea superior a toda obra puramente humana para que aparez-

can en toda su majestad a través de tantas versiones.

Como he dicho, mi objeto es interesar en la lectura de la Biblia y para ello presentar al público sus aspectos literarios, la belleza artística que encierran algunos de sus libros y muy en particular desprender de éstos la biografía de algunos de los personajes principales.

El milagro histórico de la supervivencia de la nación israelita después de su dispersión ha recibido muchas explicaciones de orden espiritual y religioso o de simple valor humano y racional. Pero es indudable que han contribuído a mantener la cohesión de esa raza y conservarle caracteres que permiten considerarla una nación, los libros sagrados que ha sabido conservar y venerar a través de las generaciones.

En esos libros los israelitas esparcidos por toda la faz de la tierra hallaron la perpetuación de sus vínculos de nacionalidad. Por algo ha dicho un pensador que el recuerdo del pasado es lo que constituye la nacionalidad de un pueblo. Ahí está su historia contada en admirables relatos, ahí la biografía de sus héroes, ahí los padecimientos y los triunfos, los cautiverios y las liberaciones; ahí el pensamiento filosófico de sus grandes escritores y la voz de sus tribunos; ahí por fin la estructura completa de su organización social que es una misma con su religión, el Pacto de Alian-

za de Dios con el pueblo de Israel que todo lo comprende y todo lo anima con un divino soplo de esperanzas inmortales.

Un pueblo que, desmigajado en grupos pequeños, diseminado y como ahogado en medio de razas enemigas, padeciendo siempre contradicciones, no abandona sus libros sacros, que son su historia, su razón de ser y su promesa de victoria final, no puede morir. El vínculo espiritual que eso representa es superior a la posesión de un territorio con gobierno propio y con fuerzas materiales para defender su integridad. Cuando muchos israelitas de nuestro tiempo defienden sus costumbres milenarias, sus prácticas rituales, en una paciente labor de preservación de la raza, obedecen consciente o inconscientemente al instinto de una fuerte nacionalidad que quiere vivir y tiene inspiración para vivir derivada de una tradición religiosa y política que se confunden en una sola.

La Biblia tiene caracteres que autorizan para compararla en algunos de sus libros con las obras históricas que nuestra época proclama maestras del género. En ella se nos presenta el cuadro completo de la vida del pueblo de Israel con su pensamiento filosófico, sus costumbres, su régimen político, su legislación civil y religiosa, su organización social, su arte, su literatura, su moral, su evolución a lo largo de miles de años. La narración,

no obstante las repeticiones que son propias del estilo oriental, está hecha de ordinario en noble estilo, con majestad incomparable, sencillez y belleza de forma que a veces, y aun considerada desde puntos de vista puramente humanos, llega a la sublimidad, y así como infunde en el ánimo del cristiano convencido de que estos libros fueron inspirados por Dios, un nuevo fervor de fe, así también despierta en el incrédulo una admiración profunda.

BIBLIOTECA CENTRAL ★ UNIVERSIDAD DE CHILE

EL LIBRO DE JOB

El Libro de Job está aislado en la Biblia. Todos los demás se relacionan unos con otros, sea porque son parte de la historia del pueblo de Israel, o porque relatan la biografía de sus héroes, o porque encierran la ley y la revelación religiosa. El de Job no tiene esos caracteres y aparece en el conjunto como la más alta muestra del arte literario entre los hebreos y uno de los prodigios que nos ha legado la antigüedad.

La Sinagoga le reconoció inspiración divina y lo incluyó entre sus libros sagrados. En la misma forma lo considera la Iglesia Católica y de todos los tiempos se le ha venerado como uno de los libros llamados "hagiógrafos" entre los cuales se incluyen los Salmos, los Proverbios, el Cantar de los Cantares y otros que forman la tercera parte de la colección de libros sagrados para los hebreos.

Se ha discutido bastante acerca del autor del Libro de Job. En diversas épocas antiguas se han formado corrientes de tradición para atribuir esta obra a Moisés, a Salomón, al Profeta Isaías. Entre los israelitas fué bastante común la opinión que lo atribuía a Moisés, y no faltó algún rabino que supuso un trabajo de Moisés sobre la base de apuntes, notas o memorias dejadas por el mismo Job. Según estos rabinos, Moisés habría escrito la obra con el objeto de enseñar a los israelitas la paciencia para soportar los trabajos y penalidades de la peregrinación por el desierto.

Tampoco hay completo acuerdo acerca de si Job fué o no un personaje histórico, o si este Libro es simplemente una enseñanza presentada en forma de parábola. La tradición cristiana es que Job existió personalmente.

Ninguno de los dos puntos nos interesa en el análisis literario que debemos hacer del Libro de Job. Persona real o ficción imaginada para encerrar una lección sublime, obra de alguno de los más grandes genios de Israel, como Moisés, como Salomón, como Isaías o el mismo Job, el personaje y el Libro viven inmortalmente y tienen el soplo divino que marca lo que ha sido propuesto para enseñanza del género humano.

Es el Libro de Job un poema de armonía y equilibrio perfectos en la composición, de forma poética brillante y original, con un elevadísimo

fondo moral y un carácter amplio y humano que le asegurarían la inmortalidad aunque no tuviera el sello de la inspiración divina.

Más de una vez hemos observado que en la gran literatura hebrea domina la poesía lírica, expresión de los estados de alma individuales. Así en los Profetas, cuando se alzan, como Isaías, a regiones de una suprema grandeza, así en los Salmos de David, y en el Cantar de los Cantares de Salomón, el lirismo arrebatado, excelso, nos deja ver el vuelo de almas superiores que penetran en alas de la inspiración y del conocimiento de sí mismas en la psicología humana. Esto es propio de un pueblo que hoy, como en aquellos tiempos, tiene individualidades muy fuertes, voluntades imperiosas, temperamentos emotivos e impresionables en que prevalecen los deseos y aspiraciones personales. El hebreo es primariamente lírico y sólo por la exaltación del lirismo en asuntos que desbordan del simple interés individual, como en algunos de los pasajes de los Profetas y de los Salmos, llega a tener acentos dramáticos o que dan la impresión de conjunto de una inspiración épica.

Han observado algunos orientalistas que la lengua hebrea se había hecho en extremo sutil para la expresión de las más nobles formas del lirismo, de suerte que es difícil traducirla y casi imposible para el lector que no conoce este idio-

ma, formarse un concepto cabal de obras como el Libro de Job.

Lo que más nos sorprende en el Libro de Job, cuando analizamos su composición, es hallar una simetría, una bella ordenación de las partes, que lo hacen mucho más perfecto como obra de arte que cualesquiera otras obras de la gran literatura bíblica en que el movimiento lírico cae con frecuencia en el desorden y desequilibrio de la composición. Hallamos aquí una armonía y sentido de las proporciones que nos hacen pensar en los griegos.

Si definimos las cinco partes en que es fácil dividir el Libro de Job podemos dar idea metódica de la obra.

Comienza el Libro por un Prólogo en el cielo escrito en prosa y que es de incomparable grandeza. "Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job, sencillo, recto, temeroso de Dios y que se apartaba del mal". Tenía siete hijos y tres hijas. Se nos cuentan sus bienes, sus riquezas, sus ganados, sus servidores, por todo lo cual "era este varón grande entre todos los orientales". Job servía a Dios, y no sólo ofrecía sacrificios por su propia alma, sino también por sus hijos, cada vez que estos celebraban grandes convites de familia y por si en ellos hubieran ofendido al Señor. Todo está referido en cinco versículos breves y compendiosos. Se abre entonces el majestuoso

prólogo del cual tantos poetas, entre otros Goethe en el **Fausto,** han tomado la idea fundamental.

Un día entre los elegidos, es decir los ángeles, que asisten delante de Jehovah, se desliza Satanás. Jehovah le pregunta de dónde viene. "He rodeado la tierra y la he recorrido".—"¿Has reparado en mi siervo Job que no hay semejante a él en toda la tierra?" Satanás argumenta: "Job te adora y cumple tus leyes porque Tú lo has colmado de beneficios y mantienes sobre él tu protección; retira de él tu mano y verás si te bendice". Jehovah acepta el desafío, entrega cuanto Job posee a Satanás para que lo destruya; pero no debe tocar a la persona de Job. Satanás parte en busca del hombre de Hus. Rápidamente sus ganados mueren, el rayo mata sus ovejas, los caldeos roban sus tres mil camellos, sus servidores mueren acuchillados, un ciclón derriba su casa y da muerte a sus hijos. Job se postra, adora al Señor y pronuncia aquellas frases inmortales: "Desnudo vine a este mundo y desnudo volveré a la tierra; el Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor".

La escena cambia de nuevo al cielo. Satanás repite su desafío al Eterno. A la pregunta de Dios, el espíritu del mal contesta otra vez que ha rodeado la tierra y la ha recorrido toda. Y el Señor dice: "¿Por ventura has reparado en mi siervo Job que no hay semejante a él en la tierra, varón

sencillo y recto y temeroso de Dios y que se aparta del mal y aun conserva su inocencia? Y eso que tú me has incitado contra él para que le afligiese en vano". La respuesta de Satanás tiene siempre un sabor de ironía burlesca: "El hombre dará la piel de otro por conservar la suya propia, dará cuanto tiene por conservar su alma dentro de su cuerpo. Y si no, extiende tu mano, tócale en sus huesos y su carne, y verás como te bendice cara a cara". Y Satanás recibe autorización para herir a Job en su cuerpo, pero debe preservar su vida.

Es breve y trágico el cuadro de Job agobiado por una úlcera "desde la planta de los pies hasta lo alto de la cabeza". "Sentado sobre un estercolero, con un casco de teja se roía la podre". La descripción no tiene las lentitudes y prolijidades de los demás escritores hebreos. Todo en el Libro de Job es conciso, nervioso, profundo.

Su propia mujer se burla de Job: "¿Aun eres tan simple? Bendice a Dios y muérete". Y Job responde: "Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?"

A la noticia de los padecimientos del santo hombre de Hus, vienen a visitarlo tres amigos, Eliphaz, Baldad y Sophar, y al verle en aquella miseria, reducido a la absoluta pobreza, sin casa y sin bienes, muertos sus hijos, su cuerpo cubier-

to de lepra, no lo conocieron. Y termina esta parte del poema con una hipérbole magnífica: "Y los amigos estuvieron con él sentados en el suelo siete días y siete noches, sin hablarle palabra, al ver que su dolor era tan vehemente".

Este prólogo es como el preludio de las grandes composiciones musicales. Contiene el germen del argumento, el **leit-motiv** o frase descriptiva de cada uno de los caracteres. Dios ha permitido el mal y Job, justo, inocente, penetrado de la justicia y bondad infinitas de Dios, recibe el mal sin una queja. Su mujer está amargada y se burla. Los amigos no entienden, están confundidos, se abisman en aquel misterio. El escritor ha movido la acción y todo el drama psicológico con rapidez asombrosa y una armonía de las partes que es perfección artística y en la cual hallamos la fuente de muchos poemas modernos.

Recordemos de paso el Prólogo en el Cielo con que se abre el **Fausto** de Goethe. También ahí el Señor discute con el demonio que lleva el nombre de Mefistófeles. El Señor le pregunta: "¿Nada bueno has encontrado en el mundo?" Mefistófeles, burlón e irónico como el Satanás de Job, contesta: "Francamente, hallo hoy el mundo tan malo como siempre; hombres y mujeres me inspiran más compasión que envidia, me repugna ya tentar a esa pobre gente". Pregunta el Señor si conoce a Fausto, a quien llama su siervo,

Mefistófeles se burla de la virtud del Doctor Fausto. El Señor lo defiende y se produce el desafío: Mefistófeles sostiene que Fausto traicionará al Señor si éste se lo abandona y lo deja llevarlo por los caminos que el espíritu del mal conoce, y recibe la autorización de tentar a Fausto. Mefistófeles se jacta como el Satanás del Libro de Job: "No será una prueba muy larga; el doctor caerá y caerá relamiéndose como la del manzano del Paraíso". El prólogo de Goethe termina en un epigrama: "De vez en cuando, dice Mefistófeles, me agrada conversar con el Viejo. Me complace que un Señor tan importante trate con atención a un pobre diablo". Las analogías son tales que se puede, sin ofensa para el genio originalísimo de Goethe, decir que en esta soberbia introducción de su poema imitó de cerca el Libro de Job.

Comienza entonces el poema en que se discutirá el más hondo problema que se presenta a la mente humana: la existencia del mal sobre la tierra, problema que torturó especialmente a los pensadores hebreos y que más tarde había de constituir el fondo de miles de obras poéticas y filosóficas de la época cristiana. En los Profetas de Israel, en los Salmos de David, en el Eclesiastés, hallamos nuevas formas de esta misma inquietud humana y el mismo afán de penetrar el obscuro misterio que los amigos de Job reconocen, sin comprenderlo, en su silencio trágico.

El Libro de Job continúa en verso y en una lengua que, según los orientalistas, es la más difícil que hay en toda la Biblia. No se olvide que la acción de la obra se desarrolla en el país de Hus que está en los bordes de la Arabia Desierta y es lógico que el hebreo en que está escrita tuviera mucha influencia árabe. Algunos sostienen que no es posible entender bien el Libro de Job sin saber el árabe.

Job estalla en una terrible imprecación contra su propia existencia, movimiento natural en el hombre sumido en el más hondo dolor y abyección, caído desde las alturas de la suma felicidad en el abismo de la más espantosa miseria. Maldice el día en que nació y recuerda toda su vida anterior. "Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: concebido ha sido un varón. Conviértase aquel día en tinieblas.... Corra en aquella noche un tenebroso torbellino.... ¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre? ¿O salido a la luz no perecí luego? ¿Por qué me acogieron en el regazo? ¿Para qué me arrimaron al pecho a fin de que mamase?" El desventurado prefería estar ahora durmiendo en el silencio de la muerte, y en ese sueño lograría reposo. Quisiera ser como los abortos que no llegaron a ver la luz. "Allá en el sepulcro, dice, cesa el gran ruido que mueven los impíos; allí van a descansar los de las fuerzas cansadas; allí están sin sufrir ya molestia alguna, ni

oir la voz cruel del sobrestante los que en otro tiempo estaban juntos en el grillete". No puede el dolor humano expresarse en términos de mayor realismo y con más poderosa belleza literaria. ¡Cuántas veces hallamos estas mismas expresiones parafraseadas, pero nunca superadas, en los poetas de todos los tiempos! Todos han ido a beber en la fuente eterna del Libro de Job.

Los amigos rompen por fin el silencio y se inicia la discusión entre ellos y Job. Esta parte consta en realidad de tres ciclos con disertaciones de los amigos y respuestas de Job. Discuten un problema eterno que se ha presentado a todo hombre capaz de meditar sobre la vida humana y sus contrastes y de elevarse a las causas últimas: si Dios es infinitamente bueno y justo, ¿por qué existe el mal en el mundo?

Los amigos de Job tienen por indudable la explicación más simple: el mal es castigo del pecado; si Job sufre, es porque ha pecado contra Dios con el pensamiento, con la palabra o con las obras. Acaso en su orgullo y olvido de la sujeción al Creador, descuidó el rendirle homenaje y referir a él su felicidad.

Job los rebate con energía, y en una serie de cantos que son de los más bellos de la obra, en acentos admirables recuerda su antigua prosperidad, la contrasta con su humillación actual y concluye afirmando que no ha pecado, que es inocente, pero no se rebela contra el Señor.

La tercera parte del poema la forman las disertaciones de un personaje nuevo, llamado Elihu, introducido en forma algo inopinada en la obra y que ha dado bastante trabajo a los críticos. Algunos creen que estos capítulos han sido agregados por una mano diversa del autor del resto del Libro. Sea lo que fuere, el tono de esta parte no disuena en el conjunto y aun ofrece un nuevo aspecto del debate. Elihu, sin duda más joven que los otros tres amigos, es más petulante que ellos, y con grande arrogancia los reprende porque no han sabido defender su tesis ni contestar en debida forma los argumentos de Job. Elihu ofrece una nueva explicación: Dios permite el sufrimiento para elevar al hombre, para instruirle, para librarle de la soberbia; el hombre debe humillarse y pedir perdón. Lo que más indigna, a Elihu es que Job proclame su inocencia y considera que esto sólo es ya un grave pecado, casi una blasfemia.

En la Cuarta parte Jehovah interviene y habla "desde el torbellino" como dice el Libro en una expresión bellísima y que describe por sí sola el misterio pavoroso ante el cual están los hombres cuando quieren penetrar los secretos de la inteligencia divina. Dios no se pronuncia sobre el caso de Job, no resuelve directamente el problema. Presenta a Job el cuadro de la creación y conservación de todos los seres, el orden del uni-

verso, la maravillosa mecánica de los mundos, el milagro permanente de la vida desde la oruga hasta los astros. ¿Qué sabe o puede el hombre? ¿Acaso es el hombre quien ha dado sus leyes a la luz de la mañana, ha penetrado la hondura de los mares o se ha paseado por los abismos, se le han abierto las puertas de la muerte, ha averiguado la anchura de la tierra? ¿Sabía siquiera el hombre que había de nacer y conocía el número de sus días? Y en movimiento lírico sorprendente de majestad continúa: "¿Quién es el padre de la lluvia o quién engendró las gotas de rocío? ¿De qué seno salió el hielo? ¿Podrás tú, por ventura, detener las brillantes estrellas de las Pléyades o desconcertar el giro de Orión? ¿Eres tú acaso el que hace aparecer a su tiempo el lucero de la mañana o resplandecer el de la tarde? ¿Entiendes tú el orden de los cielos y podrás dar la razón de su influjo sobre la tierra?" Y más adelante: "¿Quién puso en el corazón del hombre la sabiduría?" Nada sabe el hombre de los animales, del misterio de su generación, de los hábitos de cada uno. Recorre la voz de Jehovah todas las especies que pueblan la tierra, fieras y aves, animales domésticos y salvajes, el caballo y el águila, y luego dos bestias descomunales designadas con los nombres de Behemot y Leviatán, en las cuales se reconoce al elefante y la ballena. ¿Qué sabe el hombre de todo eso? Y este hombrecillo, que todo lo ig-

nora de sí mismo y de lo que le circunda, ha querido disputar con Jehovah y lo ha desafiado. Venga Job, ciña el trueno a su cintura y aplaque las fuerzas rebeldes que ruedan por el mundo. Dios reprende a Job por aquella sombra de duda que había en sus discursos, como si por justificarse a sí mismo llegara hasta la pretensión de corregir los juicios del Eterno. Pero lo prefiere a sus amigos llenos de suficiencia y erigidos en jueces de la conciencia humana y de la sabiduría divina. Jehovah se manifiesta indignado contra los amigos, les manda ofrecer holocaustos para hacerse perdonar. "Job, siervo mío, hará oración por vosotros y yo aceptaré su intercesión para que no se os impute vuestra culpa, ya que no habéis hablado de mí rectamente como mi siervo Job".

Job se humilla y en palabras de infinita dulzura alaba al Señor: "Te conocía de oídas, le dice, pero ahora te veo con mis propios ojos. Me acuso a mí mismo y hago penitencia".

En la quinta parte del poema Job es restaurado en su prosperidad; sus parientes y cuantos antes le habían conocido lo visitan y le dan muestras de su compasión y le obsequian cada uno una oveja y un zarcillo de oro. Vuelve a tener catorce mil ovejas, seis mil camellos y mil yuntas de bueyes y mil asnas. Le nacen siete hijos y tres hijas. "No hubo en la tierra, dice el relato, mujeres tan hermosas como las hijas de

Job.... Y después de todas estas cosas, termina, vivió Job ciento cuarenta años y vió a sus hijos y sus nietos hasta la cuarta generación y murió muy viejo cargado de días".

Como se ha visto, hay dentro de la grande obra poética, dos hilos paralelos que el autor conduce con igual maestría: uno sigue la discusión del problema del mal entre Job y sus amigos; el otro conduce a los diversos estados de ánimo de Job frente a Dios. Este último es el principal y contiene en realidad la enseñanza.

No sería posible hallar una obra de la literatura hebrea que no enseñe, y se puede decir que los hombres inspirados de esa raza sólo escribían para dar una lección. En el Libro de Job tenemos ante todo la lección profunda y admirable sobre la Providencia de Dios que, sin violar el albedrío humano, antes bien respetándolo como suyo, ha visto desde toda la eternidad los destinos humanos y premia o castiga o prueba al hombre. Es posible que al mismo tiempo haya en el Libro de Job un sentido nacional que nunca falta en los escritos hebreos; Israel será castigado y debe aprender a sufrir sin perder su confianza en Dios. Por último, los intérpretes cristianos han visto en los padecimientos de Job una figura de los que tendría que pasar Jesucristo, Redentor del género humano.

Nada iguala al conocimiento del alma humana que muestra el Libro de Job. La impetuosa imprecación del justo perseguido por el infortunio es como un exaltado y magnífico grito en que todo hombre abatido por el sufrimiento material o moral halla ecos de su propia psicología. Sus amigos lo compadecen, pero no lo comprenden. La soledad de Job en esos momentos es grandiosa y aumenta su dolor.

Los amigos no llevaban hasta el pobre hombre caído en la abyecta miseria, pudriéndose en un estercolero, sino una vaga lástima, un poco de caridad teórica, como diríamos en nuestro tiempo. Llevaban más bien su teología, sus explicaciones de la voluntad divina y de las consecuencias de las faltas humanas. Para ajustar estas explicaciones al caso que tienen delante suponen que Job ha cometido faltas graves.

Eliphaz es un argumentador hábil. Recuerda que Job fué sostén de muchos, supo dar consejos e inspirar ánimos a los abatidos del espíritu. Pero ahora le ha tocado la mano que hiere y se le ve flaquear. "¿En dónde están tu fortaleza, tu paciencia, y la perfección de tus caminos? Recapacita, te ruego; ¿qué inocente pereció jamás o cuándo los justos fueron destruídos? Antes bien he visto que los que obran iniquidad y siembran dolores perecieron al soplo de Dios y fueron consumidos por el aliento de su ira". Eliphaz ha tenido

una visión en sueños y ha oído una voz que le confirma su teoría: si hasta en los ángeles pudo el Señor hallar culpa, cuanto más "en los que habitan en casas de barro que tienen cimiento de tierra y serán consumidas por polilla". Y luego alaba la grandeza de Dios, su poder, y quiere penetrar en los misterios de su providencia.

A las lamentaciones de Job sobre su estado presente y su dolor sin medida humana, el otro amigo, Baldad, contesta con la evocación de los ejemplos de nuestros padres que sufrieron y recibieron el castigo de Dios con humildad y confesaron su falta. Aconseja a Job la sencillez y le asegura que Dios no lo desechará si se reconoce abatido por sus faltas.

Por fin Sophar acusa a Job de presunción y le observa que el que mucho habla debe también escuchar y duda que el hombre demasiado hablador pueda ser justificado. Aunque los amigos hablan bastante, aun les parece que Job no debería ser tan extenso en sus lamentos y en las enérgicas afirmaciones de su inocencia.

El personaje que aparece a última hora, Elihu, llega cuando ya Job ha conseguido refutar triunfalmente a sus amigos y convencerlos de que se puede acatar la bondad y justicia de Dios, humillarse ante él como Creador de todas las cosas e Inteligencia infinita, sin que esto le impida reconocer la pureza de sus intenciones y declarar

que su conciencia está limpia de toda culpa. Elihu, que sin duda está muy satisfecho de su propio saber, acusa a Job de necio, de ignorante, además de confirmar los cargos de injusto, de presuntuoso y hasta de blasfemo.

Nada más humano que esa actitud de los amigos de Job. Todos los días oiremos a gentes pretenciosas y majaderas que como ellos se erigen en jueces de la vida ajena y en intérpretes de la Providencia para exclamar ante la desgracia de uno de sus semejantes: ¡Castigo de Dios! Su Dios decía un chileno de mucho ingenio, está detrás de la puerta con un garrote en la mano, esperando que uno pase para descargárselo.

La doctrina de los amigos de Job es bien simple: existe el sufrimiento, existe el mal porque existe el pecado. El dolor no tiene existencia propia sino que es una simple derivación de la culpa. No siempre es propiamente un castigo, sino que también es disciplinario y tiene por objeto apartar al hombre del mal.

Job reconoce que sus aflicciones vienen de Dios. La concepción del Ser Supremo está bastante perfeccionada en la religión monoteísta y espiritual revelada a los Hebreos para que Job ignore que nada puede suceder sin la voluntad divina. Pero no acepta su culpabilidad porque, examinada su conciencia, ésta no le reprocha cosa alguna. Y así hay momentos en que se diría

que acusa a Dios de injusto por hacerlo sufrir sin causa. Sus amigos son sicofantes de la divinidad, que la adulan, y con engaño y mentira acusan al hombre sólo porque saben que Dios es más fuerte. Oigamos a Job en sus lamentos dirigidos al Señor y en sus reflexiones sobre la relación entre la mísera criatura impotente y el Creador y Conservador del Universo:

"¿Por ventura son tus ojos, ojos de carne? —dice a su Dios el santo Job—; ¿miras tú las cosas como las mira el hombre? ¿Son acaso tus días como los días del hombre, o tus años como los años humanos, para que hayas de ir inquiriendo mis maldades y averiguando mis pecados, sabiendo, como sabes, que no he cometido maldad alguna y que no hay nadie que pueda librarme de tus manos? Tus manos me formaron; ellas coordinaron todas las partes de mi cuerpo; ¿y tan de repente quieres despeñarme? Acuérdate, te ruego, que me formaste como de una masa de barro y que me has de reducir a polvo. ¿No es cierto que tú me formaste como de la leche cuajada y exprimida se forma el queso? Me vestiste de piel y carne, y con huesos y nervios me organizaste. Me diste vida y usaste conmigo de misericordia y tu protección ha preservado mi espíritu. Aunque encubras estas cosas en tu corazón, yo sé bien que todas las tienes presentes. Si pequé y entonces me perdonaste, ¿por qué ahora no permites

que me vea limpio de mi iniquidad?" Y al terminar esta lamentación llena de tan alto sentido, el hombre abatido exclama: "Déjame que llore por un momento mi dolor, antes de que vaya a aquella tierra tenebrosa de donde no volveré, cubierta de las sombras de la noche, tierra de miseria y de tinieblas donde tiene su asiento la sombra de la muerte y todo se desborde en un eterno horror".

No teme Job ser juzgado por su Dios a quien ama y cuya bondad y justicia reconoce. Protesta contra los juicios de los hombres. "Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé, dice a sus amigos, y no soy inferior a vosotros. Hablaré al Todopoderoso y con él quiero razonar, haciendo antes ver que vosotros sois forjadores de mentiras y secuaces de dogmas perversos. ¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestra mentira para que en su favor habléis con dolor?.... ¿Será esto del agrado de Aquel a quien nada puede estar oculto?.... Aunque él me matare, en él esperaré. Mas con todo eso confesaré en su presencia mis caminos, y él será mi Salvador porque no comparecerá delante de él ningún hipócrita.... Si yo fuere juzgado, sé que seré hallado justo...."; y encarándose con el Señor a la manera de todos los grandes santos de Israel, como Moisés y como David, como los Profetas, Job dice a Dios: "¿Cuántas iniquidades y pecados tengo? muéstrame mis maldades y deli-

tos".... Y se queja de que con el pobre ser humano, hoja arrebatada por el viento, paja seca, se emplee tanto rigor, y entra en consideraciones sobre la fragilidad humana en contraste con la fuerza y grandeza divinas.

A medida que se desarrolla este debate más nos sentimos estrechados entre la existencia del mal y la bondad y justicia infinitas de Dios. Los amigos se afirman en su convencimiento de la culpabilidad de Job, y éste, prescindiendo de la acusación personal, generaliza, y lamenta la miseria de la vida humana, se confunde ante el pensamiento de que un Dios justo pueda herir por igual al inocente y al culpable. Toda la literatura de todas las razas ha imitado y a veces copiado el cuadro de la existencia humana pintado por Job: "El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y está lleno de miseria. Brota como una flor, es cortado, huye como sombra y jamás permanece en el mismo estado. ¿Y tú te dignas, Señor, abrir tus ojos sobre un ser semejante y citarle a juicio contigo? ¿Quién podrá tornar puro al que de impura simiente fué concebido, quién sino tú solo?"

Job se inclina sin revuelta ante el enigma formidable: Dios infinito y el hombre que pasa como la sombra; Dios fuerte y el hombre más débil que la paja que lleva el viento. ¿Cómo podrá el hombre entender los designios de Dios? Por eso

le irritan los presuntuosos discursos de sus amigos y su afán de definir el juicio divino. Todos los argumentos basados en su culpabilidad le parecen a Job "defensas de lodo" que con su razonamiento reduce a polvo. No sólo no es culpable, sino que de ordinario es el malvado el que triunfa y se hace fuerte y se multiplica y funda una gran posteridad. Es el mismo aspecto de la cuestión que se presentaría a David en uno de sus salmos más bellos.

Parecería que al criterio del lector del Liceo de Job que los amigos deberían reconocer la inocencia del santo hombre y que este debería a su vez confesar que en la naturaleza humana hay tal germen de pecado y tendencia a pecar que ningún hombre puede considerarse libre de toda culpa. El autor del Libro de Job, artista estupendo, necesita dejar que sus personajes extremen sus teorías para deducir de ellas la lección. Es menester que los falsos principios se muestren hasta el fondo.

Ni Job ni sus amigos tienen todavía la concepción filosófica de la acción de las causas segundas dentro de la voluntad divina y por disposición de ésta. Tampoco conciben el plan de la Providencia que persigue un fin remoto por caminos que nos parecen complicados y a veces ininteligibles.

Lo que está bien claro en el prólogo del Libro de Job es que Jehovah ha querido probar a su siervo fiel. El sufrimiento puede no sólo ser castigo o disciplina purificadora, sino también prueba. Dios mismo ha reconocido que Job es justo. Si en la confusión producida en el ánimo del hombre de la tierra de Hus por sus dolores cruza por su mente una duda, bien pronto recobra la fe plena, absoluta, en la Divina Justicia y mezcla sus lamentaciones con nobles acentos de esperanza. "Yo sé que vive mi Redentor, dice, y que en último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser envuelto en mi piel, y en mi carne veré a Dios. Esta es la esperanza que está depositada en mi pecho".

Jehovah no resuelve el problema. ¿Por qué había de resolverlo? ¿Por qué hemos de exigir a la sabiduría infinita que revele a cada momento al hombre el arcano de la vida y la muerte, que el limitado entendimiento humano no alcanza a penetrar? Jehovah condena la vana palabrería de unos y otros cuando al aparecer en el torbellino al final de la obra dice interrumpiendo a Elihu: "¿Quién es el que oscurece el pensamiento con discursos necios?"

El mal y el dolor están contemplados en el Libro de Job a la luz de dos verdades: la omnipotencia de Dios y la Libertad humana, ejes sobre los cuales gira toda la filosofía hebrea. Nunca pa-

sa por estas páginas un soplo de fatalismo. Estamos lejos, muy lejos, de Prometeo, de Edipo y demás víctimas entregadas por un destino ciego a las venganzas de los dioses crueles y a un determinismo implacable. Job no es una víctima del hado. Todo viene de Dios, pero el hombre es responsable de los actos a que fué movido por su voluntad respetada por Dios que la creó libre. El pensamiento humano busca la armonía entre la bondad de Dios omnipotente y la permisión del mal. Puede ser castigo, puede ser enseñanza, puede ser disciplina preventiva, es acaso sólo prueba. Tal es la substancia del Libro de Job.

Más tarde, a lo largo de las edades, este problema llegó a ser materia favorita de los poetas. El Libro de Job ha tenido una evidente influencia en la poesía de todas las lenguas. Ha habido períodos en que la duda fundada en el espectáculo del mal y en la aparente injusticia de su distribución ha sido un poderoso recurso poético e inspirado obras maestras. De esta duda proceden en muchos poetas la desesperación y el lamento que suelen alcanzar un extraordinario valor en la poesía lírica.

Los mayores genios han cantado sus propios dolores, la injusticia que ellos importaban y han lanzado a veces gritos formidables de revuelta desesperada contra las fuerzas superiores al hombre. En muchos la huella del Libro de Job es re-

conocible hasta en forma de paráfrasis de los lamentos y discursos del hombre de Hus.

La diferencia fundamental es bien visible. Job está agobiado por padecimientos derivados de la pérdida de sus bienes materiales, de la muerte de sus hijos y servidores, de la repugnante enfermedad que devora su cuerpo; pero conserva pura su alma, ha sido siempre compasivo, recto y observador riguroso de las leyes morales. Mientras que aun sus más grandes imitadores sufren enfermedades del alma, en unos por la exaltación de sus pasiones no satisfechas, en otros por la saciedad que ellas mismas les han causado, casi siempre por la violencia de sus apetitos sensuales. Parten en los casos más célebres de la negación de Dios y proclaman su propia Ley en oposición a las reglas morales que rigen para el resto de la humanidad. Su canto toma un acento de desafío satánico que en poetas de genio, suele alcanzar indiscutible grandeza. El ejemplo más ilustre es, sin duda, Lord Byron.

Un poeta español, más olvidado de lo que merece, Don Ramón de Campoamor, ha expresado muy bien en una de sus Doloras una especie de paralelo entre Job y Byron:

Después de Job, para templar mi enojo
leo cantos de Byron con ardor,
pero espantado de los dos, arrojo,
si a Job con pena, a Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno
me quita éste la fe y aquél la calma,
y, al fin, entre el antiguo y el moderno,
prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

Durante el período romántico y hasta los tiempos presentes abundaron los poetas de este género, por cierto sin el vuelo lírico de Byron o de ese otro gran desesperado que fué Leopardi. El dolor y la duda llegaron a ser simples artificios literarios. Hubo una verdadera enfermedad de dolientes y satanizantes. En la lengua española, los imitadores de Espronceda, que era el artículo legítimo, hicieron todo lo posible por poner en ridículo al ilustre autor del bellísimo **Canto a Teresa y El Estudiante de Salamanca.** Los jóvenes de nuestra generación sabíamos de memoria esos versos y los creíamos intérpretes de una amargura y desesperaciones que nos fingíamos para ponernos a tono con el trueno dolorido de la última cola del huracán romántico que nos había alcanzado.

Cuando esos sentimientos son sinceros, resultan nobles y grandes. Cuando son de pega, como suelen serlo todavía en jóvenes poetas, producen el efecto de una majadería y a nadie engañan. La fuente de inspiración del Libro de Job es la verdad, la observación directa de la naturale-

za humana; el poeta hebreo tiene una terrible honradez artística, jamás desmiente el carácter de los personajes, nunca se deja seducir por la facilidad de encaminar su lirismo hacia la demostración de una tesis que le sea más simpática o más fácil.

La lectura de este libro de la Biblia es liviana por su brevedad y su animación constante. Su comprensión no ofrece dificultades y es sobre todo sencilla para las almas que sufren, para el que una vez vió la prosperidad y recibió el golpe de la desventura. Y en todas las edades y todos los estados del ánimo hay en el Libro de Job provecho espiritual, enseñanzas nobilísimas y belleza inmarcesible.

No queremos terminar este breve análisis sin mencionar la más admirable obra que se ha escrito en español sobre el Libro de Job. Fray Luis de León comenzó en la cárcel a que lo redujo la Inquisición y terminó años más tarde, ya enfermo, el que había de ser su último escrito en prosa, su **Exposicin de Job.** No creemos que haya sido superado en la literatura de nuestra lengua este estudio del gran maestro de Salamanca, el insigne poeta de las odas, el profundo teólogo de los **Nombres de Cristo,** erudito filólogo. Todas sus cualidades de pensador y escritor están en grado excelso en esta su postrera producción. La **Expo-**

sición de Job permaneció dos siglos inédita y sólo fué publicada en el siglo XVIII.

Si en algunos de sus escritos en prosa el maestro puede ser tildado de retórico y difuso, por haber sacrificado a las modas literarias de su tiempo o haberse dejado invadir de ellas, en la **Exposición de Job** su estilo se clarifica, se hace más puro, tiene una nitidez y energía, sobriedad y sencilla elegancia que pueden ser modelos eternos.

Para los que gustan de estas lecturas clásicas, siempre útiles y cuya práctica hace tanto bien para la formación del gusto y la elevación del espíritu, nada puede aconsejarse mejor que el libro de Fray Luis de León después de un estudio atento del Libro de Job.

MOISES

Ante la figura enorme y maravillosa del legislador del pueblo de Israel, cuando se considera el depósito de la verdad revelada por Dios que este hombre recibió, al leer los libros escritos por él mismo, en que hallamos el relato de sus diálogos con el Altísimo, midiendo el alcance de la legislación religiosa, civil, social, moral, con que dió una estructura inmortal a su pueblo, y estableció los cimientos de lo que debía ser más tarde toda la civilización de Occidente y formar la esencia cultural de la mayor parte de las naciones de la tierra, uno se pregunta si ha habido jamás en la historia un ser humano, puramente humano, cuya influencia haya sido más fuerte, más honda, más duradera sobre nuestra especie.

La grandeza de su misión es tal que el mismo libro en la cual quedó escrita, parece rodearla desde sus comienzos y en sus pasajes principales

de una penumbra de misterio, como si la vida de un hombre, cuyo comercio con la Divinidad fué tan íntimo, no hallara palabras en el lenguaje humano que pudieran darle una expresión precisa y definida.

Misterio y prodigio es toda la vida de Moisés relatada en los libros del Exodo, de los Números, del Levítico y el Deuteronomio. Prodigio su nacimiento en Egipto de una familia de israelitas de la tribu de Leví. Son los días en que el soberano egipcio, probablemente Ramsés II, ha comenzado a inquietarse por el crecimiento de este pueblo venido de Oriente, que se multiplica "como los peces", y con su ingenio, su laboriosidad, su múltiple actividad en todos los órdenes, amenaza crecer más que la nación en cuyo seno ha tomado hogar. Se han olvidado ya los tiempos de José, ministro del Faraón, el judío genial que en otro tiempo ha salvado a la nación egipcia de su crisis. Se ve a los israelitas invadirlo todo y vivir como grupo racial independiente, sin mezclarse con otras razas, con su religión, sus costumbres, sus usos, su tradición fortísima.

En vano se les somete a los más duros trabajos bajo la tiranía del Faraón y sus ministros y oficiales. Es tiempo de inmensos trabajos públicos, pirámides, tumbas, palacios, ciudades gigantes que en parte han sobrevivido cuatro mil años y siguen como testimonio de la cultura y la orga-

nización política y social del Egipto, de su arte y su constitución religiosa y civil. Entonces se dicta la ley que condena a muerte a todos los varones que nazcan de las familias israelitas; con ensañamiento y por un detalle curioso de la decisión egipcia se ordena a las parteras que den muerte a los varones dados a luz por las madres israelitas a quienes asistan.

Una madre judía recurre a la estratagema que el arte ha hecho popular, y sobre una cuna flotante entrega su hijo a las aguas del Nilo, cerca del sitio donde sabe que diariamente viene, con su séquito, a bañarse la hija del Faraón. Esta se conmueve a la vista de la criatura que flota en peligro de ser arrastrada por las aguas; la salva, la entrega a una mujer que por allí se presenta y que es la misma madre de Moisés, el niño milagroso. "Toma ese niño y críamelo, dijo la princesa; yo te daré un salario; tomó la mujer al niño, criólo, y después que era ya crecido, lo entregó a la hija del Faraón". Lloraba el niño en la cestilla, y por su llanto lo descubrió la princesa entre los carrizales de la orilla del inmenso río. Pero luego tuvo el seno materno y después, cuando era ya crecido, la madre adoptiva lo llevó a la Corte.

Se sabe que Moisés recibió educación en las ciencias de aquel tiempo que, en Egipto, y entre los sacerdotes, habían alcanzado gran progreso. Pero el relato nada dice de su primera juventud.

Sólo nos cuenta que cuando ya era hombre salió a los suyos, fué en busca de su pueblo y lo halló en aflicción. Habían entrado setenta israelitas a Egipto y la Biblia designa por sus nombres a los cabezas de familia y las tribus a que pertenecían. Cuando Moisés comenzó su vida pública, o sea, 215 años después, habían llegado a ser más de seiscientos mil.

Dos episodios de la edad madura de Moisés, y son los únicos relatados por los libros sacros, sirven para penetrar algo en su carácter. Un día riñe con un egipcio que golpeaba a un hebreo, lo mata y esconde su cadáver en la arena; pero luego oye una alusión a esta aventura y huye por temor del castigo. Es impetuoso, implacable en la defensa de su pueblo, con un enérgico sentimiento de raza, combativo y resuelto a no dejarse atropellar. Pasa en su fuga más allá del Mar Rojo y se interna en las tierras de Madián. Y he aquí el segundo episodio; internándose en la Arabia Pétrea, se sienta el joven fugitivo junto a uno de esos pozos que son la única esperanza de vida en el desierto; vienen allí por agua las hijas de un sacerdote venerado en toda la tierra de Madián; unos pastores quieren atacarlas e impedir que den agua a los rebaños de su padre; Moisés las defiende, las ampara y da de beber a sus ovejas; ellas vuelven al hogar y cuentan que un hombre egipcio las ha librado de manos de los pastores;

el sacerdote pregunta quién es, pide que lo llamen y que coma el pan de su mesa; poco después Moisés es el esposo de una de esas jóvenes que debía darle sus dos hijos, el mayor, llamado Gersen, que significa "peregrino en tierra ajena", y el otro, Elizer, cuyo nombre recuerda que fué el Dios de sus padres quien sacó a Moisés de la tierra del Faraón.

Pasan largos años, no menos de cuarenta por la cronología bíblica y egipcia. Lo único que sabemos de Moisés en ese período, es que guardaba los rebaños de su suegro Ietro. Un nuevo Faraón, identificado como Menepthtah, hijo de Ramsés, ha continuado y agravado la tiranía contra los hebreos. Moisés tiene ya ochenta años de edad y en esta hora de la ancianidad, llega el llamamiento divino. Uno de los misteriosos prodigios de la existencia de Moisés es esta vocación extrañamente tardía al parecer, pero que debía tener todavía otros cuarenta años para ejercer su ministerio.

De una raza ardiente que no se quema, que no se consume por el fuego, sale la voz que le manda ir en busca de su pueblo hebreo y sacarlo del cautiverio y conducirlo a los destinos que Dios le tiene preparados. Hay en la narración bíblica de este episodio toda la terrible tiranía de la divinidad con sus elegidos. Moisés contesta humilde y temeroso, exhibe su impotencia, su tartamudez, sus flacas fuerzas de anciano; pero el Señor

manda severo, exige, impone, no oye excusas. "¡Moisés, Moisés!", llama la voz que sale de la zarza ardiente. Y el anciano pastor contesta con el grito del alma que se entrega: "Aquí estoy". Recibe allí la revelación del concepto de Dios, que no es nuevo en la religión de Israel, pero que jamás había sido precisado, concretado en tal forma. Cuando Moisés pide a Dios que le diga su nombre para contestar las preguntas que le harán los israelitas al recibir el divino mensaje, el Altísimo responde: "Yo soy el que soy. Dirás a los hijos de Israel, El que es me ha enviado a vosotros".

Esta concepción de la divinidad, la más pura que haya sido jamás recibida por la mente humana, quiere decir que Dios es el Eterno, el Ser por excelencia, el principio y fin de todas las cosas, el solo infinito, inmutable y necesario, el solo existente por sí mismo, en suma, el Ser.

Moisés tiembla ante la misión, expone a su Señor que es tartamudo y no puede desplegar elocuencia ni persuadir a nadie. Dios le da por compañero a su hermano Aarón, sacerdote, que hablará por él. Y oído el mandato de ir en busca de los israelitas en Egipto y obtener del Faraón su libertad y traerlos al desierto, Moisés parte con su mujer Séfora y sus hijos y su hermano Aarón. Dios lo consuela y sostiene. La promesa de dar al pueblo de Israel una tierra rica, fecunda, ca-

paz de mantenerlo en abundancia, el país de Canaán, aparece por vez primera en el relato bíblico. El poder de Moisés está exaltado hasta el punto de que el Eterno le dice: "Te he constituído Dios de Faraón y Aarón tu profeta".

La lucha de Moisés y Aarón para liberar a su pueblo los conduce a obrar prodigios maravillosos, menudamente descritos en el libro del Exodo, y que todos conocemos con el nombre de las plagas de Egipto. Moisés ejerce presión sobre el soberano que se niega a dejar partir a aquel pueblo laborioso, sobrio, impregnado de la moral y la alta espiritualidad de una religión que los egipcios eran muy capaces de entender como el más fuerte escudo de una nación. Las plagas se suceden y van siendo más graves a medida que el tiempo pasa y nuevas entrevistas del enviado de Dios se estrellan en la negativa del Faraón. Hasta que la muerte de los primogénitos de Egipto, décima y última plaga, aterra al pueblo y al monarca, y se permite la salida de los israelitas.

Desde ese día Moisés conduce majestuosamente a su pueblo y los prodigios se multiplican en torno suyo. Las aguas del Mar Rojo se abren para dar paso al pueblo de Dios y se repliegan para ahogar en sus ondas a los ejércitos que el Faraón, arrepentido de su promesa, conduce en su persecución. Una nube en el día y una columna de fuego en la noche guía a los israelitas.

El paso milagroso del Mar Rojo, que los libera para siempre de la tiranía egipcia, inspira a Moisés un cántico que es una de las poesías líricas más bellas de la literatura hebrea: "Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y al caballo y al caballero sepultó en el mar.... Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar, sus Príncipes escogidos fueron sumergidos en las olas. Los abismos los cubrieron, descendieron al profundo como una piedra.... Tu diestra, ¡oh, Señor!, hirió al enemigo. Con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas, paróse la ola, subieron unas sobre otras las aguas de los abismos. Dijo el enemigo: "Los alcanzaré, repartiré sus despojos, se hartará mi venganza, desenvainaré mi espada y los matará mi mano. Pero sopló tu espíritu y los cubrió la mar y fueron sumergidos como plomo en las aguas impetuosas. ¿Quién como tú, Señor? ¿Quién semejante a ti, magnífico en santidad, terrible y loable hacedor de maravillas?" Y luego profetiza el establecimiento de su pueblo en el monte de la heredad del Señor, "firmísima morada tuya que has labrado en tu santuario y afirmado con tus manos". En medio del regocijo del pueblo que repetía este cántico de Moisés, "María, su hermana, tomó en sus manos un pandero y salieron todas las mujeres en pos de ella con panderos y danzas".

Por fin, un día desciende, por última vez, del monte, donde ha recibido la más grande revelación hecha a los hombres antes de la venida de Jesucristo. Su rostro resplandece de luz, de tal suerte que Aarón y los hijos de Israel temieron acercársele. Era ya el elegido, cuya gloria sobre la tierra no podía ser superada por nadie. Había estado junto al Señor de cielos y tierra, al Creador de todas las cosas y merecido su confianza. Y después que hubo comunicado a los sacerdotes y al pueblo el mensaje divino, Moisés cubrió con un velo su rostro resplandeciente de la luz del Sinaí. Y nunca más habló con los suyos sin correr el velo sobre su rostro. Envejecía en la presencia de Jehovah "poderoso y solitario", como ha dicho el poeta francés.

El misterio, la majestad, el prodigio, envuelven el fin del gran legislador elegido de Dios. Había vivido 120 años, y un día subió de la llanura de Moab al monte Nebo, en frente de Jericó. Divisó, desde allí, la tierra prometida a su pueblo, todo Galaad con sus viñedos, la tierra de Neftalí y la de Efraín y Manassés, fértiles y risueñas, y el país de Judá hasta el mar Mediterráneo, y la espaciosa vega de Jericó, ciudad de las palmeras. Y dijo el Señor: "He ahí la tierra que juré habría de dar a la descendencia de Abraham y de Jacob; la has visto con tus ojos, más no entrarás en ella".

Allí murió Moisés y fué sepultado de orden de Jehovah en un valle del distrito de Moab, y añade el relato: "y ningún hombre hasta hoy ha sabido su sepultura". Y más adelante: "era Moisés de 120 años cuando murió, no se ofuscó su vista ni se movieron sus dientes. Ni después se vió jamás en Israel un profeta como Moisés con quien conversase el Señor cara a cara, ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos que obró cuando lo envió el Señor a tierra de Egipto contra Faraón, y todos sus siervos y su reino todo; ni que tuviese aquel universal poderío y obrase las grandes maravillas que hizo Moisés a vista de todo Israel".

Durante los cuarenta años en el desierto y, sin duda, a medida que recibía la revelación, Moisés ha escrito los cinco libros del Antiguo Testamento que la Iglesia declara su obra y llevan los nombres de Génesis, Exodo, Levítico, de los Números y Deuteronomio, unidos bajo la denominación de Pentateuco. El Génesis narra la creación del mundo y la historia de Israel hasta la emigración a Egipto; el Exodo es el relato del cautiverio, el nacimiento de Moisés, la libertad, la peregrinación en el desierto, las primeras revelaciones; el Levítico contiene los preceptos litúrgicos; el de los Números, es así llamado, porque comienza por una enumeración de los jefes de las tribus de Israel hecha por Moisés cuando recibió la or-

den de hacer el censo de su pueblo; el Deuteronomio es, tal vez, el resumen más completo y detallado de toda la legislación mosaica y termina con el relato de la muerte de Moisés.

La figura de Moisés es, sin duda, la más grande de la historia humana, sea que se le considere como el enviado de Dios, elegido para transmitir a la especie humana la revelación, sea que se le mire como un hombre de genio que debía dar estructura a su pueblo y fijar los principios sobre los cuales descansaría por los siglos y reposa hasta hoy la civilización con su moral, su religión, sus leyes fundamentales, su organismo esencial.

Sería imposible hacer un resumen de estos libros, cuyo análisis somero ocuparía muchas horas y exigiría conocimientos filosóficos, religiosos y jurídicos superiores a los nuestros. Pero es posible hacer una especie de clasificación, siguiendo la que han hecho autores eminentes e indicar los puntos capitales de la legislación mosaica en sus tres órdenes fundamentales que son el dogma y la moral, el culto y su liturgia, y, por fin, el derecho civil y criminal.

La religión monoteísta, la más alta forma espiritual de aquel tiempo y de todos los tiempos, parte de la enseñanza de Moisés, pues aun cuando ella existe en el pueblo de Israel desde el principio de los tiempos, la ley mosaica la precisa y

la sublima. Dios es el Ser por excelencia, Señor del universo y protector especial del pueblo escogido; Dios Todopoderoso, presente en todas partes, soberanamente justo, creador del cielo y de la tierra. El pecado original pesa sobre los humanos, pero a Moisés le ha sido prometido el Mesías que un día nacerá de este pueblo escogido y hará el pacto de reconciliación entre Dios y los hombres. En uno de los libros de Moisés el profeta Balaam ha dicho con una expresión bellísima que aún aplicamos al Redentor Jesús: "De Jacob nacerá una estrella". Son fundamentos filosóficos de la doctrina enseñada por Moisés, la inmortalidad del alma y la creencia en la vida futura sin las cuales no se explicarían sus enseñanzas principales. El Decálogo resume en admirable concisión de forma y vastísima extensión toda la moral, todas reglas de las relaciones entre el hombre y Dios, del hombre consigo mismo y de los humanos entre sí.

Puesta toda la legislación mosaica en forma de precepto divino, pues toda ella ha sido recibida por Moisés de Dios mismo, no por inspiración, sino por revelación directa, cuantos preceptos dicta el legislador civil y religioso de Israel son inmutables y divinos. La mayor parte de la ley es litúrgica, y su objeto era conservar al pueblo israelita libre del contacto impuro de otras naciones que practicaban la idolatría, como eran todas

las que lo rodeaban. El centro de la vida religiosa es el tabernáculo; nótense las analogías con la religión católica, de la cual aquella ley antigua no era más que una prefiguración. En el tabernáculo están las tablas de la ley y el Arca de la Alianza entre Dios y su pueblo escogido. Una tribu, la de Leví, da los sacerdotes del culto y son los levitas los que durante la marcha por el desierto llevan en sus hombros el tabernáculo y lo defienden de sus enemigos.

Los sacrificios sangrientos y no sangrientos consistían en la inmolación de palomas, corderos, bueyes o toros, o en libaciones de vino, ofrendas de harina, aceite y espigas de trigo. Siempre las figuras claras del sacrificio incruento que todos los días y en millares de sitios de la tierra ofrece el catolicismo en la Misa. Y todos los días se ofrecía en el tabernáculo de Israel un sacrificio por la salud del pueblo.

Estaba consagrado un día de la semana, el "sabbat", al culto del Señor, y lo mismo el primer día de cada nueva luna o neomenia, y durante el año las fiestas de Pascua, Pentecostés o de las primicias, la celebración de las vendimias, la Expiación y varias otras más. Entonces, como en la ley cristiana, el día del **sabbat** estaba prohibida toda obra servil.

Algunos años eran totalmente consagrados a Dios. Cada siete años ocurría el año sabático, en

que se dejaba reposar la tierra, se suspendía el pago de las deudas y se daban a los pobres los frutos del suelo sin cultivo. Cada medio siglo, más exactamente "cada siete veces siete años", ocurría el año jubilar, la más extraordinaria institución religiosa, económica y jurídica de Israel. En el año jubilar se daba libertad a todos los esclavos de origen hebreo, se extinguían, en forma automática, todas las deudas, y lo que es más asombroso y parece superar ciertas aspiraciones sociales de nuestro tiempo, quedaban anuladas todas las ventas de tierras ejecutadas después del último año jubilar, y aquéllas volvían a sus antiguos propietarios. Adviértase el esfuerzo de esta legislación para prevenir el excesivo empobrecimiento del pueblo y la invasión del suelo nacional por extranjeros.

Pero había, además, numerosos preceptos litúrgicos encaminados a mantener presente en las almas el pensamiento del Dios de Israel, soberano efectivo de su pueblo. Las leyes mosaicas penetran a la intimidad de la vida privada, regulan la del individuo y de la familia, prescriben la higiene pública y la de los hogares. Se prohibe comer la carne de ciertos animales considerados impuros o que hubieran muerto de enfermedad; se establecen muchas "impurezas legales", como el contacto con un cadáver o un leproso, que condenaban al impuro a abstenerse de toda asociación

con los demás, hasta que, siguiendo los ritos, se hubiera purificado. Son especialmente notables las disposiciones mosaicas relativas a las mujeres que van a ser madres, su higiene, sus cuidados, así como todo lo que se refiere a las relaciones sexuales.

Uno de los fundamentos de la legislación civil de Moisés es la autoridad casi ilimitada que confería al padre sobre sus hijos, aún cuando no le otorgaba el derecho de vida y muerte. El mayorazgo quedaba regido por la ley que mandaba dar al hijo mayor una parte doble de la que recibían los demás. Las hijas estaban excluídas de la sucesión. El matrimonio se arreglaba entre los padres de los contrayentes; los de la novia recibían del novio una suma de dinero. Prohibía la ley las uniones entre parientes próximos o con los cananeos, en defensa del vigor y pureza de la raza. Una disposición curiosa de la ley mosaica es la que obligaba a la viuda sin hijos a casarse con su cuñado, y los hijos nacidos de este matrimonio eran considerados como los hijos legítimos del finado marido. Se toleraba, pero nunca se establecieron definitivamente, la poligamia y el divorcio.

No pretendemos resumir la legislación maravillosa de Moisés, que ha sobrevivido a la nación para la cual fué dictada y que en los preceptos de la religión cristiana, en la liturgia católica,

en los códigos de todas las naciones civilizadas vive aún, por más que muchos de sus preceptos hayan sido reemplazados por los que emanaron de las enseñanzas de Jesús. Aun nos parece excesivo atrevimiento habernos propuesto dar a conocer esta figura gigante de la historia universal, cuyos contornos se pierden en la nube misteriosa que ocultaba a la divinidad cuando hablaba con el depositario de la revelación. Para comprenderla sería menester conocer mucho más de lo que nosotros la conocemos la historia de las religiones, el sentido místico de estas figuras con que la Ley antigua anunciaba la nueva Ley del Redentor, saber tanto de legislación civil y criminal que pudiera resultar un estudio jurídico completo de ese vastísimo código que se titula el Deuteronomio. Todo eso está infinitamente lejos de nuestras fuerzas e intento, que no es sino dar una indicación de las líneas de esta personalidad maravillosa y tentar a leer sus libros en que se la halla viva y majestuosa a través de sus diálogos con Dios.

¿Quién podrá desprender la verdadera figura moral de Moisés del misterio que la envuelve? Un hombre, uno de los mayores artistas de la edad moderna y de todos los tiempos se acercó a ella. En un rincón de Roma hay una iglesia llamada de San Pietro in Vincoli, construída en el siglo V, por la Emperatriz Eudocia, mujer de Va-

lentiniano III, para guardar las cadenas que llevó San Pedro en la prisión. Allí está el monumento incompleto que Miguel Angel construía para los restos mortales del célebre Papa Julio II. Una de las figuras destinadas a este monumento es la estatua de Moisés, que el grabado ha hecho familiar para el mundo entero y sus miles y miles de visitantes van a contemplar en muda y aplastadora admiración. Nadie olvida la enorme figura de Moisés sentado con las tablas de la ley en la mano, pronto, dicen unos, para alzarse y condenar en su furor el pueblo desleal, en el acto dicen otros de convocar a todas las tribus para despedirse de ellas en sus horas postreras. De la figura gigantesca emana una grandeza casi sobrehumana, un imperio dominador del ánimo, una autoridad que no tiene fundamento de este mundo. El llamado de Jehovah a su elegido, los prodigios de Egipto, el canto del Mar Rojo, el agua que brota al contacto de su vara en el Horeb, el pavor de la nube del Sinaí, la luz inmaterial que rodeaba el rostro del Profeta al bajar de la montaña santa, su postrera visión del Todopoderoso antes de partir de este mundo, todo parece revelarse al espectador en una síntesis de grandeza, de majestad y de impenetrable misterio. Dicen los críticos que hay falta de proporciones, que los brazos son excesivamente fuertes y pequeña la cabeza, que no tiene armonía el torso, que los

pliegues de la vestidura son inverosímiles. Parecen estos juicios observaciones de hormigas que juzgaran la belleza de una montaña perdida en las nubes. Porque la obra de Miguel Angel es lo único que alcanza a dar la sensación de Moisés, un hombre que no puede ser medido por medidas humanas, ni encajado en proporciones geométricas, figura que sale de todas las proporciones inventadas por nuestra mente limitada y se desvanece en el infinito accesible apenas en imperfecta visión para unos pocos espíritus.

Y ese Moisés, gigante, poderoso, terrible en su actitud y su expresión, que parece llevar todavía sobre sí el peso de la vocación recibida de lo alto, desproporcionado y desequilibrado para nuestras pobres nociones de equilibrio y proporción, es el único que puede dejar en el espectador reflexivo y estudioso la impresión duradera de haberse acercado al conocimiento del hombre a quien Dios hablaba. Y esa es la única imagen de Moisés que perpetuamente tendrá ante sus ojos la multitud de los humanos, cuando quieran evocar su memoria tangible reducida a los términos que el limitado arte nuestro puede alcanzar.

SAMUEL

A la muerte de Moisés, le sucedió en el gobierno de Israel el valeroso jefe que el mismo legislador había designado para el cargo. Josué condujo a la nación a través de victorias brillantes hasta la ocupación de la tierra de Canaán que le había sido prometida por Jehovah y gobernó sabiamente a su pueblo. Su obra, descrita en el libro de la Biblia que lleva su nombre, fué más bien la de un organizador de la defensa, que necesitaba limpiar de enemigos las fronteras cada día ensanchadas y hacerse respetar de los vecinos belicosos y en constante acecho. Tenía Israel una estructura nacional que le había dado Moisés basada en su religión; debía ser el pueblo unido a Jehovah por un pacto de Alianza, fundamento de toda la vida religiosa y social confundidas en una sola; tenía una legislación completa en todos los órdenes; correspondió a Josué la

obra de afianzamiento de la ley mosaica en la conciencia popular y no descuidó este deber castigando con severidad las violaciones del pacto, las veleidades de los israelitas atraídos por los dioses de las naciones idólatras que los rodeaban y con las cuales estaban en incesante contacto sin fronteras naturales ni diferencias sustanciales de raza o de lenguaje. La organización de las tribus comenzó bajo la autoridad de Josué y debía seguir bajo el gobierno de los Jueces que le sucedieron.

La institución de los Jueces de Israel a los cuales se ha consagrado un libro de la Biblia, no es bien clara en la narración sagrada. Son, sin duda, comparables a los dictadores de la antigua Roma con las diferencias que resultan de la diversidad de régimen político. Los dictadores romanos, producto de un sistema parlamentario, eran designados por el cónsul cuando lo ordenaba el Senado para casos de emergencia, como la necesidad de la defensa nacional, y duraban temporalmente. Los Jueces de Israel aparecen a veces designados por Dios y otras elegidos por el pueblo y duran toda la vida en sus funciones. A veces solo gobiernan a una tribu o a un grupo de tribus. Algunos se diría que solo fueron magistrados judiciales y casi todos, aun los que ejercieron funciones de jefes de Estado, tienen como princi-

pal mandato defender a Israel de la dominación extranjera.

El gobierno de los Jueces es la evolución lógica de la vida pastoril y más o menos nómade del pueblo hebreo desde la salida de Egipto. Las tribus, el fundamento de toda la organización social, conservan cada una cierta autonomía. Están ligadas estrechamente por la religión, a pesar de sus frecuentes apostasías, y por las leyes de Moisés que son de carácter religioso, litúrgico y de derecho civil. Como hemos dicho al ocuparnos de Moisés, la legislación litúrgica comprende numerosos preceptos de orden social, higiene pública y privada, relaciones sexuales, organización de la familia, etc., consagrados como obligaciones religiosas prescritas por Jehovah. Pero en la vida que podemos llamar política las tribus conservan una gran libertad y siguen hasta cierto punto bajo el régimen patriarcal que había sido el de los hebreos antes de Moisés. Los asuntos graves de la tribu son entregados a los Ancianos que resuelven en consejo. La unidad nacional se va imponiendo como una necesidad desde el punto de vista político a causa de las contínuas guerras suscitadas por la lenta ocupación de la Tierra Prometida y la defensa contra los pueblos pequeños, pero muy agresivos, en medio de los cuales han venido a vivir los hebreos. De aquí va naciendo la institución de los Jueces que, como hemos dicho, tie-

nen como función primordial la de organizar la defensa y dirigir las campañas. Esto establece ya un vínculo nacional y muy fuerte porque los períodos de paz, como el gobierno de Samuel, que luego examinaremos, son la excepción. Israel estaba destinado a vivir en perpetua lucha durante esos siglos y aun bajo los Reyes que vinieron más tarde. Cuando el cargo de Juez recaía en algún hombre de excepcionales condiciones lograba reunir bajo su autoridad a todas las tribus y su gobierno podía compararse al de un dictador; pero hubo varios que solo ejercieron este poder sobre algunas tribus. En todo caso, el gobierno de los Jueces tenía base democrática, hasta cierta parte, aunque no perdía su carácter teocrático o de inspiración directa de Jehovah, único soberano verdadero de su pueblo escogido, cuyas promesas de triunfo final, esperanza de un Redentor y de una vida futura en que los buenos serían premiados y los malos castigados, habían sido hondamente grabadas en el alma hebrea desde la más remota tradición primitiva y confirmadas y robustecidas por Moisés. El pueblo directamente o por medio de los Ancianos de cada tribu intervenía siempre en la vida política, judicial y social. Los movimientos populares determinaron la mayor parte de las grandes crisis y agitaciones.

El período de los Jueces que se cierra con la gran figura de Samuel, profeta y gobernante, no

ha sido generalmente bien comprendido acaso porque no se ha querido ver bien el elemento democrático que formaba parte de su esencia. Es un período interesantísimo en la evolución nacional de Israel esta vida libre que tiene grandeza y sencillez con una aparente anarquía a un tiempo heroica e idílica, feroz y rústica, dura y de nobles instintos, estado social caótico, si se quiere, pero con absoluta solidaridad dentro de cada grupo o tribu y en que la cohesión y la elevación espiritual se realizan por la creencia práctica en un Dios protector. Esta fe en Jehovah y confianza en sus promesas constituyen el fondo de la vida israelita, y la lucha de hombres como Samuel para conservar pura la tradición mosaica y la de los Patriarcas es el mayor servicio prestado a la nacionalidad y explica su preservación a través de tantas vicisitudes. Es cierto que en la vida religiosa de Israel estaba sembrada de supersticiones, pero éstas se referían más bien al culto que a la fe o dogma.

Ernesto Renan ha estudiado admirablemente la época de los Jueces en su **Historia del Pueblo de Israel**, talvez la obra de mayor valor científico que escribió, pero ha dejado borrosas algunas de las grandes figuras de la época, especialmente la de Samuel en quien la fuerza de la inspiración divina, que es todo el secreto de su personalidad múltiple, parece que hubiera detenido

al sagaz historiador como temeroso de aventurarse en un campo que a sí mismo se había prohibido. La misma explicación se podría dar de la relativa pobreza del estudio de Renan sobre Moisés. En la **Historia del Pueblo de Israel,** como lo ha dicho muy bien un escritor judío, las figuras individuales son menos precisas y menos netas que los movimientos colectivos.

Hubo diecisiete Jueces cuya labor está menudamente relatada en el Libro, comenzando por Otoniel para terminar con Heli y Samuel. Sería menester sin embargo, explicar que Heli no ejerció su autoridad solo por ser Juez, sino además porque era el Sumo Sacerdote; y Samuel por su calidad de Profeta u hombre inspirado directamente por Dios. Entre los Jueces se cuenta Sansón, cuya animada historia es uno de los pasajes más populares de la Sagrada Escritura y ha sido tema de infinitas obras de arte literario, poemas, biografias novelescas y hasta óperas. El episodio de Sansón y Dalila es uno de los temas eternos de la pasión amorosa y sus traiciones.

Heli sucedió precisamente a Sansón en el Gobierno y todo lo señala como un hombre virtuoso y consciente de su altísima función de Sumo Sacerdote, pero que, sea por su ancianidad o su débil voluntad, en sus últimos años, ignoró o toleró los abusos cometidos por sus hijos, jóvenes di-

solutos que corrompieron la vida del santuario y cayeron en los peores abusos.

Este Libro de los Jueces ha sido discutido por los estudiosos que consagran sus esfuerzos al examen de la Biblia. La escuela racionalista ha creido ver en sus relatos diferencias de época y de autor. Pero la crítica ortodoja ha sostenido su perfecta unidad de plan y homogeneidad de forma. Tanto el Talmud como los comentadores católicos atribuyen este libro a Samuel.

La vida de Samuel está narrada en el Libro primero de los Reyes, según la nomenclatura católica, que los protestantes llaman también libro segundo de Samuel. Su nacimiento, como el de todos los personajes que han sido suscitados por Jehovah para dirigir a su pueblo escogido, está envuelto en prodigios. En la ciudad de Ramata vive Elcana, hombre piadoso de la tribu de Leví o sea de la casta sacerdotal, que subía desde su ciudad al santuario de Silo para ofrecer holocaustos al Señor. En Silo vivían los hijos de Heli que se distinguían por sus delitos y corrupción en torno del Sumo Sacerdote su padre. Ana mujer de Heli, no le había dado hijos, lo que la atormentaba y entristecía porque se lo echaban en cara, pues era entre los israelitas gran baldón la esterilidad de la mujer. Elcana la consolaba y llegaba hasta decirle si no era él para ella más que diez hijos que tuviese. Ana en tanto oraba al Señor en

el santuario de Silo con insistente fervor y prometía consagrarle el hijo varón que le diese. El Señor oyó su ardiente plegaria, y dió a luz un hijo al que puso por nombre Samuel, que significa "otorgado por Dios".

Cuando el niño no necesitaba ya del seno materno, siendo aun pequeñito, dice la Biblia, lo llevó consigo a la casa del Señor en Silo y sacrificaron un becerro y presentaron el niño a Heli. Ana dijo el Sacerdote: "Oyeme, por vida tuya; yo soy aquella mujer que estuvo aquí orando al Señor delante de tí; por este niño oré y el Señor otorgóme la súplica que le hice, por tanto se lo tengo ofrecido a fin de que le sirva mientras viva", con esto adoraron al Señor y Ana prorrumpió en unos de esos cánticos maravillosos de que está sembrada la Escritura Sagrada, expresión de un pueblo cuyo lirismo impregna toda su obra literaria, todos sus impulsos y en rigor su historia misma.

La narración breve y conmovedora de las tristezas de Ana, su regocijo al ser madre y el cumplimiento de su voto de consagrar a Dios a su hijo único, es uno de los trozos idílicos de la Biblia. Hay en esa página tal emoción sencilla e íntima, una visión de la vida de familia y del sacrificio materno como aun puede presentarse para una madre cristiana, que no se puede leer sin sentir su belleza de fondo y forma.

El encanto de la figura de Samuel en su infancia y primera juventud proviene de esta consagración hecha cuando apenas contaba poco más de un año. La Biblia, en la cual la cronología no es muy precisa, nos cuenta luego que el niño servía en el Tabernáculo y estaba bajo la tutela de Heli, Sumo Sacerdote, y debió de manifestar desde muy temprano la inspiración divina y el don de profecía o comunicación directa con Jehovah porque después de referirnos los crímenes que cometían los hijos de Heli, el libro nos refiere la vocación de Samuel, el llamamiento a la misión que se le iba a confiar.

Heli era ya viejo y había perdido la vista. A su lado, junto al Tabernáculo donde se guardaba el Arca Santa, dormía Samuel. Una noche, "antes de que fuese apagada la lámpara de Dios" o candelero de oro, oyó el joven una voz que lo llamaba y que creyó la de Heli; respondió como Moisés delante de la zarza ardiente: "Aquí estoy." Pero no era el anciano sacerdote quien lo llamaba. Repitióse la voz y de nuevo la decepción al contestar Heli que no era él quien le hablaba. Hasta que al ocurrir por vez tercera el mismo prodigio, el propio Heli lo aconsejó y le dijo que si de nuevo oia el llamado, contestara: "Hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha." Y es, dice el relato, que Samuel no conocía aun la voz del Señor.

Le anunciaba Jehovah que hará un escarmiento terrible en Israel, algo, dice el relato con esa fuerza de expresión característica de la literatura hebrea, "que a todo el que lo oiga le zumbarán los oidos de terror." Heli será castigado por los delitos de sus hijos sin que puedan expiarlos con ofrendas ni sacrificios. Cuando al día siguiente refirió Samuel a Heli el mensaje misterioso, el anciano dijo resignado: "Es el Señor; haga lo que sea agradable a sus ojos." Desde entonces Samuel entra en su función de profeta y predice muchas cosas al pueblo y éste lo oye convencido de que habla por su boca Dios mismo.

Descuidada la defensa de la nación bajo el gobierno de un anciano ciego rodeado de una familia prevaricadora, los enemigos tradicionales, los filisteos, que ya antes se habían llevado cautivo a Sansón, antecesor de Heli, hicieron una violenta irrupción en tierra de Israel y llegaron hasta apoderarse del tesoro espiritual que era el Arca de la Alianza, testimonio del pacto con Jehovah, centro de toda la vida religiosa, tan preciosa para los israelitas como lo es el tabernáculo para los católicos.

Arrebatada el Arca y conducida al lugar del culto de los filiesteos, la desolación reinó en Israel y se sintió la mano de Jehovah que, conforme a los repetidos anuncios de Samuel, había de castigar a su pueblo. Heli y sus hijos perecieron.

La muerte de Heli es un cuadro trazado en el Libro primero de los Reyes con sobrio acento de tragedia. Uno de los soldados fugitivos ante la invasión filistea llega hasta el Sumo Sacerdote, que tenía entonces 98 años. "Yo soy, le dice, el que acaba de venir de la batalla y escapé del combate —Díjole Heli: ¿Qué ha sucedido, hijo mío? A lo que respondió el hombre: Huyó Israel delante de los filisteos y ha sido grande el destrozo del ejército; han quedado muertos tus dos hijos y el Arca de Dios ha sido arrebatada.— Apenas el hombre hubo nombrado el Arca de Dios, cayó Heli de espaldas de la silla junto a la puerta y quebrándose la cerviz murió." Un poeta griego no hubiera hallado forma más simple y fuerte para trazar el cuadro del fin dramático del Sumo Sacerdote que había sido Juez de Israel durante cuarenta años. El Arca fué devuelta poco después porque los filisteos se aterraron ante los prodigios que obraba en su contra la presencia del santuario del Dios de Israel presentado por ellos como ofrenda a su Dios Dagon, ídolo identificado con la Afrodita de los griegos, en figura de mujer terminada como las sirenas en un pez.

La autoridad que ya ejercía Samuel sobre el pueblo era indisputada aun en vida de Heli. A su muerte quedó como Juez de Israel aunque no fué menester una proclamación especial porque ya como profeta su influencia era decisiva y par-

ticipaba en el gobierno efectivo durante la decadencia senil de Heli.

Tenía delante Samuel el problema interno que ya había preocupado a algunos de sus antecesores y que desde los tiempos de Josué constituía el peligro de disgregación nacional y ruina espiritual y material; el contagio de las religiones idolátricas y algunas muy groseras de los pueblos vecinos. La incurable tendencia de los israelitas a adoptar los dioses de otros pueblos, abandonando la Alianza con Jehovah, era ocasión constante de pérdida de la cohesión nacional, corrupción de las costumbres y decadencia del espíritu.

Samuel predicó enérgicamente el regreso del pueblo al espíritu de la ley mosaica y el rechazo de los dioses extranjeros. "Arrojad de en medio de vosotros, les dice, los dioses ajenos, los Baales y Astaroth y preparad vuestros corazones para el Señor y servidle solo a El y os libertará del poder de los filisteos." Restablecida la unidad merced a esta acción del profeta, fortalecida la nación con el vínculo espiritual, que era también el vínculo político, los hijos de Israel se rehicieron, dieron batalla a sus enemigos mientras Samuel oraba y ofrecía el holocausto rodeado de cuantos no habían ido a la pelea. Dice el relato: "Tronó el Señor en aquel día con espantoso estruendo contra los filisteos y los aterró de tal suerte que fueron derrotados por Israel." Bello ejemplo de

la forma grandiosa y colorida que emplean los escritores de la Biblia cuando describen estas perpetuas luchas del pueblo escogido.

El talento político de Samuel aparece claramente por debajo de la sencilla narración bíblica. Ha levantado moralmente al pueblo volviéndo a los caminos de la tradición mosaica, ha organizado un ejército en que se refleja el nuevo espíritu restaurado, ha ensanchado las fronteras de la nación con la conquista de los filisteos y de los amorreos, ha dado al pueblo una nueva conciencia de sí mismo y, lo que vale más, le ha dado la paz de que gozó durante todo sù Gobierno.

Las actividades de Samuel eran múltiples. Residía en la autoridad civil como Juez, o sea gorbernante ejecutivo obedecido por todas las tribus, cosa que no le había ocurrido a todos sus antecesores. Ya hemos dicho que esto constituía una verdadera dictadura de carácter teocrático o de elección popular, pero que requería la aquiescencia expresa o tácita de lo que hoy llamaríamos la opinión pública. Además Juez en el sentido jurídico, porque la Biblia cuenta que se dirigía de cuando en cuando a los diversos centros donde habitaban las tribus para administrar justicia. Pero continuaba residiendo en Ramatha, su casa paterna, donde había fundado, como veremos más adelante, una especie de colegio o academia

de sacerdotes, o sea que continuaba su ministerio sagrado.

El régimen político de Israel se había ido desenvolviendo en una evolución natural y conservaba bajo un dictador justo como Samuel cierto espíritu democrático. El pueblo aceptaba la autoridad del Juez o jefe supremo porque la reconocía como venida directamente de Jehovah, pero, como hemos dicho, la voluntad de las masas populares tenía gran fuerza. Así se ve en el episodio fundamental en la historia de Israel que dió origen al establecimiento de la monarquía.

Samuel envejecía y había creado dos lugartenientes para gobernar en su nombre y dado estos cargos a dos de sus hijos. Los jóvenes descendientes del gran Profeta y hábil estadista no se parecían a su padre, se dejaban llevar de la avaricia y son acusados en el libro santo de haber corrompido la justicia y la administración pública recibiendo regalos. Levantóse gran clamor en el pueblo contra los hijos de Samuel mientras este vivía ya retirado en su casa de Ramatha y entregado a su ministerio sacerdotal. Los Ancianos de Israel, que constituían una especie de Senado al cual se consultaba en caso de peligro nacional, acudieron a Samuel y le dijeron: "Ya ves que has envejecido y tus hijos no siguen tus pasos. Danos un Rey que nos gobierne como lo tienen las demás naciones." La idea de la monarquía apa-

rece pues, por descomposición evidente de la institución de los Jueces en manos de los ineptos hijos de Samuel y por espíritu de imitación. En el curso de los debates entre Samuel y los Ancianos éstos pedían un Rey "como todas las naciones que salga al frente y combata por nosotros en todas las guerras." Duró largo tiempo la lucha, Samuel se negaba y sostenía que era contra la voluntad de Jehovah pedir un Rey; pero al mismo tiempo hacía argumentos de una fuerza admirable y que son una crítica del régimen monárquico absoluto. El mensaje del Señor era preciso: "otórgales su petición, pero antes hasles conocer el poder del Rey que piden"; y Samuel les hizo ver que un Rey les impondrá el servicio militar y les tomará sus hijos para servir en sus carros de guerra; de entre ellos sacará sus oficiales, los cultivadores de sus propias tierras, los segadores de sus mieses y los artífices de sus armas; someterá a servidumbre a sus hijas y las hará sus cocineras y panaderas y los despojará de lo mejor de sus tierras, viñas y olivares para darlos a sus cortesanos; diezmará sus mieses para darlas a sus ministros y eunucos; tomará sus siervos y siervas, los jóvenes robustos, los asnos de labor, y los hará trabajar para él; diezmará los ganados y vendrán a ser todos los israelitas esclavos suyos. "Pensad, les agregó que más tarde alzaréis el grito contra esta tiranía, pero el Señor no que-

rrá oiros porque vosotros mismos la habéis pedido."

Samuel traza ante su pueblo el cuadro perfecto de una de las monarquías orientales de que estaba rodeado el pueblo de Israel y contrapone la obra de los sátrapas asiáticos a las libertades de que goza el pueblo elegido con sus instituciones fundadas en la alianza con Jehovah y en la voluntad de la nación, libremente sometida a las autoridades con el reconocimiento de los sagrados derechos individuales que les otorgaba la ley mosaica. Pero el pueblo no quiso oir estas sensatas reflexiones reveladoras del genio político de Samuel e insistió en pedir un Rey. El profeta pidió a los Ancianos que se retirasen a sus hogares y se dispuso a cumplir el mandato del Señor que le había dicho: "Haz lo que te piden y designales un Rey."

Por caminos providenciales llega hasta Samuel el joven elegido por Dios para ser el primer Rey de Israel. Cis, varón de la tribu de Benjamín, "tenía un hijo llamado Saul, joven gallardo y de tan bella presencia que no lo había mejor en todos los israelitas, sobrepujando lo que va de hombros arriba a todos ellos". Bello y fuerte, varonil y simpático, conquistador de voluntades sin pretenderlo, ha vivido hasta entonces la sencilla existencia del hijo de un dueño de rebaños. Sale acompañado de un servidor para bus-

car unas pollinas extraviadas; llega cerca de la habitación de Samuel, el profeta y Juez que llena con su nombre toda la tierra de Israel; tiene curiosidad de conocer al hombre que se comunica con Jehovah y lee en los cielos los destinos humanos. Samuel lo esperaba, sabía por revelación que debía venir y le sale al encuentro; habla a Saul un lenguaje misterioso que el joven no entiende bien; alude a la grandeza que le aguarda; le ofrece un festín, lo retiene en su casa, sin duda con ánimo de observarlo, y al día siguiente lo unge con el aceite sagrado y lo instruye sobre lo que debe hacer. Debe caminar hasta llegar al "collado de Dios" y entrar en la ciudad donde hallará a un coro de los que formaban la academia o colegio de los llamados Profetas u hombres doctos en el conocimiento de la voluntad divina, que saldrán a su encuentro con instrumentos musicales, y debe cantar con ellos. Sucedió todo como lo había anunciado Samuel y Saul guardó secreto sobre lo que había pasado entre él y el santo varón.

Pasados siete días, Samuel reunió a las tribus. Era menester una consulta al pueblo. Todavía entonces repitió sus advertencias sobre los peligros de la monarquía, resuelto, sin embargo, a hacer la proclamación del Rey. Hubo sorteo entre las tribus y fué designada la de Benjamín y en esta la familia de Metri y así hasta nombrar

a Saúl. Resignado ya Samuel al establecimiento de la monarquía a que se había opuesto cuanto pudo, ocupóse de dar al pueblo lo que la Biblia llama "la Ley de la Monarquía", o sea una constitución para el nuevo régimen que la narración sagrada no nos ha conservado.

No fué tan unánime la aceptación que el nuevo Rey Saúl halló en el pueblo. Sólo parte del ejército lo siguió y otros murmuraban y se hacían la pregunta muy natural: "¿Podrá este salvarnos?" Saúl, astuto y discreto aun cuando dice la Biblia que era entonces "inocente como un niño de un año", disimuló e hizo como que no advirtiera la negativa de muchos a ofrecerle presentes y homenajes. Hizo más que eso: salió pronto en guerra y obtuvo victorias y se ganó la voluntad del pueblo. La voluble opinión pública tornóse entusiasta por el nuevo Rey y pedían a Samuel que les señalara para matarlos a los que habían dudado de que Saúl podría ser un buen soberano. Saúl fué generoso y se negó a vengarse. Parecía el comienzo de un felicísimo reinado.

Samuel tenía que justificarse ante el pueblo de lo que había hecho, y en un discurso de grande habilidad y conmovedora elocuencia expuso la situación. El había condescendido con los Ancianos de Israel que pedían un Rey: "Este Rey se halla ya al frente de vosotros; yo ya soy viejo y lleno de canas y mis hijos están con vosotros; entre

vosotros he vivido desde mi juventud hasta hoy día; aquí me tenéis presente." Se entrega, pues, a una especie de juicio de residencia; pregunta si se le puede acusar de alguna prevaricación o injusticia, si ha hecho daño a alguien. Contestan que nada tienen contra él; la virtud de Samuel, su elocuencia, su carácter de hombre inspirado, se imponen sobre la multitud en esa curiosa asamblea del género de las que siempre celebraban los israelitas y formaban la esencia de su vida política. Entonces Samuel les recuerda lo que Jehovah ha hecho por ellos desde los tiempos de Jacob. Luego confirma a Saúl como Rey: "Aquí tenéis a vuestro Rey, escogido por vosotros y que pedisteis; el Señor os lo ha dado." Esta idea de la responsabilidad exclusiva del pueblo mismo en el establecimiento de la monarquía reaparece sin cesar en labios de Samuel. Por último, le anuncia prodigios que pedirá al Señor como testimonio de que habla en su nombre, o sea que el Rey será Rey, pero Samuel continúa siendo el mediador entre Jehovah y su pueblo. En pleno verano, en tiempo de la siega de los trigos, suscita una súbita tempestad de lluvia, truenos y relámpagos. El pueblo quedó atemorizado y pidió a Samuel que rogara por ellos. Prometiólo y terminó diciéndoles: "Yo os enseñaré siempre el recto y buen camino." El antiguo Juez, el profeta iluminado por Jehovah, el hacedor de Reyes, no había, pues, depuesto toda su

autoridad, y podemos añadir que para bien de Israel.

Samuel y su hijo Jonatás de quien hemos de saber mucho más cuando hablemos del Rey David, salieron a combatir a los eternos filisteos. Samuel había prometido ayudarlos con sus oraciones y presentarse en el campo de los combates. No lo hizo; Saúl dudó de él y ofreció por sí mismo el holocausto, o sea tomó sobre sí las funciones sacerdotales que no tenía derecho de ejercer. Reprendido severamente por Samuel, recibió de éste, que tal vez comenzaba a ver el carácter del joven soberano, el primer anuncio de que su reino no duraría mucho tiempo y de que ya el Señor había buscado un varón llamado a ser caudillo de su pueblo. Aunque someramente narradas estas relaciones del Rey con el Profeta aparecen como en extremo sugestivas del ambiente de la época y son muy reveladoras de la personalidad fuerte y enérgica de Samuel y de la debilidad y blandura tras de la simpatía y la belleza y gallardía físicas de Saúl.

El hijo de Saúl ganaba en tanto batallas contra los filisteos y crecía en popularidad. Debía de ser entonces extremadamente joven y el relato está lleno de elogios de su bondad, su valor personal y su lealtad. En realidad, Saúl comenzaba a ser abandonado por sus propias tropas y sin la intervención valerosa de su hijo, sin la audacia

y valor de Jonatás, los enemigos hubieran invadido toda la tierra de Israel. Lo único claro es que durante los dos años del reinado de Saúl hubo guerras incesantes, en contraste con la paz de que Israel había gozado bajo el gobierno de Samuel.

Nuevas desobediencias de Saúl a los consejos y órdenes de Jehovah por medio de Samuel, acabaron con la paciencia del Profeta. Se le había dicho que exterminara a los amalecitas y aunque pasó a cuchillo a poblaciones enteras a la usanza de la época, perdonó la vida al Rey Agag. Por este acto fué interrogado por Samuel, y contestó Saúl que había traído consigo a Agag y separado del botín ovejas y vacas para ofrecerlas como primicias al Señor, queriendo excusar con un acto de piedad religiosa, un acto ritual, la desobediencia al Señor. Pero Samuel pronunció entonces estas palabras que ya parecen como un anuncio de las que más enérgicas y precisas habían de repetir muchas veces los grandes profetas de tiempos futuros: "¿Por ventura no estima más el Señor que se obedezca a su voz, que todos los holocaustos y víctimas? La obediencia vale más que los sacrificios y el ser dócil más que ofrecer la gordura de un carnero." Es un pensamiento que más tarde y a medida que la ley mosaica se acercaba a su término y crecía la esperanza del Redentor fué acentuado por los varones inspirados: Dios aprecia más

que todos los ritos y holocaustos el ser amado y obedecido por amor.

Después de este episodio, Samuel se retiró a su casa de Ramatha y nunca más volvió a ver a Saúl, aun cuando oraba por él y le dolía el verlo alejarse de las sendas del bien y sabía que el Señor se había arrepentido de haberlo constituído Rey de Israel, dice el Libro santo.

Poco después de la ruptura definitiva entre el Rey y el Profeta éste ungió Rey a David, el hijo menor de Isaí, que apacentaba las ovejas de su padre. El espíritu de Dios entró desde entonces en David y el espíritu maligno entró en Saúl. No es de este sitio, porque lo haremos al hablar de la vida y las obras de David, referir los dramáticos episodios de las relaciones de David con Saúl, de la ruina final del primer rey de Israel y su muerte en el campo de batalla junto con su hijo Jonatás.

Murió Samuel y aun después de su muerte interviene en la vida de Israel. Saúl en su angustia, perseguido por su adversario, confundido por la generosidad misma de David, sintiéndose abandonado de todos, recurría a magias y conjuros para conocer su suerte. Frente a un grande ejército de filisteos, Saúl, que había probado cien veces su valor en los comienzos de su reinado, sintió desfallecer su ánimo. Y dijo a sus servidores: "Buscadme una mujer que tenga el espíritu de

Python e iré a verla y consultaré el espíritu por medio de ella." Aquí se enlaza la historia de Israel con un mito griego; no es difícil identificar a Python con Apolo o Febo que había dado muerte a la serpiente llamada Python y solía ser llamado entre muchos otros nombres por el de Pythios o Pythoktonos, de donde viene el bíblico Python que probablemente es la corrupción hebrea de la palabra helénica.

Dieron noticias a Saúl, hasta cuyo conocimiento había seguramente llegado la fama de este dios de los gentiles, cuyo culto era el más difundido de todos los dioses griegos, de que allí cerca, en Endor, había una pitonisa, o sea una vidente inspirada por Python. Se disfrazó y encaminóse de noche hacia la casa de la pitonisa. La mujer rehusó evocar el espíritu temiendo acaso una celada y dijo: "Sabes bien cuánto ha hecho Saúl para extirpar los magos y adivinos, ¿por qué, pues, vienes a armarme un lazo para hacerme perder la vida?" Le juró Saúl que no le vendría mal alguno de lo que le pedía. Entonces la mujer preguntó qué espíritu debía evocar y contestó Saúl que el de Samuel. La escena es de gran movimiento dramático. La pitonisa ve a Samuel y grita aterrada y comprende que el que la interroga es el Rey Saúl. Este pregunta qué es lo que ha visto y ella replica que ha visto "un dios salir del seno de la tierra." ¿Qué figura tiene? —La de un va-

rón anciano cubierto con un manto. Reconoció Saúl que era Samuel e hizo una profunda reverencia. Pregunta Samuel: "¿Por qué has turbado mi reposo haciéndome levantar? —Me veo, contestó Saúl, en estrechísimo apuro; los filisteos me han movido guerra y Dios se ha retirado de mí y no ha querido responderme ni por medio de los Profetas ni por sueños; por esta razón te he llamado a fin de que me declares lo que debo hacer." —Respondió Samuel: "¿A qué viene el consultar conmigo cuando el Señor te ha desamparado? El Señor te tratará como te predije yo de su parte. Arrancará de tus manos el reino y lo dará a David, por cuanto no obedeciste la voz del Señor ni quisiste hacer lo que la indignación de su ira exigía contra los amalecitas; te entregará a tí y a Israel en manos de los filisteos; mañana tú y tus hijos estaréis conmigo y el Señor abandonará el campamento de Israel a sus enemigos." Cayó Saúl en tierra al oir la profecía del espíritu de Samuel. Cuando entró de nuevo la pitonisa y lo halló desmayado tanto por el terror como por falta de alimento, le ofreció humildemente un bocado de pan para que recobrara fuerzas y pudiera seguir viaje. Al día siguiente caían en el campo de batalla en medio de una de las grandes derrotas de los israelitas el primero de sus Reyes y su hijo el noble Jotanás.

No es ésta la última vez que Samuel aparece en la Sagrada Escritura. En el libro de Eclesiástico se hace al final el elogio de algunos varones ilustres de Israel, y entre ellos el de Samuel, "profeta amado del Señor," se resume su vida, se exalta el lugar que ocupa en la historia de su pueblo y se termina con el relato sintético de la aparición a Saúl.

Hemos usado con demasiada frecuencia la palabra Profeta en el curso de este trabajo. Creemos necesaria alguna explicación sobre el sentido de este término que tiene varias acepciones o grados en la religión de Israel. De ordinario los católicos sólo entendemos por tales profetas los que la Iglesia nos ha entregado en los libros respectivos de la Sagrada Escritura, que son doce menores y cuatro mayores. Sabemos también por la misma Escritura que fueron profetas Noé, Abraham, Jacob, Moisés, Samuel, Elías, Eliseo. Pero es preciso entender que no siempre tiene esta expresión el mismo sentido riguroso en que se aplica a los personajes nombrados y esto exige la somera exposición de algunas nociones sobre el profetismo.

La palabra Profeta tiene un origen griego, pero los filólogos han probado que, en realidad, representa un concepto hebraico. Tenían los hebreos para designar a los hombres inspirados por Dios que les servían de guías espirituales y les

anunciaban los sucesos futuros, la palabra **nahbi** y fueron los judíos helenísticos los que tradujeron esta palabra, de un sentido tan profundo en su lengua, aceptando como su equivalente exacto la palabra griega que después ha pasado a todas las lenguas europeas: Profeta. Es interesante insistir en que la idea es hebraica y no encierra en sí cosa alguna que se pueda relacionar con los augures, las pitonisas y demás videntes o vaticinadores de los pueblos paganos. Platón reserva el nombre de profeta para los intérpretes de los sueños, visiones o confusas declaraciones de ciertos iluminados. Pero ya en el griego común el profeta de un dios era el hombre por medio del cual el dios manifestaba su voluntad o hablaba en cualquiera forma a los humanos. Los helenistas judíos de Alejandría adoptaron esa palabra porque expresaba con exactitud en griego lo que ellos consideraban el profeta.

En todo el curso de su historia había tenido Israel sus hombres elegidos de Dios para hablar al pueblo escogido. La revelación que es fundamento de toda la religión judía, como lo es de la cristiana, se hacía por medio de esos hombres. Así es gran profeta Moisés, que a la vez es gobernante, legislador y juez. Así lo fué Samuel. Estos hombres de Dios son suscitados por El para guiar a su pueblo, para reconvenirlo, para instruirlo en la verdad, para mostrarle la voluntad divina, para

anunciarle castigos y darle leyes de moral. Ellos aparecen como admitidos a una intimidad especial con el Altísimo y suben por ese camino a una altura que los señala a la veneración de los demás, los aparta de la multitud y los eleva aun sobre el simple sacerdocio. El sacerdote cumple los ritos y encabeza la oración del pueblo como homenaje a Dios; sus manos alzadas al cielo imploran la bondad divina y presentan el espectáculo de los dolores humanos. El profeta tiene otra función aun más alta: es el órgano por el cual Dios habla a los humanos. Una fuerza superior a él mismo, que lo arrebata a esferas superiores a las de la vida humana, lo arrastra invenciblemente, casi en una inconciencia de la obra divina realizada por su instrumento, a declarar verdades, proferir maldiciones, anunciar desastres o triunfos, cantar la grandeza de Dios y, junto con los castigos que esperan a los transgresores de la ley, los premios que aguardan a los que la cumplen.

Pero en Israel Dios es el soberano de la nación. El pueblo escogido sabe que cuantos acá abajo sean consagrados Reyes o Jueces o conductores de los hombres bajo cualquiera forma, no son sino ministros de Jehovah, único Rey de Reyes y Señor de Señores. El profeta, por quien Jehovah habla a su pueblo, tiene por lo tanto un carácter complejo en que entran a la vez la religión, la

moral y la vida política del pueblo sobre el cual Jehovah ejerce una soberanía efectiva.

Tenía además Israel una clase de videntes, designados en hebreo con una palabra diversa de la que significa profeta. Eran los que hacían augurios sobre las vísceras de las víctimas de los sacrificios. No eran guías del pueblo, ni pretendían hablar inpirados por Dios. Existieron también los que con frecuencia menciona la Biblia como "hijos de los profetas", pero estos eran algo así como congregaciones de individuos que estaban agrupados en torno de los sacerdotes y a quienes se reconocía oficialmente el don de profecía. Eran una institución nacional que gozaba del favor real y no tuvo jamás autoridad completa ni logró que el pueblo le reconociera inspiración divina. Ya veremos más tarde que los verdaderos Profetas los abrumaron con sus reprobaciones.

Uno de estos, que algunos comentadores han llamado colegios o academias de profetas, había fundado Samuel en su ciudad natal de Ramatha y es la primera organización de este género que aparece en la Escritura. En rigor, esta parece más bien una asociación sacerdotal en la cual mientras obedecieron a hombres como Samuel, sólo eran admitidos individuos de especial virtud y en quienes se advertía algún don de Dios que les colocaba sobre la multitud de los servidores del santuario. El centro de Ramatha llegó a tener gran

importancia en la vida religiosa israelita; pero, como se ve, existen grados en el uso que la Escritura misma hace de la palabra profeta y no podríamos atribuirle el mismo valor cuando se aplica a Moisés o a Samuel o a los profetas menores y mayores que vinieron más tarde, o cuando designa a uno de los miembros de estas verdaderas congregaciones como diríamos ahora.

DAVID

Ningún pueblo tiene, como el israelita, biografías tan perfectas de sus héroes. Escritos los libros de la Biblia, tales como los del Génesis, el Exodo, los Jueces, los Reyes, Paralipómenon, con una gran libertad que llega en ocasiones hasta la rudeza, acaso jamás se ha escrito sobre grandes personajes popularísimos, que ejercieron autoridad absoluta y fueron venerados, con una franqueza más convincente y que deje menos lugar a dudas sobre la veracidad de los cronistas.

Queremos tomar como ejemplo de estas biografías de héroes israelitas la de aquel que por su dramática vida, sus talentos de estadista, sus virtudes y sus debilidades, su genio de poeta, sus proezas guerreras y su prodigiosa irradiación sobre el mundo de su tiempo, ha vivido con más fuerte vida en el alma del pueblo israelita y de todas las naciones del oriente, como vive hoy, renovado cada día su recuerdo, en el corazón de los cristianos.

De ningún héroe de la antigüedad tenemos hoy un retrato más vivo que del Rey David, el autor de los Salmos. El imparcial relato contenido en los libros de los Reyes y en el Paralipómenon nos da a conocer su vida desde la infancia a la muerte en la ancianidad, nos hace penetrar en la intimidad de su familia, en sus amores, en sus pasiones, en sus empresas guerreras, en sus trabajos de estadista genial, en su política interna y externa, en los secretos de su hogar. Esas narraciones son, a juicio de comentadores que los han mirado como simples libros históricos, la obra de contemporáneos del gran Rey o a lo sumo de la generación que le siguió. Nunca la psicología de un hombre ha sido presentada a los ojos de la posteridad con tal viveza de rasgos, con síntesis tan profundas. Ni las más artísticas biografías noveladas de nuestro tiempo logran darnos un retrato como el que se desprende de la Biblia cuando refiere los hechos del santo Rey David, entregándonos los secretos de su alma y todos los movimientos de su vigorosa acción sobre los destinos del pueblo cuyo cetro tuvo en sus manos durante cuarenta años. Los más grandes personajes de la antigüedad griega o romana, tanto más vecinos de nosotros, parecen borrosos y tienen obscuridad de fábula; los faraones egipcios, los soberanos de Nínive y Babilonia, los héroes de la Persia y de la India, hay que adivinarlos en inscripciones que

durante siglos fueron acertijos indescifrables. David aparece radiante, luminoso, todo entero, como si hubiera vivido ayer. Su figura moral se nos entrega tan firme en el dibujo, tan neta, tan precisa, tan fuerte e indestructible como el mármol soberano en que Miguel Angel dejó a las puertas del Palacio de la Señoría de Florencia la gigante figura del joven matador de Goliat.

Comienza su vida ligada con la de aquel nobilísimo varón de Dios que se llamó Samuel, una de las más puras y santas personalidades entre las que la Biblia nos ha conservado. Iluminado por Jehovah, el Profeta, que llora la corrupción del Rey Saúl, va en busca de Isaí, ciudadano de Belén, la aldea donde naciera, retoño de la misma familia, el Salvador del mundo. De los ocho hijos de Isaí, escoge por mandato divino al menor, David, que guarda los rebaños de su padre, y lo unge Rey de Israel. Jehovah elige al pastorcito y lo conducirá por caminos misteriosos hasta el trono. "Era, dice el relato bíblico, un joven rubio, de gallarda presencia y hermoso rostro". En lucha con las fieras que amenazan sus ovejas, David había adquirido fuerza, agilidad, desprecio del peligro. Y como es de tradición entre los pastores de todos los tiempos y todas las razas, su genio musical y poético se había manifestado en el arte con que tañía instrumentos diversos y entonaba canciones

que desahogaban su amor a la belleza y su exquisita sensibilidad.

El Rey Saúl es un hombre sombrío, siniestro, alma cargada de recelos y odios, violento y vengativo. Atacado de una melancolía que hoy llamaríamos neurastenia, sus cortesanos le aconsejaban que algún artista lo distrajera con sus cantos. Le presentan a David, y la gracia del hijo de Isaí y su arte para tocar el arpa y el encanto de su espléndida juventud viril y fuerte, ganan la voluntad del Rey melancólico que lo hace su escudero. Y dice el historiador: "Siempre que asaltaba el mal espíritu a Saúl, cogía David el arpa y la tañía, con lo que se recreaba y sentía mucho alivio pues se retiraba de él el espíritu malo."

Había vuelto ya David a su casa de Belén y a sus rebaños, cuando su padre lo envió al frente de batalla donde cuatro de sus hermanos peleaban en el ejército de Saúl la interminable guerra contra los filisteos. Un hombre de proporciones desmesuradas, un gigante, especie de matón internacional, siembra el terror entre los israelitas. David tiene la audacia serena de ofrecerse para batir a Goliat. Sus hermanos lo reprenden y lo mandan que vuelva a cuidar "las pocas ovejas que nos quedan", dicen. El Rey Saúl duda de que aquel jovencito inexperto pueda afrontar al enorme y aguerrido filisteo. Pero David insiste. Ya se ha batido contra un león y contra un oso en de-

fensa de sus rebaños y no teme al gigante. Saúl le da su armadura, un casco de hierro, su propia espada, y lo autoriza para desafiar al filisteo. David, en uno de esos rasgos que revelan a un tiempo su confianza en Dios y su valor, su obediencia al mandato de Jehovah y su fe en las fuerzas propias, se despoja de aquellas armas que le estorban los movimientos y va contra Goliat con su honda y unos guijarros.

La victoria de David produce en Israel un renacimiento de esperanzas, y el joven pastor es desde ese instante el héroe popular. Las multitudes se agolpan a su paso, salen las mujeres a mirarlo y danzan y cantan en su honor. Es el elegido. Saúl ha prometido la mano de una de sus hijas al que venza a Goliat. El hermoso joven será yerno del Rey.

Comienza allí la amistad de David con el príncipe Jonatás, hijo de Saúl, tal vez la más bella y pura amistad que jamás haya existido. Jonatás, deslumbrado por el valor y la irradiación maravillosa de David, le ofrece su afecto de amigo y nunca, en una larga vida, dejaron de estar unidos por ese sentimiento que, al decir de La Rochefoucauld, es más raro aun que el verdadero amor.

Saúl no está contento. El jovencito crece en popularidad. Será su yerno. Despierta entusiasmos por donde va. Es cuerdo, prudente, no se ex-

hibe; pero sus hechos de guerra, que continúan en diversas empresas, lo alzan a la cumbre del favor público. Un día que David tañe el arpa en su presencia, el Rey traidor, amargado por los recelos y sospechas, le arroja una lanza pensando poder clavarlo en la pared. David huye el cuerpo, evita el golpe y desde entonces Saúl lo teme aun más porque entiende que un poder superior protege a su escudero y tocador de arpa.

Recibe David el cargo de jefe de los guardias de corps, y al mismo tiempo el Rey le da por esposa a su hija Michol. El plan de Saúl es claro: hay que enviar a David al frente de batalla y dejar que los filisteos eliminen a este peligroso triunfador de quien las gentes hablan ya como de un hombre a quien solo le falta ser Rey.

La lucha con Saúl es uno de los episodios más interesantes de la vida de David. El Rey siente crecer su ira y su temor de que un día David ocupe el trono que su carácter atrabiliario y su desobediencia a Jehovah le harán perder. Mientras más astucias discurre contra el valeroso guerrero, más franqueza, más noble desinterés, más virtudes públicas y privadas muestra David.

Solo la amistad de Jotanás, que le revela un complot urdido por el Rey para hacerlo matar, permite a David, ayudado por su esposa, huir de la corte. Errante por los campos, escapa gracias a un ardid ingenioso de las manos de los filisteos

que podían reconocer a su enemigo: se finge loco, y es sabido que la locura en aquellos siglos, como ahora, es sagrada en el Oriente; el enajenado no sólo es irresponsable, sino que además tiene algo de iluminado. Se refugia en el santuario de Ramatha donde Samuel, ya muy anciano, tiene su círculo de estudiosos y santos varones.

En la desgracia de David, la amistad de Jotanás llega a ser heroica. Todo lo arriesga el príncipe, la cólera de su padre, su propia vida, para amparar a su amigo. David ejerce sobre todos los que lo rodean un imperio asombroso, el de las personalidades vigorosas, el de los genios superiores, el de los hombres que llevan sobre la frente la invisible luz de la humana inteligencia y de la gracia divina. En las mujeres, ese imperio se traduce en amor; en los hombres, en lealtad hasta la muerte.

Los sacerdotes del santuario de Nobe, donde estaba el Arca Santa, el santo de los santos de Israel, lo amparan y le entregan la espada de Goliat que allí había sido depositada. Y David se refugia en una gruta donde alcanza a saber la matanza cruel que Saúl ha ordenado. Ochenta y cinco sacerdotes de aquel santuario caen bajo el cuchillo de los ejecutores, ochenta y cinco, dice el narrador "que vestían el Ephod de lino". Y con ellos los ciudadanos de Nobe, hombres, mujeres y ni-

ños, a la usanza de entonces, todos por haber amparado al fugitivo.

Huye al desierto. Busca lugares fuertes y de fácil defensa. Sabe que Saúl lo persigue. Hasta allá va a buscarlo Jotanás y renuevan su pacto de amistad. Jotanás cree ya que David será Rey de Israel y declara que su padre piensa igual cosa.

Poco a poco, van juntándose en torno de aquel espléndido capitán atrevido y audaz, cuyo valor personal nunca fué igualado, numerosos hombres oprimidos por el gobierno tiránico de Saúl. David es ya su jefe de banda y hace la vida de un capitán de montoneras. Perseguido por Saúl, está a punto de caer en sus manos, y siempre la protección de Dios lo salva. David no emplea jamás artes malas contra su Rey. Es generoso hasta con aquel soberano indigno, solo porque es el Rey, el ungido del Señor. Un día lo tiene a su alcance. Saúl se ha entrado en la cueva en cuyo fondo están albergados David y sus hombres. Tiene el joven un primer movimiento irrespetuoso propio de su carácter impulsivo, y mientras Saúl duerme corta un pedazo del manto del Rey. Pero luego se arrepiente y cuando Saúl se aleja inconsciente del peligro que ha corrido, David contiene a los suyos, defiende al soberano y luego se postra ante él y lo proclama su Rey. "No

permita el Señor, ha dicho David, que jamás ponga yo la mano en el ungido del Señor."

Las tropas de David viven un poco del pillaje, otro poco de los servicios que prestan a las poblaciones siempre amenazadas por las tribus salteadoras de los amalecitas y otras vecinas. Pero son generosos, muestran un espíritu de misericordia raro en aquellos tiempos. Por donde va David, va con él un aura de bondad, una magnánima compasión por los débiles, una esperanza de libertad para los perseguidos. Hay testimonios abundantes del afecto que le cobran las poblaciones de Judá entre las cuales mueve su tropa, y la gratitud que le guardan por haberlos defendido a ellos y sus rebaños de las incursiones de las tribus nómades dedicadas al robo.

Hay en el carácter de David algo de caballeresco que parece el anuncio de otros tiempos. Cuando Saúl hace matar a los sacerdotes, David se confiesa responsable por haberlos comprometido tomando refugio en su santuario. Rechazado con dureza por el rico propietario Nabal, a quien ha pedido en forma cortés algún socorro para sus hombres, se rinde a la súplica de Abigail, la esposa de Nabal, que le pide en términos de una ternura y delicadeza exquisitas que no castigue al mezquino hacendado.

Todo el campo está lleno de espías que por amor a David le dan noticias de los movimientos

de los soldados de Saúl que no cesan de buscarlo, Se hace fuerte en la ciudad de Zikleg o Ciseleg, como dice la versión española que siempre ablanda los nombres hebraicos, que le había concedido el Rey de Geth, su aliado temporal y poco confiado. Desde allí David combate a los amalecitas, amaga las fronteras de Judea, hace contínuas incursiones. No hay que espantarse de los detalles que sobre estas guerras de montoneras ni aun las de ejércitos regulares cuenta la Biblia, cuando nos hace saber que los enemigos de vencidos eran pasados a cuchillo y sus ovejas y bueyes, asnos y camellos arreados al campo del vencedor. David es piadoso y magnánimo dentro de estas prácticas de la guerra de entonces, más rudas, pero acaso no tan bárbaras como las de nuestro siglo, refinadísimo con sus bombardeos aéreos y sus ataques químicos. El Rey de Geth, reyezuelo tímido y artero, espera los regresos de David de cada campaña con ansiedad visible. Quiere saber de qué lado ha caído el terrible brazo del vencedor de gigantes.

Los caracteres de Saúl y David van revelándose en la Biblia en una especie de paralelo de supremo arte y gran fuerza dramática. David, en un rasgo de audacia, invita a tres de sus hombres a penetrar en el campamento del Rey. Entran en la tienda; el Rey duerme y tiene clavada en tierra su lanza a la cabecera del lecho. Uno de los

compañeros de David quiere ultimar a Saúl; David se opone. Nadie tocará al ungido. David se conforma con apoderarse de la lanza. Luego reprende a los servidores del Rey que no han sabido guardar su sueño e increpa a Saúl por su injusta persecución. Después, devuelve a los servidores la lanza y se retira, desoyendo las traidoras invitaciones de Saúl para que se vaya con él a la Corte, hechas en palabras melosas, llamándolo "David, hijo mío". Saúl, en la creciente inquietud que avanza como una sombra por su alma, consulta a la pitonisa de Endor. Allí se le aparece Samuel y le predice su fin. Desde entonces el Rey ya no tiene esperanzas y marcha hacia su fin con una obscura conciencia del castigo de Jehovah que no hace sino aumentar su terror.

Acogido por los filisteos con benevolencia, David permanece algún tiempo cerca del Rey Achis que luego desconfía de él y lo despide del ejército con que prepara un gran ataque a Israel. Entre tanto, David ha castigado a las tribus que saquearon en su ausencia la ciudad de Zikleg. Hace gran botín y lo reparte hábilmente entre los Ancianos o nobles de Judá y otras personas a quienes debía servicios durante su campaña de montoneras y cuyo apoyo iba a serle pronto muy útil. Bajo la coraza del guerrero brota ya el político sagaz.

La trágica muerte de Saúl en un combate contra los filisteos, da ocasión a David para mostrar al pueblo su grandeza de ánimo. Hace matar al amalecita que le trae la corona del Rey y le cuenta que él lo ultimó.

Tiene David un temperamento de poeta en el cual hay afectos hondos y una sensibilidad de artista. Estalla en un canto de dolor al conocer la muerte en la batalla de Gelboé de Saúl, el ungido del Señor, y de Jotanás el amigo que lo amó más que su propia alma: "Montes de Gelboé, ni el rocío ni la lluvia caigan sobre vosotros; ni campos haya de donde sacar las primicias; puesto que allí fué arrojado a tierra el escudo de los fuertes, el escudo de Saúl, como si no hubiese sido ungido con el oleo.... ¡Lloro por tí, oh hermano mío, Jotanás, gallardo sobremanera y digno de ser amado más que la más amable doncella! ¡Como una madre ama a su hijo único, así te amaba yo! ¡Cómo han caído esos valientes y se han perdido las armas con que peleaban!"

Esta elegía es la expresión espontánea del alma de David; toda su vida anterior y posterior prueba que eran esos sus sentimientos sinceros: respeto del soberano designado por Dios, lealtad con el amigo que le fué fiel en la próspera y adversa fortuna. Pero su expresión en aquellas horas de incertidumbre política y desconcierto, así como sus recompensas a los que habían recogido

y sepultado los restos de Saúl y Jotanás, debieron producir honda impresión en el pueblo habituado a las prácticas orientales de la venganza implacable.

En todas las horas solemnes de la vida de David hay una consulta directa e íntima a Jehovah. La conciencia de su misión divina preside todos sus actos. El historiador bíblico nos da los diálogos en que David habla cara a cara con su Dios, en forma simple, concisa, como para acentuar lo directo de la comunicación. Es el diálogo que las almas superiores han tenido siempre con su creador. Concentradas en sí mismas, se ponen, como dice la Biblia y decimos los cristianos, "en la presencia de Dios", y escuchan en su conciencia la voz que les manda obrar. "¿Acaso debo ir a una de las ciudades de Judá?, pregunta David a su Dios. "Vé", le respondió el Señor. Y dijo David: ¿A donde iré? Y respondióle: "a Hebron."

En Hebrón los hombres de Judá le proclamaron Rey a pesar de su extrema juventud. Era ya la más alta figura de aquel reino y su nombre había pasado las fronteras.

Uno de los primeros actos de David, Rey de Judá, es hacer que vuelva a su lado su esposa Michol, hija de Saúl. Sin duda la amaba y por amor se había unido a ella, prefiriéndola a la hija mayor que el Rey le ofrecía después del combate con Goliat. Pero además hay aquí un evidente pen-

samiento político. Cualquiera que fuese la decadencia de la casa de Saúl, ella continuaba existiendo, y el general Abner, el peligroso pretoriano, había proclamado Rey de Israel a Isboseth uno de los hijos de Saúl. Mostrar su relación de parentesco con el soberano caído era establecer un vínculo entre el trono de Judá y el de Israel.

Siete años reinó David en Hebrón, y puede decirse que durante ese período, junto con velar para la defensa y mejor organización del reino, su labor constante consistió en organizar un fuerte ejército que fuera seguridad interna y externa. El prestigio de David con sus soldados se revela en numerosos pasajes de la narración bíblica en episodios de valor personal, de abnegación, de lealtad. El Rey y sus servidores rivalizan en las virtudes más excelsas; pero David vence siempre a todos en esa lucha de heroísmos. Se conservan los nombres de los generales y oficiales más importantes. Se sabe quién fué el que mató a Saph de la raza de los gigantes y quiénes los que salvaron la vida de David de la lanza de un filisteo que estuvo a punto de ultimarlo en la batalla, lo que hizo que sus gentes hicieran un juramento diciéndole: "Ya no saldrás a batalla con nosotros, porque no apagues la luz que alumbra a Israel." Y hay el bello episodio narrado en Paralipómenon: David sitiando a Belén, su patria, ocupada por los enemigos, expresa el deseo romántico de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD DE CHILE

beber un vaso de agua de la fuente junto a la cual había jugado en su niñez, la fuente de la aldea que en países secos es como el símbolo más noble de la vida misma. Tres de sus hombres de armas, exponiéndose a la muerte, penetran en el campo enemigo y le traen el agua de la fuente de Belén. David se conmueve ante aquella lealtad y afecto heroicos, y en vez de beber, arroja el agua al aire ofreciéndola a Jehovah, supremo dispensador de todo bien. Su religiosidad profunda toma siempre una forma poética. "¿Acaso beberé yo, dijo el Rey, la sangre y el peligro que corrió la vida de estos hombres? E hizo libación del agua al Señor."

Durante los siete años de su reinado en Hebrón, David asiste a la caída de la casa de Saúl. La lucha entre las dos familias reinantes no cesa. David organiza en Hebrón su propia familia, le nacen numerosos hijos. No descuida el Gobierno y vive siempre alerta para resistir los ataques de toda suerte de sus enemigos de Israel y de los pueblos fronterizos.

Entre tanto, el débil Isboseth, juguete en manos del general Abner, que lo había puesto en el trono, se ve envuelto en conspiraciones militares y un día un asunto de faldas induce a Abner a traicionarlo. Se va al campo de David y le ofrece entregarle el reino de Israel. Joab, general de David, sospecha una celada y mata a Abner. Da-

vid consecuente con su norma de conducta, maldice a Joab por haber dado muerte a un soldado glorioso, y llora delante del pueblo la caída de aquel hombre que no murió, dice, como mueren los cobardes. "Y conoció toda la plebe, sigue el historiador, y todo Israel en aquel día, que el Rey no había tenido parte alguna en el asesinato de Abner." Siempre la fusión de la generosidad de su alma con el resultado político.

Isboseth dormía su siesta cuando los conjurados entraron en su palacio. "Y la portera de la casa se había quedado dormida limpiando trigo." Allí ultimaron al hijo de Saúl y llevaron en una lanza su cabeza hasta los pies de David. Los militares sublevados adulan a David y le hacen ver que el camino del trono de Israel está abierto. Pero él rechaza sus miserables lisonjas y los condena a muerte por haber traicionado a su Rey. A cada paso se advierte que la nación no estaba preparada para un hombre de esta elevación moral. David avanza en su carrera hacia el trono de Israel limpias las manos de sangre de sus regios enemigos, puro el corazón, puesta la mente en Dios y en su pueblo.

Los Ancianos de Israel le ofrecen la corona. El pueblo ya lo ha proclamado por su voluntad unánime de verlo unir las dos ramas de Judá e Israel. Es el elegido de Jehovah, y sus virtudes

y su valor y su genio político le han merecido la confianza de todos.

Llega así a los treinta años de edad a ser David el soberano de la nación más fuerte y poderosa entre las de aquel rincón del mundo. Y desde el primer instante comienza a desarrollar el pensamiento político que debía ocupar toda su vida de soberano: consolidar la unidad nacional.

Establece su corte en Jerusalem, ciudad situada entre los dos reinos del norte y del sur. Refuerza la fortaleza que allí habían ocupado los jebuseos y que recibió el nombre de ciudad de David. Comienza la transformación de Jerusalem en gran capital. Se proyecta el palacio real. Pero David no olvida el fundamento y principio esencial de la unidad nacional que persigue movido por el espíritu divino. El Arca Santa, el verdadero santuario nacional de Israel, donde se guardaban las tablas de la ley y sobre la cual hablaba Jehovah a su pueblo, había quedado algo olvidada desde que fué devuelta por los filisteos que la habían arrebatado. El Rey David, seguido de treinta mil hombres, va en su busca; se organiza un inmenso cortejo en que reviven las reglas litúrgicas tradicionales y de nuevo los levitas cargan el Arca sobre sus hombros como cuando la llevaban en el desierto y era el símbolo de la alianza de Dios con su pueblo escogido. En medio del regocijo popular, al son de los instrumen-

tos musicales, David mismo danza delante del Arca poseído de un santo fervor y entona en honra y gloria de Jehovah alguno de los más bellos himnos que hasta entonces había compuesto.

Su mujer Michol se burla de esa ingenua manifestación de su fe y su piedad, y le observa que su conducta lo hace aparecer ante sus siervos como un bufón. Pero David contesta: "Delante de Jehovah que me prefirió a tu padre y a toda tu casa, y me hizo caudillo del pueblo de Israel, danzaré yo y me rebajaré aun más de lo que me he rebajado, y seré despreciable a mis propios ojos y pareceré más glorioso a los de las criadas de que hablas." Toda su alma impetuosa, todo su sentido de la elevación espiritual del hombre que solo se humilla ante Dios, está en esas palabras.

Proyecta David la erección de un templo grandioso en Jerusalem en honor de Jehovah. Al mismo tiempo, organiza los coros de cantores litúrgicos, de los cuales siete han cantado y danzado en el cortejo del Arca. Pero el profeta Nathan le anuncia de parte de Dios que no será suya la gloria de alzar ese monumento. Está reservada para su hijo. David acepta la orden y se consagra a reunir los materiales preciosos, destinando a este objeto las maderas que le envía el Rey de Tiro, otros obsequios de oro y piedras que le presentan los soberanos amigos, y todo el botín de metales

riquísimos que le entregan los pueblos vencidos en sus guerras.

La traslación del Arca fué celebrada con una gigantesca distribución de alimentos al pueblo. Se puede imaginar la sensación nueva para aquellas gentes, que habían vivido años y años en medio de motines militares, víctimas de incursiones de las tribus vecinas, devorados por disensiones civiles, empobrecidas y atormentadas por la tiranía.

Poco tiempo de reposo tuvo David después de la ocupación de Jerusalem. El historiador bíblico lo sigue en sus guerras contra los eternos filisteos, los amonitas y otros pueblos. Es cierto que al mismo tiempo recibe el homenaje de reyes y jefes de tribus poderosas. Su pensamiento de política externa se concreta cada día: necesita aniquilar a los vecinos turbulentos porque no hay fronteras naturales que los contengan, y son de tal modo agresivos, viven del pillaje, constituyen bandas de merodeadores sin cesar deshechas y rehechas, y no habrá paz en Israel mientras no hayan desaparecido. Sus guerras son terribles, de exterminio, como lo son las de este tiempo y como lo exige la dura necesidad de amparar a su pueblo.

Las reformas internas emprendidas por David no se limitaron a los asuntos religiosos; una de sus principales preocupaciones fué la buena

administración de justicia. A pesar de las acusaciones que le hizo su hijo Absalón, hay pruebas en la narración bíblica de que el gran Rey continuó siendo accesible al pueblo en todo momento y dió garantías completas de que todo ciudadano podía ser oído por el mismo soberano.

Pero donde la desventura iba a entrar en la vida del pastor conducido siempre por la mano de Jehovah hacia tan excelsos destinos, era en la organización de su vida doméstica. David, cuya pasión dominante era, sin duda, la sensualidad, y a este respecto el historiador sacro no omite detalles ni tiene miedo de llamar las cosas por sus nombres, desarrolló en forma excesiva la institución oriental del harem. Es sabido que la poligamia era permitida por la ley antigua; pero David aumentó en forma hasta entonces inusitada en Israel el número de sus mujeres. Nacieron numerosos hijos. Estos se formaron como los príncipes de todos los países de ese continente, y tanto su inmoralidad, como las intrigas del harem, causa de desastres en los reinos que han tenido esa organización de la casa real, causaron vergüenzas a la nación y dolores sin cuento al Rey David. Los incestos de Amnon y Thamar, el asesinato de Amnon, las intrigas de Adonías, la revuelta de Absalón, acaso el más grande pesar de la vida de David, y otros asuntos de igual naturaleza, están narrados en la Biblia con precisiones rigurosas,

sin eufemismos, en un santo afán de decir la verdad.

Crudo es el lenguaje de la Biblia al narrar la más vergonzosa de las faltas de David: la seducción de Betsabé, mujer de Urías, y la muerte de este oficial. El historiador sagrado condensa en frases claras y precisas el delito del Rey, su tentación, su abuso de poder, su crueldad traidora con el marido. No emplea circunloquios, aunque se trate de la más grande figura de la historia de Israel. Y hay belleza literaria en el relato que encierra una novela de pasión avasalladora en unos cuantos versículos.

Paseaba el Rey por la terraza del palacio después de mediodía, hora del demonio, como diría después la misma Escritura. Y vió en frente una mujer hermosa en extremo, que estaba lavándose. La hizo subir y la sedujo. Todo esto se halla puntualizado con breves frases fuertes y netas, lenguaje de la verdad. Era Betsabé, mujer de Urías, uno de los oficiales del ejército de Israel que combatía a los enemigos de la patria. Vuelve Urías del frente; nada sospecha de la traición de su mujer y del Rey; confía en éste a quien sirve con lealtad y noble abnegación de su vida. David solo atina a ocultar su delito; pero la misma nobleza de Urías, en contraste con la artera conducta del Rey, hace que sea imposible cubrir con un velo lo ocurrido. Entonces manda de nuevo a

Urías al frente, con encargo al General Joab de que lo ponga entre los primeros combatientes para que sea expuesto a una muerte segura. Y Urías muere peleando por su Rey y por su patria.

El libro sagrado va más lejos aun en su denuncia serena y justa contra el propio Rey, a quien nada disimula de cuanto puede transmitir a los siglos su falta. Otros Reyes de entonces y de tiempos cristianos cercanos a los nuestros y de este tiempo que vivimos, han cometido ese mismo delito y satisfecho sus pasiones con la complacencia y ayuda de sus cortesanos y benévola apreciación de sus historiadores. Pero pasado un año, y cuando ya había nacido el hijo de la falta del Rey y éste había tomado por esposa a Betsabé, presentóse ante David el Profeta Nathan, uno de estos hombres maravillosos que solo tuvo el pueblo de Israel y que hablaban sin reticencias, sin miedo, atrevidamente, crudamente delante de los reyes y los poderosos, en nombre de Dios. Las palabras de Nathan ante David, envueltas en un sencillo apólogo oriental, son admirables: "Había dos hombres en una ciudad, el uno pobre y el otro rico. El rico tenía ovejas, bueyes muchísimos en gran manera. Mas el pobre ninguna otra cosa tenía sino una oveja pequeña que había comprado y criado y había crecido en su casa junto con sus hijos, bebiendo de su vaso y durmiendo en su regazo y era para él como una hija. Y como llegase un foraste-

ro a casa del rico, no tomando éste, por ahorrar, de sus ovejas ni de sus bueyes para dar un banquete a aquel forastero, tomó la oveja del hombre pobre y aderezóla para que comiese su huésped." Irritóse David al oir esta historia, pensando que Nathan le contaba un caso ocurrido en la ciudad y que reclamaba la justicia del Rey, y ofreció castigar con ejemplares penas a aquel hombre rico y hacerle restituir con cuatro tantos lo robado. Pero el profeta continuó severo: "Tú eres aquel hombre." Y entonces le recuerda los favores que ha recibido de Dios, le echa en cara su delito en frases enérgicas y le anuncia, no sólo la ofensa de Dios ante su doble crimen, sino también que por ella será castigado y morirá el hijo nacido de la falta.

Si fué grande la caída del Rey, mayor fué aún su arrepentimiento y dolor. Toda la vida lloró David su debilidad, y los acentos con que en sus poesías pidió mil veces perdón a Dios y los profundos exámenes que hizo de su conciencia nunca pacificada, llegan hasta nosotros resonando en las edades.

La actitud de Absalón, varias veces perdonado por su padre, debe atribuirse a celo de presunto heredero que ve formarse a su lado la personalidad de su hermano Salomón, a quien el Rey ha resuelto ya dejar el trono. David, puesto por la revolución encabezada por su hijo en la necesi-

dad de evacuar Jerusalem, se retira a las montañas con un núcleo de sus fieles. Desde allí puede luego asistir a la derrota de su hijo y su muerte bajo la mano de Joab.

No cesaron, a pesar de los esfuerzos de David, los disturbios por rivalidades entre Judá e Israel. El Rey vió todavía la sublevación de Seba, la campaña del mismo Joab, su general, al frente de los de Judá que continuaban reclamando la prioridad en la sucesión al trono.

Otra falta de David a que el historiador da gran importancia es la orden de hacer el censo de los hombres en estado de cargar armas; este parece haber sido un movimiento de vanidad de David que quiere tener conciencia de su poderío y su fuerza. El hecho mismo del censo no podía ser una novedad en un país que los practicaba desde mucho antes. Pero Dios lo ha prohibido y terribles castigos caerán sobre la nación y sobre el Rey desobediente al Dios que lo había admitido a su intimidad y guiado desde la niñez como una madre a su hijo.

Hasta su vejez las intrigas de la corte persiguen al Rey. Se descubren conspiraciones de sus hijos con los sacerdotes y el general Joab. Es interesante el papel perturbador de los jefes militares en las monarquías de Judá e Israel.

Advertido por el Señor, David prepara con prudente sagacidad la sucesión al trono para su

hijo Salomón, segundo hijo de Betsabé. Son conmovedoras las escenas en que el historiador refiere los últimos años tristes del gran soberano, el frío que invade sus huesos sin apagar sus ardores sensuales, las amarguras de todo género que el Señor le envía. Y al mismo tiempo el genio previsor con que vela por la suerte de su pueblo para prevenir, hasta donde era posible, la desintegración del reino después de sus días.

Véase la majestuosa sobriedad con que el historiador refiere la muerte de David: "Y estando ya David cercano al día de su muerte, llamó a su hijo Salomón y le dijo: "Yo voy al lugar a donde van todos los mortales. Ten tú buen ánimo y pecho varonil. Observa los mandamientos del Señor, Dios tuyo, siguiendo sus caminos guardando sus ceremonias, sus preceptos, sus leyes y sus estatutos, como está escrito en la ley de Moisés. De esta manera el Señor confirmará la palabra que me dió." Después le da algunos consejos prácticos de política, le recomienda que desconfíe de Joab, que premie a ciertos buenos servidores, que castigue a otros. Termina el libro: "Y fué David a descansar con sus padres y le sepultaron en la ciudad de David."

Este resumen de la biografía de David como se desprende de los libros de la Biblia, es al relato de los historiadores sacros apenas lo que la armazón de madera o esqueleto al edificio termi-

nado y cubierto de su decoración imponente. Pero debe servir para probar que en aquellos escritores había el concepto sencillo y natural del arte de la historia, y el arte de narrar las vidas de los héroes.

Y si algún escritor moderno quisiera penetrar en lo que hoy llamamos la psicología del Rey David, ni aun tendría que internarse en la selva de las narraciones de los Libros de los Reyes y Paralipómenon. Le bastaría leer en los Salmos, la obra de David poeta, prodigioso cantor de todos los movimientos del alma puesta como desnuda, desamparada y temblorosa ante su Creador.

Sea que los Salmos o poemas religiosos hayan sido escritos por David para dar una expresión a los diversos estados espirituales por que atravesaba en las vicisitudes de su accidentada existencia y en su constante afán de elevarse en el conocimiento de Dios y purificar su alma, sea que fueran solo cantos litúrgicos destinados al Templo y a diversas ceremonias del culto, lo que nos representa hoy el volumen de los Salmos, tal como la Iglesia Católica lo recibió de la Sinagoga y lo usa incesantemente, es la colección más elocuente y más profunda de oraciones poéticas que haya concebido jamás la mente humana.

Con razón todas las iglesias cristianas continúan empleando los Salmos como parte esencial

de su liturgia. La Católica los repite diariamente en la Misa, halla en ellos figuraciones de Jesucristo y de los santos, ora con ellos en el oficio que los sacerdotes recitan cada día, con ellos implora misericordia, muestra contrición, alaba la gloria de Dios, agradece sus beneficios, exhibe el humano dolor y clama por el perdón y la paz del alma reconciliada y ansiosa de salir de este mundo.

Cualquiera que sea el carácter original de los Salmos, de los cuales la Iglesia Católica y las protestantes usan 150, la gran mayoría de los cuales están reconocidos con testimonio histórico como obras personales del Rey David, han debido nacer del noble espíritu del regio poeta como verdaderas oraciones, pues nada hay en ellos que no exprese sentimientos elevadísimos y capaces de ser empleados por todos los hombres en el templo o en privado para sus relaciones con Dios.

En todo caso, y como es posible que David escribiera en su larga vida muchos otros que no nos han llegado, es evidente que la preciosa colección que hoy poseemos ha sido hecha con fines litúrgicos. Muchos llevan hasta las indicaciones del objeto que tenían en el Templo y de los coros que debían cantarlos y del maestro que debía ponerles música. Ha sido posible identificar la mayor parte como obras de David y muchos quedan como dudosos.

David puso empeño especialísimo en restaurar la religión, en purificarla, en hacer el culto de Jehovah tan grandioso como alcanzaban sus fuerzas, y, en realidad, no hubo parte alguna de la liturgia que no reglamentara con el genio que mostraba en todo. Era además poeta y músico, él mismo cantaba y danzaba ante el santuario supremo de Jehovah. Su corazón hallaba en cada episodio de su propia vida y en su continua meditación de los favores que recibía de Dios y de las ingratitudes con que correspondía a veces, y de la existencia del mal y de la grandeza y misericordia infinitas de su Señor, el tema eternamente repetido y eternamente nuevo para entonar estos inspirados cánticos.

Como todos los hombres con una intensa vida espiritual y constante noción de la presencia de Dios, el Rey ha pasado por horas de sequedad y tristeza en que se sentía como abandonado de su Señor. "¿Hasta cuándo, dice, me has de tener en profundo olvido? ¿Hasta cuándo apartarás de mí tu rostro? ¿Cuánto tiempo andaré yo cavilando conmigo mismo, penando mi corazón todo el día?" En el abismo de la desolación, sus acentos figuran ya los padecimientos y amarguras que sufrirá Jesús por los hombres: "Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y movimientos de cabeza y dicen: "En el Señor esperaba, que él le liberte, ya que tanto le ama." Hu-

millado, reconoce que no es "más que un gusano y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe". "Sin embargo, tú eres quien me sacaste del seno materno y eres mi esperanza desde que estaba colgado a los pechos de mi madre; no te apartes de mí porque se acerca la tribulación y no hay quién me socorra." En figuras de una inmarcesible belleza y fuerza tal que no hay hombre alguno que no sienta su poder, dice el salmista: "Me he disuelto como agua y todos mis huesos se han desencajado. Mi corazón está como una cera derritiéndose dentro de mis entrañas; mi verdor se ha secado como un vaso de barro cocido; mi lengua se ha pegado al paladar y me vas conduciendo al polvo del sepulcro."

Implora misericordia lleno del temor de Dios. "Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu enojo. Ten misericordia de mí que estoy sin fuerzas; hasta mis huesos se han estremecido y mi alma está en extremo perturbada; pero tú, Señor, ¿hasta cuándo? Vuélvete a mí, Señor y libra mi alma.... En muriendo, ya no hay quién se acuerde de tí; y en el infierno, ¿quién te tributará alabanzas?"

Acaso jamás ha salido de labios humanos un grito más hondo y dramático, más sincero y elocuente del dolor humano, de arrepentimiento, y ansia de purificación, que el Salmo conocido con el nombre de Miserere, la obra maravillosa que

desde miles de años sube de la tierra a los cielos como intérprete de la pobre alma del hombre oscilante entre las fuerzas de la pasión que la arrastran hacia el suelo y la gracia que la atrae hacia Dios. "Ten piedad de mí, Señor, según la grandeza de tus misericordias y según la muchedumbre de tus piedades borra mi iniquidad.... Mira que fuí concebido en iniquidad y mi padre me engendró en pecado. Mira que tú amas la verdad y me has revelado los secretos y recónditos misterios de tu sabiduría. Me rociarás con el hisopo y me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.... Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud.... ¡Oh, Señor! tú abrirás mis labios y publicará mi boca tus alabanzas. Que si tú quisieres sacrificios ciertamente te los ofreceré; más tú no te complaces en holocaustos. El espíritu compungido es el sacrificio para Dios...."

Penitente, convencido de sus faltas, imagina la felicidad de los que no tuvieron culpa y la de aquellos a quienes le ha sido perdonada."Dichoso el hombre a quien el Señor no arguye de pecado y cuya alma se halla exenta de dolo." Pero él ha confesado a Dios su culpa y ha dejado de ocultar su injusticia. Y Dios lo consuela y le promete su misericordia que será como un muro. Dios le dará inteligencia y le enseñará el camino.

Es terrible cuando fulmina la maldad. Los

más grandes profetas no hallaron expresiones que más sacudan el alma. "¿Por qué te glorias en la malicia, tú que eres poderoso en iniquidad? Todo el día está tu lengua empleada en la injusticia; cual navaja afilada hiciste traición. Preferiste el mal al bien, la calumnia al lenguaje de la verdad. Toda suerte de palabras mortíferas son las que has amado, oh lengua alevosa!" Y en otro Salmo: "Si vosotros no os convirtiereis, vibrará su espada; entesado tiene su arco y asestado; y en él ha puesto dardos mortales y tiene dispuestas sus abrasadoras saetas. He aquí que el impío ha parido la injusticia; concibió el dolor y dió a luz el pecado. Abrió y ahondó una fosa y ha caído en la fosa que él mismo hizo." Y todavía en otro: "Dijo en su corazón el insensato: No hay Dios. Se han corrompido y se han hecho abominables por seguir sus pasiones; no hay quien obre bien, no hay uno siquiera. El Señor echó una mirada sobre los hijos de los hombres para ver si había uno que tuviese juicio o buscase a Dios. Todos se han extraviado, todos se hicieron inútiles; no hay quien obre bien, no hay siquiera uno. Su garganta es un sepulcro destapado; con sus lenguas están forjando fraudes; bajo sus labios hay veneno de áspides....Todos sus actos se encaminan a afligir y oprimir; nunca conocieron el sendero de paz; no hay temor de Dios a sus ojos."

A veces el alma del salmista halla la paz y

la esperanza. "No envidies a los malignos, ni tengas celos de los que obran la iniquidad, porque como heno se han de secar y como tierna yerbecilla luego se marchitarán. Pon tu esperanza en el Señor y haz obras buenas.... Cifra tu delicia en el Señor.... exponle tu situación y confía en él."

A David, como a Job, como a los profetas, el problema de la existencia del mal lo atormenta. La prosperidad de los malos ha sido una tentación de duda para el salmista: "Me vacilaron los pies, a punto estuve de resbalar; me llené de celos al contemplar a los impíos y ver la paz de los pecadores. Ellos no tienen miedo a la muerte, sus penas son de corta duración; no sienten las miserias humanas, ni experimentan los desastres de los demás." Ha reflexionado sobre esto y reconoce que le será difícil comprenderlo hasta que entre al santuario de su Dios y conozca el paradero final de esos inícuos que gozan de prosperidad transitoria en la tierra. "Lo cierto es, Señor, que tú les diste una prosperidad engañosa.... ¡Cómo fueron reducidos a total desolación! De repente fenecieron; los derribaste cuando más se elevaban. Como el sueño de uno que despierta, así, oh Señor, reducirás a la nada su imagen...."

Solitario en el desierto de Idumea, abandonado de todos, alejado del santuario, errante y proscrito, David dice al Señor: "Dios mío, Dios mío, a tí aspiro desde que apunta el alba, de tí

está sedienta mi alma.... En esta tierra desierta, intransitable y sin agua, me pongo en tu presencia, como en el Santuario, para contemplar tu poder y tu gloria.... Quede mi alma bien llena de tí como de un manjar jugoso, y con labios que rebosen de júbilo cantaré himnos de alabanza. Me acordaba de tí en mi lecho y en tí meditaba luego que amanecía; pues tú eres mi amparo y a la sombra de tus alas me regocijaré...."

Necesita siempre que Dios lo conforte y sostenga, le dé paciencia en las adversidades y lo guarde de la caída: "Ascienda mi oración ante tu acatamiento como el incienso; sea la elevación de mis manos como el sacrificio de la tarde. Pon, Señor, una guardia a mi boca y un candado que cierre mis labios. No permitas que se deslice mi corazón a palabras maliciosas para excusar mis pecados.... Puesto que mis ojos están levantados hacia tí, puesto que en tí he esperado, no me quites la vida...."

Si es cierto que todos los Salmos están penetrados de un impulso de alabanza a Dios, y casi todos terminan en palabras de gratitud y de honra a su Dios en el cual ha esperado el salmista, hay algunos en que toda la naturaleza se asocia al hombre para rendir homenaje al Creador: "¡Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!.... Yo contemplo los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has establecido.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?.... Le hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y honor y le has dado poder sobre las obras de tus manos. Todas las pusiste bajo sus pies, las ovejas y bueyes y las bestias del campo, las aves del cielo y los peces que surcan las ondas del mar. ¡Oh, Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!" Y con mayor lirismo aun en el salmo que Fray Luis de León ha parafraseado en versos admirables: "Los cielos dan pregones de tu gloria — Anuncia el estrellado tus proezas—, los días te componen clara historia,— las noches manifiestan tu grandeza." En el sol, ve el salmista el tabernáculo de Dios; "como sale un esposo de su tálamo, da saltos de gigante para recorrer su camino; parte de una extremidad del cielo y corre hasta la otra, y no hay quien se esconda a su calor. A sus ojos parece revelarse todo el universo y a veces sus imágenes toman proporciones que abarcan cuanto el hombre ve y cuanto concibe, y todo es para él dominio del Creador y conservador supremo: "Del Señor es la tierra y cuanto ella contiene, porque él la estableció sobre los mares y la colocó más alta que los ríos." Y en otro Salmo: "El Señor reinó, revistióse de gloria, armóse de fortaleza y se ciñó de toda ella, porque hizo firme la redondez de la tierra que no será conmovida. Alzaron los ríos su voz, alzaron los ríos sus ondas

con la voz de muchas aguas. Maravillosas son las encrespadas olas del mar; más admirable es el Señor en las alturas."

Hacia el final del Libro de los Salmos se repite muchas veces esa invitación entusiasta del salmista en que llama a los hombres y a todas las criaturas a unírsele: "Cantad al Señor un cántico nuevo; regiones todas de la tierra, cantad al Señor.... Predicad entre las naciones su gloria.... Oh vosotras, familias de naciones, venid a ofrecer honra y gloria al Señor!.... ¡Llevad ofrendas y entrad en sus atrios!" Y aquel otro salmo, de una belleza prodigiosa, que comienza: "Bendice al Señor, alma mía, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre", en el cual hay una oposición entre el amor de Dios al hombre a quien trata, no según sus culpas, sino según su misericordia, y la fragilidad humana: "Acordóse de que somos polvo. Los días del hombre son como el heno, florece como flor del campo. El espíritu está en él como de paso y no subsistirá, y desconocerá el sitio mismo que ocupaba...."

No escasean entre los Salmos los que tienen carácter profético, ya sea que anuncien la venida del Mesías o predigan para el pueblo de Israel los castigos o los favores de Jehovah. Los hay también que tienen un sentido histórico para el pueblo como el que celebra la libertad después del cautiverio en Egipto, o el cántico tan celebrado en

todos los siglos que han traducido o parafraseado poetas de todas las lenguas, que, sin duda, no es de David, y que comienza: "Estábamos sentados en las márgenes de los ríos de Babilonia y llorábamos acordándonos de Sion. Habíamos colgado de los sauces nuestras harpas. Los mismos que nos habían hecho cautivos nos pedían que cantásemos nuestros cánticos.... ¿Cómo hemos de cantar, les respondíamos, en tierra extraña los cánticos del Señor?...."

Hemos tomado la vida del Rey David como un ejemplo del carácter de la Biblia en cuanto obra de historia, y se ha podido ver que, aun fuera de su inapreciable valor como fundamento de la religión cristiana, las Escrituras contienen materiales para la historia de la civilización nuestra, biografías imparciales y animadísimas de los héroes y pensadores, y además obras cuyo mérito poético y sentido religioso y humano no ha sido igualado por literatura alguna.

A tres mil años de distancia aun vemos surgir de sus páginas la figura portentosa de David y oimos sus acentos de místico y de poeta, tan frescos, tan útiles para la elevación del alma, como si fueran de nuestro tiempo.

SALOMON Y SUS OBRAS

Nada iguala el prestigio del nombre de Salomón, hijo de David, Rey de Israel. El deslumbramiento causado en el mundo por su riqueza, su magnificencia y sabiduría, no se ha extinguido en los tres mil años transcurridos desde su paso por la historia. Este nombre llegó a ser vínculo entre el Oriente y el Occidente. Símbolo de la mayor ciencia alcanzada por un humano entendimiento, y de un esplendor ante el cual palidecen todos los soberanos más poderosos, el nombre de Salomón vive en la narración bíblica contenida en los libros de los Reyes y Paralipómenon, en las obras que él mismo escribió y en tra-

diciones y mitos que fueron formándose entre los pueblos del oriente asiático y pasaron a Europa y llegaron hasta nosotros.

La Biblia ha conservado la historia de su reinado con menos prolijidad que la de su padre, David, en cuanto a la política y Gobierno; pero ha puesto empeño en hacernos conocer cuánta era su sabiduría y cuáles fueron las obras que emprendió en un deseo fantástico de suntuosidad, y cuál su poderío y cuál el homenaje que le rendían pueblos y reyes de su tiempo.

Pero, junto a ese relato, ha tejido la tradición como yedra sobre viejo muro de piedra, una malla de fantasías, de interpretaciones hiperbólicas, de leyendas pintorescas.

El mundo musulmán se apoderó de esta figura, como de muchas de la historia de Israel, y la imaginación árabe la adornó de mitos extraordinarios. Soleimán, o sea Salomón, es un profeta de los sectarios de Mahoma, mayor aun que David, su padre. Más que un soberano de Israel, era para ellos un enviado del cielo. Era el rey de los genios o demonios familiares que llenan el espacio y entran a cada paso en la vida humana. Este poder provenía de un anillo mágico, el anillo de Salomón que hallamos a veces en los cuentos árabes, en las Mil y Una Noches, talismán en el cual estaban grabados dos triángulos equiláteros cortados en forma de exágono, con el nombre de

Dios en el centro. El anillo de Salomón entra por mucho en la magia de la Edad Media. Y más de una vez en los cuentos que los campesinos de Chile repetían en mi niñez, solía aparecer este anillo de Salomón y el poder del famoso rey sobre los demonios, y aun se aseguraba que conocía el lenguaje de los pájaros y de todos los animales. Así había llegado Salomón hasta nosotros, hijos de españoles, por dos vías: por la Sagrada Escritura, donde figura en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y por la leyenda árabe que la invasión de España dejó en aquel país de donde pasó al nuestro.

Su reinado es, ante todo, período de esplendor. David su padre, que nunca tuvo mucha paz, ha dejado el reino enriquecido por su buena administración, unidas las dos ramas de Judá e Israel, sofocadas las revueltas por enérgica represión, ensanchadas las fronteras por sus conquistas, prestigiado el trono de Israel por la enorme autoridad que David tuvo entre los pueblos extranjeros, en buenas relaciones con los grandes imperios ya formados o en formación. Y entre aquel reinado de David, lleno de guerras y revoluciones, y los que habían de seguirle con el comienzo de la disgregación de Israel, el período salomónico es una isla de paz y de progreso material.

Salomón no era el heredero natural del tro-

no. David, muy desgraciado en sus hijos cuyas malas costumbres de príncipes orientales corrompidos y turbulentos, le causaron tantas desventuras, eligió a este hijo de Betsabé, la mujer de Urías, por mandato de Dios, dice la Biblia. Sin duda dió Salomón desde niño muestras de superior inteligencia. Es cierto también que su madre veló celosamente porque esta sucesión no fuera frustrada. En suma, David sabía lo que hacía al elegir a este sucesor. No había en su familia quién pudiera comparársele. Varios de los otros hijos habían muerto trágicamente, víctimas unos de otros, o en revueltas contra su propio padre. Pero es interesante observar que el pecado de David en sus amores con Betsabé, a la cual se unió más tarde en legítimo matrimonio, prolongó sus consecuencias hasta muy adelante en la historia de Israel y fué causa de rivalidades de familia que el mismo Salomón había de padecer.

Desde el momento en que por haber ido David "a dormir con sus padres" fué proclamado rey Salomón, a quien había el mismo rey moribundo hecho conocer sus últimas voluntades, el narrador bíblico parece tomar un acento especialmente majestuoso. Se diría que su único empeño es mostrar la magnificencia de este reinado. "Su reino se afirmó en gran manera", dice al comenzar, y luego advierte que "todas las tribus se reunieron y le juraron fidelidad."

En los primeros años, Salomón, que a la muerte de David parece no haber tenido más de veinte de edad, descubre tentativas de conspiración urdidas en su propia familia. La intriga de Adonías, descrita en la Biblia en términos de una profunda sagacidad para dar a conocer los caracteres humanos, queda destruída por la energía con que Salomón, penetrando sus intenciones, lo manda a ejecutar. El sacerdote Abiathar, viejo conspirador de los tiempos de David, es desterrado al santuario de Anatoth, donde había un círculo de profetas. Y Joab, el pretoriano que hacía y deshacía reyes, asesino de Abner, muere ejecutado de orden de Salomón, aun cuando se había refugiado junto al altar de Jehovah.

Despejado el campo de estos peligros, Salomón buscó una alianza valiosa y contrajo matrimonio con la hija del Faraón de Egipto. La política de Israel comenzaba a oscilar entre los acuerdos con el Egipto y las inteligencias con los soberanos de Oriente, todavía no tan poderosos como llegaron a serlo en tiempos de Nabucodonosor.

El Salmo XLIV, que según algunos comentadores se refiere a este matrimonio, es un soberbio epitalamio: "Con esa tu gallardía y hermosura, dice al Rey el poeta, avanza prósperamente y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia." Y a la esposa: "Olvida tu pueblo y

la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu beldad", lo que permitiría inducir que la hija del egipcio renunció a su religión y adoró a Jehovah.

Tuvo Salomón un sueño en que Dios le habló. Se hallaba en Gabaón, donde estaba el altar de los holocaustos erigido por Moisés y que David conservó como lugar santo después de trasladar el Arca a Jerusalem. Salomón se humilla en el sueño, reconoce su debilidad, y pide un corazón dócil que pueda hacer justicia a su pueblo y discernir entre lo malo y lo bueno. Jehovah recibe con agrado la oración porque Salomón no ha pedido ni riquezas ni larga vida, ni las almas de sus enemigos, sino sabiduría para discernir lo justo. Le promete darle "un corazón sabio y de tanta inteligencia, que ninguno antes de él haya sido semejante, ni se levante después otro igual." Pero todo ello a condición de que guarde los mandamientos y ande en los caminos del Señor.

A continuación de este sueño el narrador pone el célebre episodio de las dos mujeres que se disputaban un niño, que ha dado origen a la expresión tan usada en todo el mundo: justicia salomónica. Es una manera de hacer comprender la gran sabiduría del Rey, su espíritu de justicia y su penetración en las almas.

Tras de la lista de los ministros, generales y altos funcionarios del reino bajo Salomón, la Biblia emplea esta expresión: "Judá e Israel forma-

ban un pueblo innumerable como las arenas del mar y comían y bebían con alegría", o sea el reino se había ensanchado por las conquistas como lo demuestran las enumeraciones de los diversos gobiernos provinciales, y había en todas partes abundancia y prosperidad.

En el Libro de la Sabiduría, que según los comentadores más autorizados no es obra de Salomón, pero resume sus doctrinas y conocimientos, se expone cómo cultivó este Rey todos los ramos del saber. Salomón tuvo desde niño el amor de la sabiduría, deseó la inteligencia y la amó más que el trono y la riqueza y la salud y todos los bienes de este mundo. Y todos los bienes le vinieron con el saber. Así llegó a conocer "la verdadera ciencia de las cosas existentes, la constitución del mundo y las virtudes de los elementos, el principio, el fin y el medio de los tiempos, la mudanza de las estaciones y las variaciones de los tiempos, el curso del año y las situaciones de las estrellas, la naturaleza de los animales y la bravura de las fieras, la violencia de los vientos y las inclinaciones de los hombres, la variedad de las plantas y las virtudes de las raíces." En suma, dice el Libro de la Sabiduría (Cap. VII), "aprendí cuantas cosas hay ocultas y nunca vistas, pues la Sabiduría, que es el artífice de todas, me instruyó." El mismo autor pone en boca de Salomón una definición elocuentísima de la sabiduría en

el relato en Paralipómenon, era reputada por nada."

Jesucristo alude a Salomón en el Sermón de la Montaña. Para encarecer la providencia divina y la vanidad de los esfuerzos humanos en el afán de los cuidados materiales, dice: "Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan, ni hilan; pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de estos."

Y todo este cuadro maravilloso de sabiduría, de poder y de riqueza estaba coronado por la felicidad del pueblo y el bienestar del reino. "Y habitaban Judá e Israel sin ningún temor, cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, desde Dan hasta Bersabee en todos los días de Salomón." "Y venían de todos los pueblos a oir la sabiduría de Salomón y todos los reyes de la tierra a los cuales llegaba la sabiduría de Salomón."

Tenía el Rey aun más exaltada que su padre la tendencia a la suntuosidad. David había edificado su palacio y, por orden de Jehovah, abandonado el proyecto de construir un Templo. Salomón emprendió la obra del Templo y después la de un palacio real como no lo hubo hasta entonces en el mundo. La casa de David, para la cual se habían abatido tantos cedros del Líbano y que al santo Rey le parecía ya excesiva, era estrecha para su hijo con su enorme corte de funcionarios y allegados y su harem en que llegaron a contar-

se las mujeres por centenares, y la necesidad de hospedar a sus huéspedes venidos de los cuatro puntos cardinales.

La historia de la construcción del Templo se relaciona con la vida financiera y económica del reino. Salomón no tenía el dinero suficiente para llevar a término la gigantesca construcción en que todos los materiales debían ser de una portentosa riqueza. Hizo un tratado con el Rey de Tiro, el rico vecino cuyo comercio se extendía por los mares y que tenía en su territorio las maderas y las piedras. Este soberano le permitiría cortar cedros del Líbano y abetos, le daría al mismo tiempo oro y cuanto necesitase, y Salomón le ofrecía en cambio la cesión de ciertas provincias de su reino, que la Biblia designa con el calificativo de "veinte ciudades de Galilea."

No sabemos si ésta cesión de territorio, punto gravísimo porque violaba la tradición, fué hecha en el contrato primitivo o después, cuando agobiado el tesoro salomónico por los gastos de estas construcciones y otras muchas más, el Rey de Israel tuvo que entregar en pago esas ciudades o aldeas. Del hecho se hace mención solamente al referirnos que Hiram, Rey de Tiro, protestó de que se le hubieran dado territorios sin valor, desiertos estériles. La suma de oro prestada por Hiram fué, según la Biblia, de 120 talentos de oro,

lo que equivale a 750,000 libras esterlinas oro de nuestro tiempo.

Pero es evidente que el costo de la empresa de edificación fué mucho mayor. El enorme comercio que Israel hacía entonces con los países vecinos y hasta con los más lejanos por el mar, los tributos muy pesados que le pagaban reyes o tribus sometidas, permitían acumular ingentes riquezas. Según el relato bíblico, el oro reunido en el tesoro real en un solo año llegaba a una suma equivalente a más de 4 millones de libras esterlinas.

El Templo, cuya construcción, plano y dimensiones están menudamente descritos en el Libro de los Reyes, era una mole arquitectónica en la cual entraron no sólo esas maderas valiosas recibidas de Tiro y todos los materiales que había reunido David cuando tuvo el mismo proyecto, sino además fabulosas cantidades de piedras valiosas traídas de muy lejos, revestimientos de oro, tallados en madera que representaban animales, flores, querubines, y una complicada ornamentación en el más rebuscado estilo oriental cuya sola descripción causa asombro y exige para ser comprendida un fuerte vuelo imaginativo. Apenas concebimos hoy que todo el Oráculo o santuario, estuviera recubierto de oro y fueran del mismo metal el altar y muchas otras partes del Templo.

Mayor en extensión que el Templo era el Palacio que también han descrito prolijamente los historiadores sacros, o mejor dicho los varios palacios contenidos dentro del vasto recinto real. Uno especial había sido destinado a la hija del Faraón. Las columnas del edificio central eran de bronce con capiteles del mismo metal que había fundido para el Rey Salomón un artífice venido de Tiro. Y una enorme fuente que estaba en el patio y que la Biblia llama en una hipérbole "el mar", estaba hecha de fundición de bronce y se asentaba sobre las cabezas de doce bueyes artísticamente cinceladas. La sola descripción de esta fuente ocupa varias páginas y da idea perfecta de su valor material y la inspiración artística toda llena de símbolos tomados de la naturaleza.

Pero Salomón construyó también fortificaciones en diversas ciudades, rodeó de muros las principales, continuó la transformación de Jerusalem y, por fin, hizo el puerto de Asiongaber en el Mar Rojo, en tierra de Idumea, y allí equipó una flota mercante tripulada en gran parte por los fenicios de Tiro, grandes navegantes desde muchos siglos. Y con estos elementos traía oro de Ophir en cantidades fabulosas, curiosidades de diversos países, piedras preciosas y productos de toda especie.

Hay momentos en que la lectura de todas estas grandezas deslumbra y marea. Como cuando

se lee que "todos los vasos del templo eran de oro y de oro el altar y la mesa sobre la cual se ponían los panes de la proposición; y los candeleros de oro, cinco a la derecha y cinco a la izquierda delante del Oráculo; y encima como flores de azucena y lámparas de oro y tenazas de oro y tenazuelas y taza y morterillos e incensarios de finísimo oro; y los quicios de las puertas de la casa interior del santo de los santos y de las puertas de la casa del templo eran de oro."

Nunca vió Israel ceremonia de mayor grandeza que la consagración del Templo ante una multitud inmensa. Los Ancianos y los sacerdotes tomaron el Arca y la llevaron al Templo. Se inmolaron bueyes y ovejas sin tasa; dejaron en el Santuario el Arca que encerraba las tablas de piedra que Moisés había puesto en ella en Horeb cuando el Señor hizo alianza con los hijos de Israel "una niebla llenó la casa del Señor"; "La gloria del Señor había llenado su casa."

Allí pronunció Salomón uno de los discursos más elocuentes que registra la Biblia. Himno de alabanza y agradecimiento a Dios que le ha permitido elevar aquel Templo, oración prodigiosamente bella por su pueblo, este trozo del Libro Tercero de los Reyes, es, sin duda, uno de los pasajes más hermosos de la Biblia. Ante el altar y a la vista de la asamblea de Israel, Salomón alzó sus manos al cielo y prorrumpió en aquel magní-

fico apóstrofe a la divinidad: "¡Oh, Señor, Dios de Israel, no hay Dios semejante a tí, ni arriba en el cielo, ni acá abajo en la tierra; tú guardas el pacto y usas misericordia con tus siervos que están en tu presencia con todo su corazón; tú has cumplido a tu siervo David mi padre, la palabra que le diste, pronuncióla tu boca y la ejecutaron tus manos, como da testimonio este día." Luego pide que se confirme en el hijo aquella promesa y continúa: "¿Es creíble que verdaderamente Dios ha de habitar la tierra? Porque si los cielos, si los altísimos cielos no pueden contenerte, ¿cuánto menos esta casa que yo he fabricado?" Desarrolla en seguida todo el cuadro de las oraciones que subirán en aquel Templo hasta Jehovah por el pueblo, por los pecados individuales, para pedir perdón y misericordia en todas las necesidades humanas. "Escucha, Señor, los himnos y las plegarias que tu siervo pronuncia hoy en tu presencia; estén tus ojos abiertos de día y de noche sobre esta Casa, sobre la Casa de la cual dijiste: "Mi nombre será invocado en ella." Si un hombre pecare y viniere a pedir perdón, el Señor estará escuchándole desde el cielo. Si el pueblo viniere aquí para hacer penitencia, óyelo tú. Si el cielo se cerrare y no lloviere por causa de sus pecados, atiéndelo Señor, desde el cielo cuando venga aquí a hacer penitencia y en su aflicción se convierta. Si viniere el hambre o la peste o in-

fección de aire o langosta, si los enemigos devastaren las ciudades, en toda plaga, en toda calamidad, siempre que cualquier hombre de Israel recurriere a tí y alzare a tí sus manos en esta Casa, tú lo escucharás benigno desde el lugar de tu morada porque solo tú conoces el corazón del hombre. Cuando viniere de lejanas tierras el extranjero por amor de tu nombre, puesto que tu fama se esparcirá por todas partes, tú le oirás desde el cielo. Si tu pueblo saliere a campaña contra sus enemigos hará oración a tí mirando hacia Jerusalem y hacia la Casa que yo he fabricado. Y tú le oirás desde el cielo y harás justícia." Y así continúa en una especie de creciente exaltación de su fe, su confianza en la misericordia divina y el amor a su pueblo para el que pide de antemano perdón y protección. Termina en un cántico de alabanza y por fin en la bendición que da al pueblo. Esta admirable oración que tiene, más que muchas otras que hallamos en la Biblia, un acento cristiano, parece la anticipación de la que la Iglesia Católica eleva al cielo en las letanías de Todos los Santos. Y aun cuando el breve resumen que nosotros hemos hecho de ella no da sino una pobre idea de su elocuencia, su fervor y el ritmo de las ideas producido a la manera hebraica por la repetición, debería bastar para inducir a leerla en su original.

La segunda aparición de Jehovah a Salomón tuvo lugar después de terminada la obra del Templo. Dios ha oído su oración y confirma sus promesas hechas a David y a Salomón mismo cuando se le apareció en sueños en Gabaón siempre que el Rey camine en su presencia, como su padre, con un corazón recto y sencillo, y guarde los mandamientos. Pero si se desvía de esas sendas, caerá el reino, perecerá la casa de Israel, el templo será destruído y las gentes que pasen preguntarán, ¿por qué ha tratado el Señor así a este pueblo y este Templo?, y les dirán, porque abandonaron al Señor que los sacó de la tierra de Egipto, y se fueron tras los dioses ajenos y los adoraron y dieron culto.

Fué ese el peligro constante para el pueblo de Israel a lo largo de toda su historia. Isla de espiritualismo en medio de los pueblos idólatras, cuyas religiones eran en grado mayor o menor, formas materialistas, groseras a veces, con vagos restos de elevación moral otras, Israel tenía que sufrir fácilmente en su carácter impresionable y movedizo la influencia ideológica de sus vecinos.

El intenso comercio establecido durante el reinado de Salomón y que ya se había iniciado en el de su padre, la incesante comunicación con el Egipto y los países del Oriente, el desarrollo de la riqueza y la suntuosidad de la Corte que desde los tiempos de David iba reemplazando a la an-

tigua vida sencilla y austera, todo debía producir esos contagios de que pronto se verían los efectos en el Rey mismo que en su juventud y al consagrar el Templo había dado tales pruebas de una altísima espiritualidad.

Salomón determina, sin duda, en su tiempo una reacción sana hacia la religión puramente espiritual. Jehovah está en los cielos, es espíritu puro. Desde allí oye la oración de su pueblo. Acá abajo no hay sino el altar, el santuario en el cual se le ofrecen los holocaustos materiales, símbolo de la entrega de las almas encendidas en el amor de Dios. Las influencias extranjeras debían en pocos años corromper este concepto, dar entrada a los cultos materializados y producir la consiguiente relajación de las costumbres de que el mismo Salomón daría los peores ejemplos.

Entre los soberanos que acudieron a Jerusalem para rendir honores a Salomón y conocer su sabiduría, la Biblia nos conserva el recuerdo minucioso de la visita de la reina de Sabá. Se discute de donde procedía esta soberana. Según unos de la Arabia Feliz; según otros de mucho más lejos hacia el sur, fundados en que el Evangelio de San Lucas (Cap. XI) la llama la Reina de Mediodía, cuando Jesús alaba la solicitud de la que vino "de los fines de la tierra a oir la sabiduría de Salomón". Venía la Reina dispuesta a poner a Salomón algunas cuestiones complicadas a la

usanza del Oriente donde los enigmas, problemas filosóficos y lo que podríamos llamar acertijos intelectuales, han sido siempre muy usados. Salomón contestó con claridad todas sus preguntas y la Reina vió que nada había obscuro para él. Visitó el Templo y quedóse atónita. Reconoció que era justa la fama de Salomón, y le hizo regalos cuantiosos de oro, aromas y piedras preciosas. El Rey, por su parte, dió a su huésped suntuosos obsequios. Escritores y artistas han aprovechado este episodio para reconstituir el espectáculo de grandiosidad y riqueza de esta visita.

El comercio de Salomón crecía en forma nunca imaginada en el pueblo de Israel, hasta entonces modesto y más o menos aislado. Sus flotas tripuladas por fenicios, le traían oro de Ophir y de Tarshish, recibía telas del Oriente, caballos de las razas del norte, cedros del Líbano que llegaron a ser considerados como cosa vulgar, plata en tal cantidad que según el relato bíblico, este metal era mirado como de ningún valor.

Insistimos en la relación estrecha que hay entre el desenvolvimiento comercial y la corrupción de las costumbres y decadencia religiosa en Israel. La Biblia no muestra el proceso de esta evolución, verificada en un espacio no menor de treinta años de los cuarenta que reinó Salomón. Pero es bien explícita para describirnos la profunda abyección moral en que cayó el soberano

devorado por los placeres de su harem. El palacio especial o gineceo, como se dijo más tarde bajo la influencia griega, destinado a las mujeres, encerraba ejemplares de todas las razas. A la hija del Faraón se habían agregado mujeres moabitas, amonitas, idumeas, sidonias y heteas, de todos los colores y nacionalidades. El número llegó, según el relato sacro, a "700 mujeres en calidad de reinas y 300 mujeres secundarias, y las mujeres pervirtieron su corazón." Esta perversión no fué solo de las costumbres, sino también de la mente. Los dioses que este ejército de mujeres traía a Israel tuvieron altares, y Salomón dió culto a Astarte la diosa sidonia de la sensualidad, madre de la Afrodita griega, y a Moloch, el dios terrible de los sacrificios humanos. El Rey erigió un templo a Chamos, ídolo de Moab, sobre el monte que está frente a Jerusalem. Lo hacía para complacer a sus mujeres, dominado por ellas. Es posible que el Rey no hubiera perdido por completo su fe en la religión de sus mayores. Pero es de todo punto evidente con el testimonio implacable de los historiadores bíblicos que había caído en un escepticismo práctico en que para satisfacer a sus esposas idólatras, rendía culto a dioses ajenos.

Hay breves noticias en la Biblia sobre perturbaciones políticas graves durante el reinado de Salomón, por más que mucho se insista en que

fué de completa paz. Hadad, joven príncipe edomita, logró huir al Egipto, fué bien recibido por el Faraón, se casó con su cuñada y volvió a su país donde gobernó a Edom y dominó el puerto de Elath con las rutas comerciales que por ahí pasaban, y oprimió a Israel. Un hijo del rey de Zobah, al norte de la Palestina, logró formar una banda y capturó a Damasco donde estableció una nueva dinastía y "fué siempre un adversario de Israel durante todos los días de Salomón", dice la Escritura.

Con todo esto, con el peso de los enormes tributos, y la cesión de territorio hecha al Rey de Tiro, si Salomón no alcanzó a ver turbada la aparente paz de sus estados, dejó los gérmenes para las revueltas que siguieron a su muerte. Su hijo Roboam provocó la separación de las diez tribus de Israel que reconocieron por rey a Jeroboam, "un hombre valiente y poderoso", dicen los historiadores.

Quien esté habituado a problemas de psicología no tardará en hallar un nexo inmediato y perfecta relación lógica entre la vida sensual, de lujuria y placeres de toda especie que Salomón ha vivido en sus últimos años y las obras de una alta significación moral y filosófica que escribió y que hoy tiene la Iglesia entre los libros inspirados y son la admiración de los hombres cultos de todas las razas. He aquí un hombre que desde los

veinte años todo lo posee, riquezas, honores, mujeres, protección divina, un pueblo que lo venera casi como un semi-dios, vasallaje de príncipes extranjeros, admiración del mundo, sabiduría tan alta como no alcanzó hombre alguno de su tiempo, conocimiento de la esencia de las cosas y de la naturaleza circundante, profunda penetración en los arcanos de la ciencia de Dios. Y todo lo posee en grado altísimo, en proporciones que parecen fantásticas y que, sin embargo, están confirmadas, no sólo por el testimonio de los libros de la Biblia, sino también por la historia, la tradición, los monumentos y el consentimiento universal de los pueblos de ese tiempo.

Salomón ha sufrido el hartazgo de grandeza que siempre sigue a estos destinos excesivos en el camino de la dicha humana. Lo que iba a describir en sus obras, la vanidad de todas las cosas, el cansancio de los placeres, el vacío insondable del corazón y de la mente después de la exaltación sensual y del goce de los bienes materiales, eso era lo que sin cesar invadía su alma refinada y le hacía filosofar, aunque, y nada es más humano, tornara después a dejarse llevar de sus pasiones encendidas y avasalladoras.

El primero de los libros que están admitidos como obra de Salomón, el de los Proverbios, es una colección de aforismos morales que pregonan las excelencias de las virtudes más necesarias en

una sociedad civilizada, tales como la veracidad, la honestidad, la bondad, la castidad; al mismo tiempo se insiste en el deber de ocuparse de los pobres. En algunos puntos, puede decirse que los Proverbios van más allá que las doctrinas morales hebreas contenidas en los libros anteriores; por ejemplo, prohiben alegrarse por un enemigo caído, o tomar venganza de una injuria, y aun aconsejan la bondad con los enemigos. Hay en este libro una como anticipación del cristianismo, y de ahí el uso frecuente que de algunos pasajes hacen hoy las Iglesias cristianas. Además, los Proverbios contemplan el panorama moral con amplitud, sin el estrecho criterio de nacionalidad, que fué lo común en Israel. La estimación de la mujer como esposa y madre es muy alta en los Proverbios. Se define aquí con precisión la igualdad de todos los hombres como criaturas de Dios. Se opone al orgullo predominante en los israelitas, la virtud de la humildad, o sea la modesta estimación de sí mismo. Es el de los Proverbios un libro hecho para formular en parábolas o aforismos las virtudes que podríamos llamar privadas o domésticas. Nada hay en él sobre el valor, la fortaleza, y otras de carácter más bien público. Son las cualidades que se necesitan en la lucha ordinaria por la vida las que el sabio autor propone y ensalza. Acaso por esto mismo su lectura es tan fácil y conviene a toda clase de gentes. De-

be notarse también que los Proverbios suponen el albedrío humano, idea muy avanzada para su tiempo en que el concepto de la fatalidad y el determinismo dominaban el mundo ideológico y práctico.

Hay un capítulo en que la Sabiduría, que en este sentido significa a un tiempo saber, la prudencia, el obrar rectamente y vivir con honestidad, habla a los hombres y pregona sus propias excelencias. Un trozo bellísimo ha sido empleado por la Iglesia y aplicado a la Virgen María: "Todavía no existían los abismos de los mares y yo estaba ya concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aun había collados, cuando ya había yo nacido; aun no había creado la tierra ni los ríos ni los ejes del mundo. Cuando extendía él los cielos, estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito...., con él estaba yo, disponiendo todas las cosas y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia, el holgarme en la creación del universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres."

A veces el lenguaje es rudo y de una gráfica crudeza. Pinta en rasgos magistrales al necio e imprudente que dice algo indiscreto, y luego lo repite: "Como perro que vuelve a su vómito, tal es el imprudente que repite su necedad."

Y no faltan pasajes de una incomparable dulzura y extraordinaria viveza descriptiva, como el largo trozo en que se retrata a la mujer fuerte, pintura encantadora de la que cumple los deberes de su estado, ama al marido, trabaja en el hogar, hila el lino y teje la lana, cuida de sus domésticos, socorre a los mendigos, hace ella misma sus vestidos, y así permite que su esposo trabaje alegre, aumente sus bienes, compre una viña, la labre con sus manos, se siente entre los senadores del país. Esa mujer, dice el libro, es aclamada por sus hijos y su marido, porque "engañoso es el donaire y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor esa será celebrada."

Se ha discutido mucho sobre el autor del otro libro comunmente atribuido a Salomón y que se titula el Eclesiastés. Tal como nosotros entendemos la psicología del sabio Rey y como resultado de su experiencia de contínuos placeres, de esplendor no interrumpido, de riquezas fabulosas, de poderío no igualado, de amores y goces materiales, como reacción de una alma, sin duda alguna superiormente cultivada y en la cual se unían la iluminación de la ciencia divina y todas las luces que un ser humano podía recibir de la ciencia de este mundo, el Eclesiastés nos parece el eco de un hastío profundo de los placeres, de una repugnancia honda e invencible que debía seguir a esa existencia, como ha seguido a todas las que en me-

nor proporción han tenido el mismo rumbo. El Eclesiastés se nos figura más salomónico que cualquiera de las otras obras que se le han atribuído.

Toda la filosofía desencantada, sombría y escéptica del libro está en su introducción que es como resumen del resto de la obra. "Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés (esto es, el predicador de la sabiduría divina), y todo vanidad. ¿Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo la capa del sol? Pasa una generación y le sucede otra; más la tierra queda estable. Nace el sol, y se pone, y vuelve a su lugar; y de allí renaciendo dirige su curso al Mediodía y declina después hacia el Norte; corre el viento soplando por toda la tierra y vuelve a comenzar sus giros. Entran al mar los ríos y el mar no rebosa; van los ríos a desaguar en el lugar de donde salieron para volver a correr de nuevo. Todas las cosas son difíciles; no puede el hombre explicarlas con palabras. Nunca se harta el ojo de mirar ni el oído de oir. ¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer. Nada hay nuevo en este mundo, ni puede nadie decir: He aquí una cosa nueva, porque ya existió en los siglos anteriores. No queda memoria de las cosas pasadas y tampoco habrá memoria de las que están por venir en los que vendrán al último." "Yo he visto todo cuanto existe debajo del sol y he hallado solo va-

nidad y aflicción de espíritu. Las almas pervertidas con dificultad se corrigen y es infinito el número de los necios."

Pero más aun se reconoce a Salomón desengañado en los capítulos dedicados a pintar la vanidad y miseria final de la riqueza y afanes de los hombres. Quiso bañarse en las delicias y todo era vanidad. Buscó la sabiduría, negando a su cuerpo los deleites. Mandó hacer grandes obras, plantar huertos y vergeles, construir estanques; poseyó muchos esclavos y esclavas; amontonó oro y plata; tuvo músicos en su palacio, vasos de oro para servir el vino a su mesa; sobrepujó a todos en riqueza. "Nunca negué a mis ojos, dice, nada de cuanto desearon, ni prohibí a mi corazón goce alguno... Más volviendo la vista hacia las obras de mis manos, los trabajos en que tanto me había afanado, ví que todo era vanidad y aflicción de espíritu."

El sabio tiene ojos en su frente y el necio anda a obscuras; pero ambos vienen a morir. "Por lo que dije: ¿De qué me sirve haberme aplicado con mayor desvelo a la sabiduría?" Piensa que ni siquiera vivirá más la memoria del sabio que la del necio. "He cobrado tedio a mi propia vida, viendo que debajo del sol no hay más que males y que todo es vanidad y aflicción de espíritu."

Todo pasa. Cada cosa tiene su tiempo. "Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de

plantar y tiempo de arrancar; tiempo de dar muerte y tiempo de dar vida; tiempo de derribar y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reir; tiempo de luto y tiempo de gala; tiempo de esparcir piedras y tiempo de recogerlas; tiempo de abrazar y tiempo de retirarse de los brazos; tiempo de ganar y tiempo de perder; tiempo de conservar y tiempo de arrojar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amor y tiempo de odio; tiempo de guerra y tiempo de paz." Pero todo pasa y al fin, ¿qué fruto saca el hombre de su trabajo?

Solo Dios queda y crea y renueva sin cesar sus obras. Mueren hombres y bestias y todos salieron del polvo y volverán a la tierra. "¿Quién ha visto si el alma de los hijos de Adán sube hacia arriba y si el alma de los brutos cae hacia abajo?" Donde el escepticismo de las cosas de este mundo está expresado en una forma que sin comentario haría pensar en filosofías muy alejadas de la cristiana. Y este otro pasaje de una elocuencia profunda: "Hállase todavía otra miseria sobre la tierra: hay justos que padecen males como si hubieran hecho acciones de impíos; e impíos hay que viven tan sosegados como si tuvieran méritos de justos. Cosa es esta que también me parece muy vana. Por tanto, alabé la alegría, que no hay bien para el hombre en esta vida sino el comer y beber y estar contento; y esto es

lo único que sacará de su trabajo en los días que Dios le ha concedido en la tierra." Doctrina difícilmente armonizable con la cristiana. Bien diverso por cierto el criterio de David a quien el problema de esta aparente injusticia se presentaba en uno de sus salmos, como a Job, como a los profetas, como a todos los grandes pensadores hebreos. Y el sabio Rey, arrepentido de dudar, concluía por someterse a Dios y su infinita sabiduría, esperando comprender el problema del mal cuando estuviera en su presencia en otra vida mejor.

Más adelante este libro del desengaño manifiesta el disgusto del sabio ante la opresión de los humildes, la avaricia, que condena con frases candentes, la envidia y la inconstancia de los afectos. Da consejos para estar en el Templo y orar con circunspección, y para contentarse con lo que da Dios. Hace una pintura del avaro, incapaz de gozar su riqueza, sometido a tortura para cuidarla, destinado a irse de este mundo desnudo como llegó y dejar que otro aproveche sus afanes.

Ni aun el estudio o investigación científica que diríamos hoy, le parece otra cosa que vanidad. "¿Que necesita el hombre andar inquiriendo cosas superiores a su capacidad cuando ignora lo que es conducente durante su vida, en el número de días de su peregrinación, que pasa como una sombra?" A veces el libro se convierte en una

serie de aforismos semejantes a los de los Proverbios. "El corazón de los sabios está donde hay tristeza y el de los necios donde hay diversión." "No digas, ¿por qué los tiempos pasados fueron mejores que los de ahora?, porque esta es una pregunta necia." "No quieras ser demasiado justo, ni saber más de lo que conviene, no sea que vengas a parar en estúpido." "Más vale ser reprendido del sabio que seducido con las lisonjas de los necios."

Insiste el autor en que la única cosa que puede dar paz al alma es cumplir la ley de Dios y vivir en una serena medianía, con la conciencia de lo fugitivo del tiempo. Esto da alegría, siempre que no trate el hombre de hallar la razón última de todas las obras de Dios. El Eclesiastés no es un epicúreo ni un estoico, puesto que pone sobre todas las cosas el bien moral y busca la paz en la conformidad con la voluntad que rige el mundo y que reconoce suprema y sabia y bondadosa. Su constante consejo es el hacer bien a los demás. "Sé como las nubes que derraman sobre la tierra la lluvia." Es vano que el joven viva entregado a los placeres, pues de todo le pedirá cuenta Dios. "Arranca de tu corazón la ira y aparta de tu carne el vicio, porque la juventud y las delicias no son sino vanidad."

Termina el Eclesiastés con una pintura de la vejez de una terrible fuerza de dibujo y color que

no es posible reproducir porque está toda hecha en imágenes algo obscuras para describir al hombre anciano con las piernas temblorosas, la boca sin dientes, "florecido el almendro de albas flores" sobre su cabeza, sordos los oídos a la armonía, ciegos los ojos a la belleza, hinchadas las piernas en forma de langostas. Y termina con el melancólico estribillo: Vanidad de vanidades y todo vanidad.

Sin duda la obra de mayor mérito literario que nos ha legado el genio de Salomón es el Cantar de los Cantares. Sobre este breve poema, que ocupa apenas unas cinco páginas en las Biblias de gran formato que se acostumbran, se han escrito centenares de volúmenes, ya sea sobre su belleza artística, ya sobre su interpretación religiosa. San Gerónimo dice que Orígenes se sobrepasa a sí mismo en los diez volúmenes que escribió sobre el Cantar de los Cantares; y en tiempos más próximos a los nuestros el Maestro Fray Luis de León escribió sobre este libro uno de sus más profundos y bellos análisis. La literatura sobre esta obra de Salomón forma una biblioteca.

Ya la Sinagoga le había dado un sentido místico al incluirlo entre los libros inspirados. Para ella la esposa era Israel. Para los cristianos, y después de estudios de hombres como los que hemos nombrado, el poema de Salomón es la figuración

del amor de Cristo a su Iglesia y celebración de sus desposorios.

El sentido natural del poema es el de un cántico de amor o epitalámico en que el Esposo y la Esposa dialogan, se expresan sus afectos, celebran sus atractivos y manifiestan la exaltación de sus sentimientos. Dentro de este sentido hay para los cristianos "una locución figurada y parabólica, dice un comentador, que pertenece a Cristo y su Iglesia."

Los esposos son pastores, aunque bien se transparenta la figura del Rey Salomón, y según muchos intérpretes la de su esposa egipcia. Las repetidas alusiones al color moreno de la Esposa parecen confirmar esta teoría. "Negra soy, pero hermosa, dice; no reparéis en que soy morena porque ha robado el sol mi color." De donde por una interpretación curiosa, salieron algunas de las tradicionales imágenes en que la Virgen María está representada con el rostro obscuro.

En el primer capítulo o canto la Sulamita pregunta al Esposo dónde conducirá a pacer sus ganados para reunírsele con el suyo. Luego sigue la primera noche de los desposorios. "Oh hijas de Jerusalem, dice el Esposo, os conjuro por las corzas y ciervos de los campos, no despertéis ni quitéis el sueño a mi amada hasta que ella quiera." Y los amables términos en que se expresa la Esposa: "Vedle como mira por las ventanas, como

está atisbando por las celosías. Mi amado es para mí y yo soy de mi amado, el cual apacienta sus rebaños entre azucenas, hasta que declina el día y caen las sombras. Vuélvete, aseméjate querido mío a la corza y al cervatillo de Bether."

Pero una noche el Esposo tarda en venir y ella sale en su busca, pregunta a los guardias de la ciudad. "Lo busqué y no lo hallé. Cuando he aquí que a pocos pasos me encontré al que adora mi alma y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre en la habitación de la que me dió la vida." Y una especie de coro de las Amigas de la Esposa canta: "¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas?"

Todos los poetas del mundo, se puede decir sin exageración, han buscado inspiración en las alabanzas que el Esposo hace de la Esposa en el canto IV del Cantar de los Cantares. Esas comparaciones de una riqueza oriental y una prodigiosa belleza y ternura están en la memoria de todos. "Como de paloma son tus ojos, además de lo que dentro se oculta. Tus cabellos como los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad; tus dientes como hatos de ovejas trasquiladas recién lavadas, como cinta de escarlata tus labios, dulce tu hablar; como granadas tus mejillas, tu cuello recto como la torre de David, tus pechos como pe-

queños gamos gemelos que pacen entre azucenas. Toda tú eres hermosa, ¡oh, amiga mía! no hay defecto en tí.... Tú heriste mi corazón, esposa mía, heriste mi corazón con una sola mirada tuya.... Cuán bellos son tus amores, hermana mía, esposa.... Son tus labios un panal que destila miel, miel y leche tienes debajo de la lengua y es el olor de tus vestidos como el aroma del incienso."

El curso del poema sigue el de las noches de los desposorios, en la casa del Esposo, en la de la madre de la Esposa, en el campo y en el jardín. En cada una la naturaleza da los elementos de belleza que sirven para exaltar aun más los afectos amorosos. Y en la última noche, el Esposo dice estas palabras cuya belleza nos parece suprema: "Ponme por sello de tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, implacables como el infierno los celos, sus brasas ardientes y un volcán de llamas. Las muchas aguas no han podido extinguir el amor ni los ríos podrán sofocarlo. Aunque un hombre dé en recompensa de este amor todo lo que posee, le parecerá despreciable todo lo que ha dado."

Si el Eclesiastés es la obra de Salomón desencantado en la edad madura, después de haber sentido la amargura que había en el fondo de los placeres, el Cantar de los Cantares es su inspiración juvenil, cuando todo se abría ante él en pro-

mesas encantadoras. Forma poética maravillosa, aun sin tomar en cuenta su significación mística, esta obra es de aquellas que constituyen un tesoro eterno de la humanidad. Hay en esas pocas páginas más poesía, más belleza sencilla, pura, que en todos los poemas escritos después sobre temas análogos. Y de sus cantos se desprende como un perfume de la mañana del alma del hombre, el despertar tranquilo a una luz de alborada fresca y risueña, que llega a inundar los cielos y encender el mediodía, para morir dulcemente en el misterio estrellado de la noche.

PROFETAS DE ISRAEL

ISAIAS

Los Profetas de Israel aparecen siempre en las horas de desfallecimiento de la nación y vienen a recordar al pueblo y a sus reyes y sacerdotes las verdades olvidadas, la revelación relegada a menosprecio por el avance de doctrinas y prácticas nuevas y que salen de la ley establecida por Jehovah.

La tradición hebrea es que Dios se reveló primero a los patriarcas y escogió a este pueblo para darle a conocer su ley y hacerlo el depositario de la verdad. Israel firmó un pacto de Alianza con su Dios revelado. Si cumple el pacto sellado en el Sinaí y confirmado cien veces después, Israel será protegido por Jehovah; si lo traiciona, será abandonado a sus enemigos.

Así marcha majestuosa la historia del pueblo elegido, la liberación del Egipto, la conquista de la Tierra Prometida. Pero el pueblo se aparta de las vías del Señor; cae en idolatrías, erige altares a falsos dioses y en el Libro de los Reyes se nos cuenta cómo las tribus empeñadas en guerras casi constantes con sus vecinos, se disputaban los ídolos que debían ayudarles a vencer. Sobreviene una época de anarquía religiosa que es a un tiempo anarquía política en la nación cuyo soberano efectivo es Dios mismo. No hay ya reglas ni para las almas ni para la sociedad civil. El Libro de los Reyes, uno de los más interesantes de la Biblia como relato histórico, nos ha transmitido el cuadro desolador de ese tiempo. Son siglos tristes para Israel. Jehovah tiene sus sacerdotes, que velan junto al arca santa. Pero ya no se siente su presencia universal, su reinado absoluto sobre las almas. Se rinde culto a dioses fenicios, filisteos, moabitas. Las tribus anarquizadas y en lucha unas con otras, asisten a la disgregación de la nacionalidad israelita, fatal y lógica consecuencia de haber puesto su confianza en dioses falsos, de haber abandonado la soberanía de Jehovah el Dios único, el Dios universal, el Dios revelado a los patriarcas.

Sin detenernos a examinar a los profetas que Israel había recibido antes de la aparición de Amos, que podemos considerar el primero de la

serie de los que escribieron sus profecías y cuyas obras poseemos, queremos recordar a Elías. Es este una figura grandiosa y solitaria de la historia de Israel, una de las más sublimes sin duda alguna y que está separado por todo un siglo de los profetas propiamente tales. No resistimos al deseo de evocar aquí las páginas bellísimas que en el Libro de los Reyes nos trazan la figura de este admirable varón anunciador de un Dios que no sólo hiere y castiga a los que lo olvidan y desprecian, sino un Dios de la virtud, de la justicia, Dios de los pobres y de los oprimidos, que no pide sacrificios en el templo, sino más que otra cosa un corazón puro.

El Profeta Elías es el héroe de una guerra triunfal de Jehovah, Dios uno, Dios todo espíritu, contra los dioses falsos, de los cuales Baal, el fenicio, es uno de los que más arraigo habían alcanzado en la conciencia hebrea. El solo forma la barrera que defiende el monoteísmo de Israel. Su breve historia narrada en unos cuantos capítulos, basta para deslumbrar. Pasa por la tierra como una llama viviente, hace milagros asombrosos, anuncia males a los pueblos y derrama el bien en torno suyo, se apiada de los humildes, y un día es arrebatado a los cielos como un arcángel. Penetra Elías en el Nuevo Testamento, está junto al Salvador del mundo en la Transfiguración, se anuncia en el Evangelio su venida al fin

del mundo y hasta ahora los judíos dejan vacío en el banquete de Pascua el asiento para Elías, el eterno viajero

Elías es en esas páginas del Libro de los Reyes como un símbolo de la prodigiosa evolución. Perseguido por Jezabel, huye al desierto y un día, dice el poético relato, "se sentó bajo un enebro y pidió la muerte, diciendo: "Bástame ya, Señor, de vivir, llévate mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres." Envióle Dios un pan que comer y le ordenó que siguiera su marcha porque aun le quedaban muchas jornadas. Elías caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al Horeb, monte de Dios, donde Moisés había sacado agua de la roca. Entonces Jehovah le habló de nuevo y le dijo: "¿Qué haces ahí, Elías? Y él respondió: Me abraso de zelo por tí, oh, Señor Dios de los Ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruído tus altares, han pasado a cuchillo tus profetas; he quedado yo solo y me buscan para quitarme la vida. Díjole el Señor: Sal fuera y ponte sobre el monte en presencia del Señor; y he aquí que pasará el Señor y delante de él correrá un viento fuerte e impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas; no está el Señor en el viento; después del viento vendrá un temblor de tierra; tampoco está el Señor en el terremoto; tras el terremoto un soplo de fuego; no está el

Señor en el fuego. Y tras el fuego un aura apacible y suave."

¿No es verdad que estas palabras consoladoras son como el anuncio del Dios de amor, el Dios apacible, el Dios suave que había de venir para restaurar no sólo a Israel sino a la humanidad entera?

Junto a hombres como Elías parecen tan pequeños los profetas anteriores a quienes se ha solido designar con el nombre de profesionales, que con razón se les da por algunos autores el calificativo de falsos profetas, aunque no son falsos, sino que se conformaban con manejar fórmulas religiosas, aprendidas de memoria, usándolas como si fueran principios intuitivos, fruto de experiencia espiritual propia, y entre tanto cerraban los ojos a los pecados del pueblo y dejaban que éste continuara extraviándose.

Veamos rápidamente el cuadro del estado moral y político de Israel a la aparición de los grandes profetas. Hay una multitud de pequeños estados, Tiro, Israel, Judá, Moab, Edom que pelean sin cesar. Estas guerras son feroces, tienen el encarnizamiento que de ordinario muestran los pequeños en sus luchas. Cada victoria produce un gran número de cautivos; pueblos enteros son sometidos a la esclavitud y se fomenta con ellos el comercio de esclavos de Tiro y de las islas griegas. Estados poderosos, como Damasco y Asiria,

hacen guerras de exterminio e implantan el sistema de deportaciones de grandes masas populares, naciones transportadas de un lugar a otro. Los dioses de esos países paganos, de quienes dice un escritor que eran "malvados y mezquinos como los hombres", se introducen en Israel y tienen altares; reciben culto simultáneamente con Jehovah la diosa de la sensualidad, Astarté, cuyos ritos elevan a la categoría de culto la prostitución, y el terrible Moloch, dios de la crueldad; los cultos oscilan entre prácticas fútiles y prácticas atroces; se desarrollan la adivinación, la magia, de las cuales tantas veces habla la Biblia con formidables reprobaciones y que los Profetas debían combatir en acentos de terrible energía. La anarquía política es profunda; revoluciones militares elevan o deponen a los Reyes; en aquel reino pequeñito hay un régimen pretoriano comparable con el de los peores tiempos de Roma decadente. El estado social es deplorable; impera la fuerza y los pobres son oprimidos por los ricos; la justicia está corrompida y se vende a los poderosos. Todos los vicios se han propagado. El lujo y la sensualidad hacen estragos en todas las clases; la familia está desorganizada.

Los Profetas han dejado una pintura desoladora del estado de Israel. Por ellos sabemos que el mismo culto de Jehovah se ha pervertido y convirtiéndose en una serie de ritos sin espíritu, sa-

crificios y ayunos sin virtud moral, llega a veces a parecer una simple idolatría. Tal es la postración moral y religiosa del pueblo escogido, de ese pueblo pastoril, formado en una vida simple y pura, en comunicación constante con la Divinidad, poseedor del tesoro de la única religión espiritualista que existe entonces, que ha recibido leyes morales eternas, leyes que siguen siendo al cabo de miles de años el único guía seguro de los hombres; que ha tenido como conductores a los varones más justos, a los legisladores más sabios, a los sacerdotes más inspirados que conoció jamás la humanidad.

El profeta Amós aparece en el momento en que Israel llega al zenit de su poderío político, y mira las victorias obtenidas sobre los enemigos como una de las causas de la corrupción general. El Señor enviará sus castigos al pueblo que lo ha abandonado por los ídolos. Caerá fuego sobre Israel "porque vendió al justo por plata y al pobre por un par de sandalias", es decir por interés de poca monta. Y sigue condenando en su lenguaje pintoresco y valeroso a "los que quebrantan sobre el polvo de la tierra las cabezas de los pobres y tuercen el camino de los humildes", o sea los que atropellan al pobre y le niegan su derecho, "y sobre ropas adquiridas como prendas por préstamos se sientan a comer cerca de todo altar y beben el vino de los que sufren en la casa de

su Dios". El cuadro es completo: la usura se apodera de los bienes ofrecidos en prenda y con ellos celebra banquetes en los altares de los dioses falsos a los cuales se rinde culto de idolatría.

Solo un corazón atrevido inspirado por Dios podía hablar así a los poderosos, a los ricos en defensa de los humildes. "En esos tiempos, dice Amós, en que el prudente callaba porque son tiempos malos, aborrecieron al que los corregía y abominaron del que hablaba la justicia." Los sacerdotes denunciados por el Profeta lo acusan y quieren expulsarlo de Israel. Amós había nacido en Judá. "Vete a Judá, le dice el sacerdote de Bethel después de acusarlo ante el Rey Jeroboam, huye para la tierra de Judá y come allí tu pan y allí profetizarás." Y Amós responde: "No soy Profeta, ni hijo de profeta, sino un pastor que guardo unas vacas; pero el Señor me llamó cuando iba tras del ganado y me dijo: Vé a profetizar a mi pueblo de Israel."

Algunos años después viene Oseas cuando la descomposición moral y política se acentúa. El Profeta condena los cultos idolátricos y llama al pueblo a volverse hacia Jehovah. El Señor no puede abandonar a sus escogidos. El Señor ha dado a Israel el trigo, el vino y el aceite que ahora el pueblo ofrece a sus falsos dioses, el oro y la plata de que están hechos sus ídolos. Y por eso le quitará esos bienes y cambiará en malezas sus vi-

ñas y sus higueras. Pero Jehovah no puede repudiar para siempre a la que le dió sus amores de la juventud. "Yo soy Dios y no hombre", dice el Señor por boca de su Profeta. "Soy el santo que está en medio de vosotros y no vendré para destruir." Jehovah ha desgarrado a Israel, Jehovah lo sanará. No quiere sacrificios sin sentido espiritual, quiere el amor de su pueblo. Y el Profeta Oseas grita dolorido llamando a los israelitas a su Dios, a la vida pura, a la justicia. Han sembrado la impiedad y cosechado fruto de mentira. El Profeta los invita á sembrar la justicia para segar misericordia, para aguardar el tiempo en que descenderá la gracia.

La Iglesia divide las obras de los Profetas en dos grandes grupos: los llamados mayores y los menores, no porque estos últimos sean de una categoría inferior, sino porque dejaron escritas sus profecías en documentos breves. Con Oseas y Amós de que acabamos de hablar, sería preciso mencionar a Jonás, Miqueas, Nahum, Sofonías, Joel, Habacuc, Abdías, Baruch, Aggeox y Zacarías que constituyen el grupo de los doce profetas menores. Todos ellos en diversos reinados y a veces contemporáneos de los cuatro grandes Profetas Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, luchan para restaurar la pureza de la fe israelita, defienden valerosos al Dios que en el Sinaí habló a Moisés y con el cual el pueblo escogido selló

una Alianza, amparan a los pobres y oprimidos contra la tiranía de los reyes y los ricos, predican la igualdad ante Dios, se yerguen indomables y terribles frente a todas las potestades de este mundo en nombre de Jehovah que los ha enviado y los inspira.

Como dijimos al hablar de Samuel, ningún otro pueblo ha tenido en la historia humana la institución maravillosa del profetismo que ha sido la defensa de su unidad nacional por medio de la unidad de la fe religiosa y le ha dado un código moral, civil y religioso, único en la humanidad, perfeccionado a lo largo de la carrera prodigiosa de los Profetas, con violentas sacudidas de la opinión pública cada vez que sus Reyes, sus sacerdotes y su pueblo se apartaban de la gran tradición purificada por los Profetas, con anuncios formidables de los males que reservaba el futuro, confirmados siempre y a veces de manera deslumbradoramente exacta. Y podríamos decir que, si considerados como restauradores de la religión, los Profetas de Israel son varones inspirados por Dios, desde el punto de vista humano y político son los tribunos del pueblo de Israel que dan al Estado una constitución basada en la justicia, en el derecho, en la igualdad, en el amor y no en la venganza y la tiranía.

No olvidemos que reinaba en todo el mundo de entonces, en Grecia como en Roma, en los

estados asiáticos como en Egipto, en medio de esplendores del arte, de la literatura y de la filosofía, la ferocidad humana, y fueron los Profetas de Israel los primeros en la humanidad que se alzaron contra ella y lanzaron como un eco de la cólera divina, el grito de indignación contra los ricos que oprimían a los pobres, en defensa de los justos y honrados, contra los tiranos y los crueles, el amor de Dios y la alianza de Dios con los hombres contra las religiones de los dioses sanguinarios y sensuales. Ricos y pobres había en Roma y Grecia y en todo el mundo que luchaban en conflictos perpetuos y sufrían los unos y abusaban los otros. Los Profetas mostraron al pueblo de Israel su corazón sangrando por la injusticia y le dieron un ideal de justicia. Por todas partes iban las naciones sin ideales, "con su porvenir pendiente ante ellas como un harapo", según la expresión del Deuteronomio. El pueblo de Israel, bajo el soplo poderoso de sus Profetas, oyó palabras de salvación, anuncios de mejores tiempos, esperanzas de eternidad, un previo evangelio de justicia social, y estas palabras proféticas viven eternamente después de más de veinte siglos que fueron pronunciadas y han dado a esas 24 tribus de una nación pequeña una obra imperecedera, un acento que aun resuena en nuestros corazones como parte de la esencia de la civilización de Occidente.

Quien haya practicado la lectura de los Profetas y deba ocuparse de ellos siente siempre el anhelo de llegar pronto al más grande de todos, al que considerado bajo cualquier aspecto es la cumbre de la inspiración, del estilo profético y de la significación religiosa y humana: Isaías.

Como de la mayor parte de los grandes escritores, sean inspirados o simplemente humanos, sabemos poco de la vida de Isaías. Del texto de sus profecías podemos establecer que vivió por los años de 700 a 600 antes de Jesucristo. Sus alusiones a los reinados de ciertos monarcas de Israel, a la caída de Samaria, a la invasión de Senacherib y otros sucesos históricos, permiten fijarlo en ese siglo. Sabemos también por sus propias declaraciones que era casado, y al menos menciona en pasajes de sus obras dos hijos suyos. Lo que parece indiscutible es que, fuera de la alta virtud que le mereció el ser instrumento especialísimo de Dios, Isaías debió de ser hombre de gran cultura, divina y humana; bastarían el estilo y el lenguaje de sus escritos para juzgarlo así; y tampoco es dudoso que tenía una posición social elevada con autoridad para encararse con los reyes sin ser llamado por ellos y para hablar en su presencia con libertad que en esos tiempos de gobierno tiránico parecería hasta insolente.

Isaías profetizó bajo el reinado de cuatro soberanos, Ozeas, Joatan, Acaz y Ezequías, aunque su obra religiosa y política sólo se realizó plenamente bajo la administración de este último que era su amigo y poseía cualidades morales e intelectuales superiores. De este Rey dice el Eclesiástico: "Hizo Ezéquías lo que agradó a Dios en el camino de David su padre, que le recomendó a Isaías, profeta grande y fiel delante de Dios. Con su espíritu grande vió Isaías los últimos tiempos, y alentó a los que lloraban en Sion. Mostró las cosas venideras y las escondidas antes que aconteciesen."

El Libro de las Profecías de Isaías es una compilación hecha probablemente por él mismo, pues contra lo que acontece en otros libros de la Biblia, tiene perfecta unidad de composición. Las dudas que la crítica racionalista había emitido sobre la autenticidad de una parte de las profecías de Isaías han sido refutadas victoriosamente por sabios orientalistas de diversas confesiones que han podido estudiar la lengua y el estilo de este Profeta, inconfundible su vigor, su pureza y su elegancia.

Tiene el libro una división lógica. La primera parte contiene oráculos sobre los pueblos de Judá e Israel y algunas naciones extranjeras, una especie de apocalipsis o revelación, capítulos de las relaciones entre Judá y Asiria, uno de los pro-

blemas graves de Israel, y anuncios sobre el porvenir de Edom e Israel. La segunda parte está casi íntegramente destinada a anunciar la regeneración de Israel después del cautiverio de Babilonia. Y una y otra tienen un tema supremo como inspiración única: "Sion será rescatada en juicio", es decir después de padecimientos para satisfacer a Dios, "y será restablecida en justicia". Un objetivo altísimo domina el panorama que abarca la visión genial de Isaías y es el monte de Sion, la montaña de Dios a la cual habrán de subir, no sólo Judá e Israel, como habían anunciado otros Profetas, sino todos los pueblos de la tierra. La ampliación del concepto fundamental del profetismo a toda la humanidad, es el carácter supremo de Isaías. El monte de Sion es el reino de Dios, el mismo que buscamos los cristianos, aquel cuyo advenimiento pedimos en el Padre Nuestro. Y por esto, por haber anunciado claramente al Mesías, suele ser llamado Isaías el profeta evangélico.

El mismo refiere en una de sus profecías la visión inicial de su ministerio que la Iglesia recuerda todos los días en la Misa. El Profeta vió al Señor sentado sobre un solio alto; las cosas que estaban debajo de El llenaban el templo. Serafines estaban en torno y tenían cada uno seis alas; con dos cubrían su rostro, con dos cubrían sus pies y con las otras volaban. Los espíritus re-

petían el himno que la Iglesia también hace oir por millares de voces cada día: "Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria." Estremeciéronse los dinteles y quicios y el Profeta dijo: "¡Ay de mí! que yo soy hombre de labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene los labios contaminados y he visto con mis ojos al Dios de los Ejércitos." Y uno de los Serafines voló hacia él y cogiendo del altar un carbón encendido, tocó su boca y dijo: "Mira que esto ha tocado tus labios y será quitada tu iniquidad y lavado tu pecado." Pregunta el Señor a quién enviará a su pueblo. Y el Profeta responde: "Aquí estoy, envíame." Y allí recibe la misión y se le manda que hable al pueblo en nombre de Dios.

Desde ese instante, poseído del Espíritu, Isaías profetiza. Como Amós, condena la avidez de los ricos, la iniquidad de los jueces, el vacío del culto materializado. "¡Ay de los que juntáis casa sobre casa y añadís tierra a tierra hasta el término del lugar! ¿por ventura habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?" "¡Ay de los que desde la mañana corren tras del vino y beben hasta la noche en el ardor de la embriaguez! La lira y el harpa y el pandero y la flauta y el vino en vuestros banquetes, y no atendéis a la obra del Señor ni consideráis las obras de sus manos.... Por esto ensanchó el infierno su seno y

abrió su boca sin término alguno y descenderán a él los fuertes y los gloriosos.... ¡Ay de los que dan órdenes inicuas, los que sentencian la injusticia, los que arrojan del tribunal a los pobres privando a los débiles de su derecho! ¿Qué harán éstos cuando llegue el día de rendir cuentas, el día de la ruina que viene de lejos?"

Todo el estado moral y social de Israel aparece en líneas de fuego en las profecías del hombre cuyos labios habían sido purificados en el altar de Jehovah. El decadente espíritu religioso recibe de él la más terrible sacudida, las más atrevidas acusaciones. Jehovah no quiere esos sacrificios sin sentido, está cansado de ver sacrificar víctimas y repetir oraciones mecánicamente dichas que no salen del corazón de sus fieles ni llevan un sentido profundo.

Pero Isaías, a diferencia de otros Profetas, no sólo denuncia los vicios y amenaza en nombre de Jehovah con castigos espantosos. Tiene además para el pobre pueblo extraviado esperanzas luminosas. En medio de aquella humanidad entregada a la ferocidad de guerras implacables, al dominio completo de la fuerza y de la sensualidad, Isaías muestra a su pueblo un altísimo ideal y quiere que llegue a esa altura por el ejemplo y por la aspiración de su alma reconciliable con Dios.

Y es en estas esperanzas donde Isaías alcanza la mayor altura. Sitiada está Jerusalem por los Reyes de Siria, y Jehovah envía al Profeta que anuncie a Achaz, Rey de Israel, la protección del Altísimo. En prenda de ese divino amor por su pueblo, la promesa maravillosa brota de los labios inspirados: "He aquí que concebirá una Virgen, dice Isaías, y dará a luz un pequeñuelo para nosotros y un hijo se nos ha dado y el principado será puesto sobre sus hombros y será llamado Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre del siglo venidero, príncipe de la paz." Y más adelante, en el capítulo XI de las profecías, el varón inspirado anuncia ya con claras palabras al Mesías Redentor de Israel y del mundo en términos que eternamente están resonando en los oídos de todos los hombres y que han servido para inspirar a escritores y artistas: "Y saldrá un renuevo del trono de Jessé (Jessé o Isaí, padre de David; todas las profecías anunciaban al Mesías nacido de la casa del gran Rey) y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad.... El no juzgará por lo que parece exteriormente a la vista, ni condenará solo por lo que se oye decir, sino que juzgará a los pobres con justicia y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra y a la tierra la herirá con

la vara de su boca y con el aliento de sus labios dará muerte al impío.... Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito, el becerro y el león y la oveja andarán juntos y un niño pequeñito será su pastor."

Jamás, en toda la literatura mesiánica, se escribieron líneas más bellas, se pintó en un idilio universal más delicadamente concebido la ley de amor, única esperanza de los obscuros tiempos en que el Profeta hablaba, única de todos los tiempos. Ahí el hombre de Dios por quien se anuncian los misterios futuros, es a un tiempo poeta de gran vuelo lírico que logra expresar lo que parecía casi inexpresable para el lenguaje humano, en términos de belleza tal que sus palabras son inmortales, no sólo por su sentido y su confirmación en la historia con el nacimiento de Cristo y la obra de la Redención, sino además por su inmarcesible perfección artística.

Toda la historia de aquellos tiempos de Israel está en las profecías de Isaías. En su "duro anuncio" contra Babilonia, su "carga" como traducían los primeros traductores al español con una expresión fuerte y gráfica, profetiza la ruina de ese imperio magnífico: "He aquí que vendrá el día del Señor y lleno de indignación y de ira y de furor para poner la tierra en soledad y borrar de ella a los pecadores. Porque las más res-

plandecientes estrellas del cielo no despedirán la luz acostumbrada, se obscurecerá el sol al nacer y la luna no alumbrará.... Y aquella Babilonia gloriosa entre los demás reinos, soberbia de los caldeos, será, como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor. Nunca jamás será habitada ni reedificada por los siglos de los siglos; ni aun el árabe plantará allí su tienda, ni harán en ella majada los pastores, sino que se guarecerán allí las fieras y sus casas estarán llenas de dragones y habitarán en ellas las avestruces y los monstruos peludos. Y entre las ruinas de sus palacios resonarán los ecos de los buhos y se oirán como cantos de sirenas en los lugares que fueron consagrados al deleite."

Ocupado entonces el trono de Judá por un joven de 28 años, Ezequías, inteligente, culto y abierto a las ideas que el gran profeta predicaba, pudo Isaías obtener frutos considerables de su obra. La caída de Samaria, anunciada por los Profetas, servía a los de Judá como advertencia. Los castigos de Dios se realizaban. Alguien ha comparado a Ezequías con Constantino por las reformas que bajo la inspiración del Profeta logró realizar para volver a su pueblo a la espiritualidad y dar nueva contextura moral a la nación corrompida. La misma casta sacerdotal, que los profetas habían fustigado por su rutina y su falta de espíritu, reaccionó. Un soplo divino co-

menzó a entrar en el alma popular y "el pueblo que andaba en tinieblas, profetiza consoladoramente Isaías, vió una gran luz, amaneció para los que andaban en la sombría región de la muerte." Es el Mesías que vendrá, el ungido del Señor y purificará la tierra, no ya solo la de Israel, sino toda la que habita la especie humana.

Todas las ideas fundamentales de la religión están en sus profecías. La unidad y la eternidad de un Dios Creador del Universo; la existencia de un Dios personal; la resurrección de la carne; el castigo eterno de los malos, la venida de Jesús que echa sobre sus hombros la carga de las culpas de los humanos y se sacrifica para redimirlos, la fundación de la Iglesia. El capítulo LIV de las profecías es asombroso a este respecto y en él brillan, como luces lejanas para mantener a los peregrinos en la penosa jornada, las más dulces promesas. La Iglesia será fecunda, se multiplicarán sus hijos, se extenderán por todas las naciones. "Pobrecilla, le dice el Señor por boca del Profeta, combatida tanto tiempo por la tempestad, privada de todo consuelo; mira, yo mismo colocaré en orden las piedras y te edificaré sobre zafiros, y haré de jaspes tus baluartes y de piedras preciosas todos tus recintos." Y luego el anuncio de los que vendrán de lejos, forasteros extraños a la Iglesia, para unirse con ella.

Bastarían los fragmentos que hemos citado para convencernos de que Isaías como escritor se distingue por la incomparable grandeza de las concepciones y de la forma que emplea para expresarlas. Sus imágenes tomadas de la vida ordinaria, de los objetos humildes a veces, de animales y de cuanto vemos a nuestro alrededor, cobran un vigor y majestad extraordinarios. Pinta cuadros de amplitud gigantesca en rasgos breves y nerviosos, sin la prolijidad a veces fastidiosa de otros grandes escritores hebreos, sin las repeticiones rítmicas de los Salmos.

Los antiguos griegos creyeron siempre ver en el poeta el instrumento de un Dios que poseía al bardo y le inspiraba con su soplo la magnificencia de sus creaciones. Pero jamás poeta alguno tiene, aun para el criterio puramente humano, una fuerza de inspiración comparable con la de Isaías y nunca el lector, aunque no sea creyente, queda como ante sus profecías sobrecogido por un misterio que lo lleva fuera de la esfera de nuestros sentidos.

Pero es sobre todo cuando anuncia al Mesías cuando Isaías parece elevarse sobre sí mismo, desbordar su propio genio humano y subir como arrebatado por aquellos serafines de sus visiones hasta alturas que la mente humana jamás ha alcanzado. Alguien lo llama el Profeta evangélico y en verdad que ningún otro lo supera en la fuer-

za, la precisión, la belleza y ternura, la amorosa ensoñación con que presenta al pueblo la inmensa esperanza de la Redención.

Pero en Isaías todas las notas alcanzan su acento más alto. Su ironía es a veces finísima. Oigase cómo se burla de los ídolos que el contagio de los pueblos vecinos había introducido en Israel:

"El herrero trabaja el ídolo con la lima; en la fragua y a golpes de martillo le forja, labrándole a fuerza de brazos; y sentirá a veces el hambre y desfallecerá y a pesar de su cansancio no irá a beber agua."

"El escultor extiende la regla, forma el ídolo con el cepillo, y le ajusta a la escuadra, le da su contorno con el compás y saca la imagen de un hombre, asemejándose a un hombre bien parecido, que habita en una casa."

"Cortó cedros, trajo el roble y la encina criada entre los demás árboles del bosque; plantó un pino que mediante la lluvia se hizo grande. Y se sirve de estos árboles para el hogar; toma parte de ellos y se calienta y con su fuego cuece el pan; pero de lo restante fabrica un dios y le adora; hace una estatua y se postra delante de ella. Una parte del árbol quema en la lumbre y con otra cuece la carne para comer y compone el asado; se sacia, se calienta y dice: Bueno, me he calentado, he hecho un buen fuego. Más del resto for-

ma para sí un dios y se postra delante de él y le adora y le suplica, diciendo: "Sálvame, tú eres mi Dios." Una parte de ese tronco es ya ceniza y un corazón necio adora la estatua y no se desengaña a sí mismo diciendo: Quizá la obra de mis manos es una falsedad."

Esta lucha contra la idolatría debía ser constante en los Profetas. Su esfuerzo es enérgico para defender a Israel, isla espiritualista y monoteísta entre tantos pueblos cuyas religiones eran formas materialistas bastantes groseras. Defendiendo la espiritualidad, defienden el principio de la unidad nacional bajo el gobierno personal de Jehovah, y conservan la fuerza de la nación que, inspirada como pueblo elegido que ha hecho alianza con su Dios, ha logrado convertirse de pequeñísima aglomeración de tribus en un reino poderoso.

Ni es menos fuerte y elegante a la vez el gran Profeta Isaías cuando censura las costumbres y quiere purificar la religión que la rutina va convirtiendo en fórmulas vacías de sentido. Dios le habla y le manda hacer oir su voz como una trompeta y declara a su pueblo las maldades que lo alejan de su Señor. "Como gentes que hubiesen vivido justamente, dice Isaías, y que no hubiesen abandonado la ley de su Dios, piden razón de los juicios o decretos de la justicia divina y quieren acercarse a Dios." "¿Cómo es que he-

mos ayunado, dicen, y tú no nos has hecho caso; hemos humillado nuestras almas y te haces el desentendido?" Es, responde Dios, porque en el mismo día de vuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja y apremiáis a todos vuestros deudores; es porque ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñadas a otro sin piedad. El ayuno que yo aprecio, ¿consiste acaso en que un hombre mortifique por un día su alma o en que traiga su cabeza inclinada de modo que forme casi un círculo o se tienda sobre el cilicio y la ceniza? ¿Acaso el ayuno que yo estimo no es más bien el que tú deshagas los injustos contratos, que canceles las opresoras obligaciones usurarias, que dejes en libertad a los que han quebrado y suspendas todo gravamen? ¿que partas tu pan con el hambriento y que a los pobres y a los que no tienen hogar los acojas en tu casa y vistas al que veas desnudo?....Cuando abrieres tus entrañas para el hambriento y consolares el alma angustiada, nacerá para tí la luz en las tinieblas y tus tinieblas se convertirán en claridad de mediodía. Y el Señor te dará perpetuo reposo y llenará tu alma de resplandores y reforzará tus huesos y serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas jamás faltarán."

Es tarea difícil sintetizar el genio de Isaías, pero se puede resumir el carácter de sus composiciones. Predomina en ellas la elevación, sus con-

ceptos son siempre majestuosos y dispone para presentarlos de una riqueza de imágenes no igualada tal vez por poeta alguno de los tiempos antiguos o modernos. Estas imágenes, en vez de obscurecer la idea como suele ocurrir en la recargada fantasía oriental, son siempre exactas, precisas, netas, de una propiedad asombrosa y están empleadas con elegancia y dignidad incomparables. Isaías ha sabido adaptar su lenguaje a cada ocasión y ha hablado para el pueblo humilde como para los Reyes, a los sacerdotes o a los guerreros, siempre en forma apropiada y que debía llegar sin obstáculos hasta el fondo de las inteligencias cultas o incultas y apoderarse de los corazones por su elocuencia. El estilo, según los investigadores que han leído el original hebreo, es rápido, enérgico y lleno de vida, y al mismo tiempo púdico y dignísimo, a diferencia de la rudeza a veces grosera de otros grandes escritores hebreos. Isaías domina su lengua en absoluto y es a este respecto un clásico purísimo, casi un creador de la lengua. Ya hemos dicho que ningún profeta llegó a tanta altura en el pensamiento, y se puede añadir con un comentador inglés que ningún autor de cualquiera época supo vestir los conceptos más hondos o los más sencillos en ropaje más bello.

Un hombre que conoció mejor que nadie la historia del pueblo de Israel y bebió en las aguas

puras de sus libros santos, y como los judíos de otros tiempos no quiso creer en Jesucristo, ha sentido en su inteligencia clarísima y en su alma de artista el anuncio de los tiempos cristianos que contienen las profecías de Isaías. Ernesto Renan ha escrito del gran profeta estas palabras que parecen arrancadas al fondo de un alma rebelde y triste en su rebeldía, palabras que llevan el sello del estilo bíblico: "Isaías, cuya alma luminosa parece impregnada, seiscientos años antes, de todos los rocíos y todos los perfumes del porvenir."

La tradición judaica, aceptada y comentada por San Agustín, San Gerónimo y algunos Padres de la Iglesia es que Isaías murió mártir de su ministerio. Reinaba Manassés, hombre cruel, libertino y apartado de la verdadera religión. Isaías le reprochó sus delitos y lo llamó a penitencia y puso delante de sus ojos el cuadro de la miseria a que condenaba a su pueblo. El Rey irritado lo hizo prender. Era ya entonces Isaías un anciano de cerca de cien años o acaso más. Fué condenado a morir y su cuerpo fué aserrado con una de las sierras que se usan para cortar madera, suplicio lento, feroz y que corona con el martirio, en medio de padecimientos horribles, una de las vidas más nobles y puras que han cruzado esta tierra.

Los tiempos corren, miles de años se suceden en el turbión de la existencia humana, y el Dios anunciado por Isaías está con nosotros, Dios

que, como él decía, juzgará a cada uno según sus obras, a los débiles en justicia y misericordia, y decidirá siempre con equidad en favor de los humildes. Y ahora, como entonces, la humanidad espera un tiempo en que la oveja habite con el lobo, y el león y el cordero puedan pacer juntos, un tiempo en que el pecado no exista, y nadie haga el mal en la montaña de Sion extendida por todas las naciones, y el conocimiento de Dios llene la tierra "como cubren las aguas el fondo del Océano", dice un escritor judío y comentador de Isaías.

JEREMIAS EL TRIBUNO

No es posible comprender a los Profetas de Israel si no se les coloca en el marco del momento histórico en que vivieron y en la condición política, social y moral en que su pueblo se hallaba cuando cada uno de ellos escuchó la orden de Jehovah: Vé y profetiza a mi pueblo.

Pudo el más grande de los profetas obtener fruto de su obra patriótica y de saneamiento espiritual de Israel. Reinaba Ezequías, el joven monarca piadoso y justo, cuya alma se abrió sin esfuerzo a la voz del formidable varón de Dios. Y ya hemos mencionado las reformas realizadas entonces para purificar la religión, moralizar a los sacerdotes, desterrar los falsos dioses importados de los países vecinos.

Acaso por esto no hay en Isaías tantos elementos de amenaza y terror como en otros de los Profetas. Bien claras son sus previsiones de los

males que caerán sobre Israel si no obedece el mandato de Jehovah. Pero Isaías, reformador de costumbres, renovador de la Alianza del Sinaí y anunciador claro y preciso del Redentor que nacería de una Virgen, tiene en su genio de poeta lírico esperanzas y promesas, no sólo truenos de ira divina, sino también rumor de brisa fresca que precede a un amanecer glorioso.

Pero Ezequías deja el trono a un niño de doce años, Manassés, y desde el primer momento, bajo la regencia establecida en su menor edad, comienza un regreso hacia el libertinaje y la disolución. Durante sesenta años, casi todo el siglo V antes de Jesucristo, la corrupción de las costumbres recobra su predominio, la religión se pervierte, vuelven a sus altares los dioses extranjeros. Los Profetas quedan como desacreditados y se diría que el pueblo se ha fatigado de estos hombres que fulminan a los ricos, que llaman a los sacerdotes a la espiritualidad, que aconsejan socorrer a los pobres, ser justos y penitentes. Israel no quiere ya oir hablar de las miserias humanas porque está entregado a los placeres. Toda la gran doctrina política y social de Isaías cae en el olvido.

El Libro de los Reyes ha dejado una descripción severa y penetrante de esa época del reinado de Manassés, y con la franqueza ruda de los libros santos hebreos, cuenta lo que fueron los

55 años del reinado de aquel Rey. "Manassés hizo el mal en la presencia del Señor, dice ese Libro, venerando los ídolos de las naciones que el Señor exterminó en presencia de los hijos de Israel." Jehovah había dado a su pueblo la victoria, había aniquilado a sus enemigos, y el pueblo escogido se había contaminado con los vicios de los vencidos y adoptado sus ídolos.

"Y volvió a reedificar los lugares excelsos, continúa el narrador, derribados por su padre Ezequías, y erigió altares a Baal y plantó bosques en honor suyo y adoró todos los astros del cielo y les rindió culto."

Pero aun hubo más: Manassés llevó al templo mismo de Jehovah los ídolos, a ese templo en que Dios había prometido que "establecería su nombre para siempre." "Y derramó arroyos de sangre inocente hasta inundar Jerusalem, sin contar los otros pecados en que indujo a Judá para que hiciera lo malo delante del Señor."

Y tras de Manassés vino su hijo Amón al cual el mismo Libro de los Reyes denuncia implacable porque "siguió en todo y por todo el proceder de su padre y sirvió a los ídolos inmundos y los adoró y abandonó al Señor Dios de sus padres."

Amón muere asesinado por sus servidores y le sucede su hijo Josías que tenía entonces ocho años. La regencia que precedió a Manassés había dado muerte al profetismo y arrojado al pueblo

en la corrupción. La nueva regencia de la menor edad de Josías, iba a provocar una reacción saludable, acaso más intensa que la de los tiempos de Isaías.

Entonces aparece, como en todas las peores épocas de desfallecimiento de la nacionalidad, un gran Profeta, un sacerdote de la tribu de Benjamín, llamado Jeremías, asombrosa figura de la historia religiosa y política de su pueblo y uno de los más grandes poetas de todos los tiempos.

Aun cuando el vuelo lírico de Isaías no ha sido igualado por profeta alguno y acaso por ningún poeta de cuantos ha tenido la humanidad, parece probable que Jeremías haya tenido una influencia más honda en el pueblo. Los comentadores judíos creen que han existido algunas obras hoy perdidas, pero de las cuales hay rastros en la tradición, escritas poco después de la muerte de Jeremías con datos biográficos de este hombre inspirado, y cuyo objeto era perpetuar su memoria y conservar su doctrina, al mismo tiempo que mantener el recuerdo de los hechos históricos en que el gran profeta estuvo mezclado. Por estas tradiciones y por lo que él mismo nos dice en sus profecías sabemos que era de familia sacerdotal y de la tribu de Benjamín, y había nacido en la ciudad de Anatoth.

En el año décimo tercio del reinado de Josías, el sacerdote de Anatoth oye el llamamiento

de Jehovah. "Antes que yo te formara en el seno materno te conocí y antes que tú nacieras te santifiqué y te destiné para Profeta entre las naciones." Y el Profeta que tenía entonces de 15 a 20 años, responde: "Ah, Señor Dios, bien sabéis que yo no sé hablar y soy un muchacho." Pero el llamado del Eterno es terrible, nadie puede resistirlo. Jehovah manda de nuevo: "No digas soy un muchacho, porque con mi auxilio ejecutarás todas las cosas que yo te mande, y todo cuanto yo te ordene que digas lo dirás. No temas la presencia de aquellos a quienes te enviaré porque contigo estoy yo. Después alargó el Señor su mano y tocó mis labios."

Isaías se había ofrecido al Altísimo con humildad y sacrificando su vida de antemano para servirlo. Jeremías oye la orden severa de servir. Y uno y otro, antes de emprender la misión, reciben la purificación de sus labios por los cuales hablará en adelante Jehovah.

Hay en seguida en este primer capítulo de la obra de Jeremías un misterio. El Eterno le pregunta "¿Qué ves en Jeremías?" y él responde que ve un inminente castigo, "la vara de uno que está vigilante", vara de almendro sin hojas ni flores pronta a caer para castigar. Y Dios confirma la visión: "Así es, como tú has visto, pues yo seré vigilante en cumplir mi palabra. Y hablóme de nuevo el Señor y dijo: "¿Qué es lo que tú ves?"

Veo, respondí, una olla hirviendo y viene de la parte del Norte. Y el Señor responde: Del Norte se difundirán los males sobre todos los habitantes de esta tierra."

Este diálogo solemne y misterioso tiene toda la esencia de la vocación del Profeta. El hombre elegido para la misión sublime y dolorosa, colocado desde ese momento fuera de su especie, por decirlo así, solitario en su ministerio, empujado como por un viento furioso por la voluntad de Jehovah, siente ya invadida su alma por la inmensa melancolía del que recibió el triste privilegio de ver el porvenir y de señalar a los hombres sus deberes y de combatir el mal, la injusticia, la sensualidad y la hipocresía.

¿Qué es ese peligro que viene del Norte? ¿Son los escitas que caerán sobre la tierra de Israel? ¿Son otros pueblos de los que en aquel tiempo se mueven ya en contínuas invasiones, en campañas de pillaje y bárbaras crueldades? ¿O es acaso el presentimiento moral inspirado por Dios de que el mal avanza, la ruina se acerca y viene caminando como nube siniestra desde ese Norte, nebulosa región de misterio? Lo único cierto para nosotros a través de la obra maravillosa de Jeremías es que el Profeta vió con ojos abiertos por Dios la tempestad que se aproximaba, la denunció con sus labios purificados, y los

estadistas de aquel desgraciado país siguieron envueltos en su falsa confianza y seguridad.

De ordinario se cree que Jeremías es un Profeta esencialmente lacrimoso y a todas las lenguas ha pasado la palabra "jeremías" para expresar lamentación o exagerada manifestación de dolor. Pero la verdad es que las profecías de carácter elegíaco son una pequeña parte de su obra. Jeremías ejerció su misión durante cuarenta años y en ese largo período predicó la religión, se mostró hombre de acción, maldijo a los malvados con implacable energía, y si lloró la muerte del buen rey Josías y la ruina de Jerusalem, no se puede decir que fueran lamentarse y llorar la esencia de su genio.

No es propiamente una lamentación contínua lo que Jeremías hace oir a su pueblo. Pero es cierto que sus profecías son de ordinario terribles, anuncian ruina, poco se detienen a abrir los corazones a la esperanza. La maldad ha cundido de tal modo, la corrupción ha llegado tan a fondo en el corazón del pueblo, Israel está tan enfermo hasta en sus huesos, y por sus venas solo circula sangre envenenada, que el Profeta parece ya sentir la imposibilidad de salvar a la nación. Jehovah, su amo y Señor, está cansado de esperar que su pueblo vuelva a las vías tradicionales. La nación actual no tiene remedio y el varón de Dios piensa más bien en preparar la nue-

va Sion que resurgirá un día de entre los escombros de ésta que Dios abandona a su mísera suerte.

Es la hora histórica del pueblo de Israel, la hora que tantos otros pueblos han vivido, la de las faltas irreparables, la de las catástrofes finales. Se acerca el fin de Jerusalem.

Es tan pavoroso el cuadro ante los ojos iluminados de Jeremías que, cuando desterrado de su pueblo Anatoth se dirige a Jerusalem, tiene uno de esos desfallecimientos que en los tiempos cristianos habrían de ser también agonía cruel del alma de muchos justos. Ya Isaías sufrió una de esas angustias espirituales que expresó con tanta belleza: "Embota el corazón de ese pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos; no sea que quizás con sus ojos vea y con sus orejas oiga y comprenda con su mente y se convierta, y luego tenga yo que curarle, dijo Jehovah; y dije yo, continúa Isaías, ¿hasta cuándo, Señor? y respondió: "Hasta que desoladas las ciudades queden sin habitantes y las casas sin gentes y la tierra desierta." Así también Jeremías desfallece en su soledad magnífica, y de su boca sale la pregunta dolorida de Job: "Verdaderamente, Señor, tú eres justo, aunque yo ose pedirte razón de algunas cosas. ¿Por qué a los impíos todo les sale con prosperidad, y lo pasan bien los que prevarican y obran mal? Tú los plantaste en el mundo y ellos

echaron hondas raíces; van medrando y fructifican. Te tienen mucho en sus labios, pero muy lejos de su corazón."

El eterno no contesta la pregunta en que el Profeta busca la explicación de la existencia del mal, sino que lo censura porque ha desmayado ante la persecución de sus compatriotas de Anatoth y le hace ver que en Jerusalem hallará aun mayores contradicciones. Es la vocación implacable, el llamado que no admite cobardías ni tristezas.

Jeremías parte a Jerusalem y allí encuentra desde la primera hora por lo menos un espíritu conquistado de antemano al profetismo, un justo, que ha escapado a la corrupción de los tiempos de Manassés, el sacerdote Hilquia, o Helcías, como aparece en la versión española. En torno de este sacerdote guardador de la espiritualidad pura en medio del desorden general de las almas, había un núcleo de hombres y mujeres que seguían la verdadera religión de Jehovah. Acogieron a Jeremías como un enviado de lo alto y los comentadores creen que el Profeta ejerció desde el primer momento alguna influencia en la formación del joven rey Josías que tenía entonces veintidós años.

Un hecho maravilloso vino a reforzar la obra del profeta. Un día que el rey había enviado a su secretario Saphan para recoger los dineros del

templo y pagar a los obreros que allí trabajaban, el Sumo Sacerdote Helcías o Hilquia le entregó un libro que había hallado en el Templo y le pidió que lo pusiera en manos del Rey. El Libro de los Reyes narra menudamente el episodio del cual había de arrancar uno de los más vigorosos movimientos de restauración espiritualista en Israel.

El libro encontrado era el que hoy llamamos Deuteronomio, o sea un prolijo resumen de los preceptos de Moisés, de la religión revelada, leyes morales, de organización social y de conducta individual, entre las cuales figuraban todas las que deben regir las relaciones del pueblo escogido con Dios, su soberano.

Josías, espíritu recto y cuya tendencia natural lo llevaba hacia un vivo interés por las cosas del espíritu, tuvo una profunda emoción al oir leer el libro milagrosamente encontrado y cuya autenticidad era entonces evidente, como lo es ahora. El Deuteronomio, dice un escritor judío, "era el libro de la ley de Jehovah tal como flotaba sobre Judá desde los primeros profetas." Cuando los profetas hablaban de esta ley, el pueblo preguntaba: ¿Dónde está? mostrádnosla. Querían un Código escrito, algo que leer y tocar. He aquí que la ley aparecía ahora en un cuerpo sistematizado y coherente. Ya no quedaría sólo el eco de la palabra inspirada de los Profetas que se perdía en el viento y se dispersaba en el ambiente de luju-

ria y de injusticia en que iba naufragando la espiritualidad israelita. La ley estaría en un libro que era, dice Renan, "uno de los ensayos más atrevidos que se hayan hecho jamás para proteger al débil."

Arrebatado de entusiasmo el Rey Josías, ordenó que se leyera públicamente el libro encontrado en el Templo para que todo el pueblo lo conociera; y lo promulgó como ley de la nación.

Sabemos por el Libro de los Reyes, obra de los sacerdotes, que la reacción fué efectiva en cuanto al culto. Sus autores no refieren si a esto correspondió una renovación espiritual profunda, aunque las obras de Jeremías y sus ininterrumpidos improperios contra los vicios generales y aun contra los mismos sacerdotes y los falsos profetas, autorizan para creer que el fondo del alma popular no fué tocado por la restauración de la ley antigua. La letra mereció respeto, pero el espíritu fué acogido en pocos corazones. En todo caso, los cultos extranjeros e idolátricos fueron desterrados, perecieron los que habían sacrificado a esos dioses, y el valle de Gehenna, donde se habían presentado ofrendas al terrible dios Moloch en forma de sacrificios humanos, donde los fanáticos de esta monstruosa divinidad llevaban a la hoguera a sus propios hijos, fué execrado con ceremonias solemnes.

Es posible, como observa un escritor hebreo, que si Josías hubiera reinado más largo tiempo, esta renovación religiosa y política, sócial y moral (no se olvide que en Israel y Judá todos estos elementos están siempre unidos y forman uno solo) hubiera penetrado en el corazón del pueblo y regenerado a todas sus clases sociales. Por desgracia, la política exterior arrastró al Rey a la guerra y en ella pereció.

No se engañaba Jeremías con las manifestaciones depuradoras del culto. En más de un pasaje de sus profecías se encara con los ministros de la ley, con los que pensaban que los actos externos eran suficientes, y les dice, como en el capítulo VIII: "¿Cómo decís: Nosotros somos sabios y somos los depositarios de la Ley de Jehovah? La pluma de los doctores de la Ley verdaderamente es pluma de error y no ha escrito sino mentiras. Confundidos están vuestros sabios, aterrados y presos porque desecharon la palabra del Señor y ni rastro hay en ellos de sabiduría..... Porque desde el más pequeño hasta el más grande todos se dejan llevar de la avaricia, desde el cantor del templo hasta el sacerdote, todos se ocupan de mentira. Y curan las llagas de la hija de mi pueblo diciendo: Paz, paz; siendo así que no hay tal paz."

El profeta marca con la energía usual de sus nobles estrofas la frontera entre la religión del es-

píritu y la religión libresca mecánicamente adherida a la palabra escrita.

En ninguna historia se advierte mejor que en la del pueblo de Israel la correlación estrecha entre estos elementos: si la religión decae, la sociedad se disgrega, la moral se pervierte y la condición política de la nación camina hacia el desastre, la anarquía, la ruina. Fuera de que así como el exceso de riqueza y sus triunfos efímeros sobre otros pueblos habían corrompido a los hebreos, así el abandonarse a los placeres materiales, el hundirse en la sensualidad, el negar a los pobres la justicia y someterlos a esclavitud, fué causa de su desastre económico y empobrecimiento. Y en parte alguna de la Biblia aparece esto más claramente que en los Profetas, a un tiempo ministros de Dios, sagaces políticos, patriotas ardientes y atrevidos y libres en la expresión de los mandatos de Jehovah como jamás lo fueron otros tribunos de pueblo alguno.

El imperio asirio había caído bajo los golpes de babilonios y caldeos. Al ruido de su caída se enderezaron otras naciones que habían sufrido su yugo o su amenaza. "Está arruinada Nínive, había dicho el profeta Nahum. ¿Quién la llorará? Los que lo oigan batirán sus manos, porque, ¿sobre quién no cayó su eterna ferocidad?" El Egipto pasa por un período de transitoria prosperidad bajo la dinastía de Samnético y trata de apoderar-

se del imperio que Nínive había perdido antes de que la Caldea se adueñara de él. El Faraón Nechao marcha sobre Jerusalem. Josías ha hecho alianza con Babilonia siguiendo la política aconsejada por Jeremías que ve con claridad maravillosa la conveniencia de equilibrar la insaciable ansia de conquista del imperio asirio, y sigue en esto la tradición israelita. Josías quiere cerrar el paso al enemigo de su aliado y en la batalla de Meggido cae mortalmente herido. Le llevan a Jerusalem y allí muere entre la desolación del pueblo que lo amaba y tenía como la intuición de que con él moría el último de los grandes Reyes.

Se ha perdido la elegía que, según la tradición, escribió Jeremías a la muerte de Josías. En diversos capítulos de su obra alude al prudente y generoso monarca, restaurador de la ley de Dios. El Faraón vencedor corona rey al hijo de Josías, Joachaz, pero tres meses después lo destrona y lo lleva prisionero a Egipto. Al verlo partir, Jeremías dice al pueblo: "No lloréis al que murió ni hagáis duelo por él; llorad, llorad sobre el que se va, porque no volverá ya del cautiverio ni verá más la tierra donde nació."

El soberano egipcio había puesto sobre el trono a otro hijo de Josías, llamado Joaquín. Era el fin de Judá que se aproximaba. La pequeña nación judía, un tiempo tan grande, se convertía en una carta del naipe que el Egipto tenía en sus ma-

nos para jugar contra Babilonia. Estrechada entre dos poderosos adversarios, la nación elegida de Dios habría necesitado un gobernante de gran habilidad diplomática y una lealtad completa con su Dios y con los hombres que le habían sido enviados. No tuvo ni la sabiduría humana ni la ciencia divina. Se desvió de su política tradicional apoyada en Babilonia desde los tiempos del santo Rey Ezequías, cuya alianza con este último imperio había permitido la ruina de Nínive. Josías siguió esa política aconsejada por Jeremías en acentos vibrantes de patriotismo y de una previsión asombrosa con genio de estadista. Y sobre todo, perdió Israel la espiritualidad que Josías había logrado renovar bajo las enseñanzas del gran Profeta predicador de la pureza de costumbres, la piedad religiosa, la entrega de los corazones a Dios, como único camino para salvar al pueblo de Israel de los peligros que le amenazaban.

Nechao, faraón de Egipto, al instalar en el trono a Joaquín, le impuso tributos enormes. El pueblo israelita trabajaba solo para pagar el oro que exigía el egipcio. Se hubiera necesitado gran sobriedad administrativa, economía rigurosa en los gastos públicos, sencillez de costumbres. Pero, en cambio, el Rey y los particulares solo pensaban en hacerse edificar grandes palacios por medio de la compulsión de los trabajadores a quienes se colocó en la condición de esclavos. Jeho-

vah había maldecido por medio de sus profetas a los que retenían o disminuían el justo salario del obrero. Jeremías había ido a las puertas de los palacios de los ricos y les había dicho estas palabras que eternamente debieran resonar en los oídos de los que tienen fortuna y olvidan la ley de justicia y de amor:

"¡Ay de aquel que fabrica su casa sobre la injusticia y sus salones sobre la iniquidad forzando a su prójimo a que trabaje de balde y no le paga su jornal! ¡Aquel que va diciendo: yo me edificaré un suntuoso palacio y espaciosos salones; que ensanche sus ventanas y hace artesonados de cedro, pintándolos de bermellón! ¿Piensas tú, oh Rey Joaquín, que reinarás mucho tiempo pues que te comparas con el cedro? ¿Por ventura tu padre el virtuoso Josías no comió y bebió y fué feliz gobernando con rectitud y justicia? Defendía la causa del pobre y del desvalido y así trabajaba para su propio bien; y ¿la razón de todo esto no fué que siempre me reconoció a mí, dice el Señor? Pero tus ojos y tu corazón no buscan sino la avaricia y el derramar sangre inocente y el calumniar y correr tras la maldad. Por tanto, esto dice el Señor de Joaquín, hijo de Josías y Rey de Judá: No lo llorarán los de su casa con aquellos lamentos: ¡Ay hermano mío, ay hermana mía!; ni los extraños gritarán ¡Ah, Señor, ah ínclito Rey! Sepultado será como lo es el asno, será arro-

jado fuera de las puertas de Jerusalem para que allí se pudra."

¡Qué espectáculo de estos profetas que, sin miedo a los poderosos, hablan delante de sus palacios la verdad, defienden a los humildes, claman por el regreso a la fe, a la virtud, y condenan la sensualidad, el lujo, la vanidad!

El ultimatum de Jehovah sale de labios de Jeremías y delante del palacio en que trabajan los tribunales de justicia, el Profeta exclama con furibunda voz como en un postrer llamamiento: "Rey de Judá, que te sientas sobre el trono de David, y todos vosotros sus servidores y su pueblo que venís a estas puertas. Así dice Jehovah: Haced justicia y caridad; salvad al despojado de la mano del opresor; no maltratéis ni oprimáis al extranjero, al huérfano y a la viuda; no derraméis en este lugar sangre inocente. Si obráis en conformidad a esta palabra de Dios seguirán ocupando el solio de David los reyes sus descendientes y montados en carrozas y caballos entrarán por las puertas de esta casa con sus servidores y su pueblo. Pero si desobedecéis, juro por mí mismo, dice el Señor, que esta casa quedará reducida a la soledad. ¡Oh, casa de Judá!, tú que eras para mí como la cumbre del Libano, júrote que te reduciré a la soledad como las ciudades inhabitables y malditas. Y destinaré contra tí al matador de hombres y a sus armas y cortarán tus cedros es-

cogidos y los arrojarán al fuego. Y atravesará mucha gente por esta ciudad y dirá cada uno a su compañero: "¿Por qué motivo trató así el Señor a esta gran ciudad?" Y se les responderá: "Porque abandonaron la alianza del Señor Dios suyo y sirvieron a los dioses ajenos."

Cuando una nación está rodando en la decadencia moral que da origen a la mala política, que produce la descomposición social y causa la miseria del pueblo, no se quiere oír voces como ésta del Profeta. Enseñar la verdad en tales horas es exponerse a ser maltratado. Siempre habrá en el mundo, hoy como en tiempos de Jeremías quién quiera cerrar la boca del que habla la verdad y reacciona contra los vicios. El prefecto del templo, llamado Phassur, hijo de un sacerdote, se irritó al oir las valerosas y terribles imprecaciones de Jeremías y lo puso en el cepo.

Ya hemos dicho que todo autoriza para afirmar que, en medio de la degeneración, el pueblo sentía en el Profeta el enviado de Jehovah y tenía profundo respeto por él. Jeremías en esas horas turbias era la encarnación de la ley moral, de la tradición nacional, del patriotismo y de la esperanza de salvación. Solo un día permaneció Jeremías en la prisión. Puesto en libertad por el mismo Phassur, prorrumpió en acusaciones aun más violentas y terribles y profetizó a Phassur y a todos los moradores del templo que irían cautivos

a Babilonia y allí morirían y allí serían enterrados por haber profetizado mentiras.

No olvidemos las palabras con que desde el comienzo de su ministerio sublime ha condenado Jeremías el estado de la Religión. "Corred por las calles de Jerusalem, buscad en las plazas públicas, y si halláis un hombre que haga el bien y busca la rectitud, perdonaré, dice el Señor. Pero junto con decir ¡Vive Jehovah! juran mentira." Y comprendiendo que los pequeños y humildes, sin cultura ni educación moral pecan por ignorancia, Jeremías se dirige a los grandes, a los ricos, a los que ejercen autoridad, a los que ocupan altos cargos o son respetados en la sociedad aristocrática, a éstos que son los peores por su brutalidad y su lujuria, les dice en el estilo férreo y candente que acostumbra, hablando siempre en nombre de Jehovah: "Yo los sacié de bienes y ellos se han entregado al adulterio y han desahogado su lujuria en la casa de la mujer prostituída. Han llegado a ser como potros desenfrenados y en calor, con tanto fuego persigue cada cual a la mujer de su prójimo." El cuadro rudamente pintado evoca, más que la idea de una nación que vivió hace miles de años, la de sociedades contemporáneas nuestras. De tal modo son eternos los acentos del Profeta.

Se revuelve con especial furor Jeremías contra los falsos profetas que parecen abundar en su

tiempo. A ellos los culpa de haber disgregado al pueblo y abandonado a los pobres: "Habitantes de Jerusalem, he aquí lo que os dice el Señor: No queríais escuchar las palabras de los profetas que os profetizan cosas lisonjeras y os embaucan; ellos os cuentan visiones de su corazón, no lo que ha dicho el Señor." Contra la predicación de Jeremías, dura, pero verdadera, terrible en sus amenazas, pero fundada en la inspiración divina, los sacerdotes y falsos profetas siguen prometiendo al pueblo que habrá paz, que nada malo le ocurrirá. Creen que con holocaustos y sacrificios y postrándose en el templo y repitiendo fórmulas habrán expiado sus culpas y limpiado su alma de la suciedad de sus vicios. "Cometen toda clase de delitos y luego van al templo y se prosternan y ofrecen sacrificios y dicen: Ya estamos salvos, aunque hayamos cometido abominaciones." Pero el Profeta les ha contestado: "¿Pues qué, este Templo en que se invoca mi nombre ha venido a ser para vosotros una casa de ladrones?" y anuncia que ese templo, como lo fué el viejo e ilustre santuario de Silos, será reducido a un montón de escombros. Todos caerán, reyes, sacerdotes, profetas, ricos y pobres, porque se han obstinado en su maldad. Jehovah dice por medio de Jeremías estas bellas palabras: "¿Por qué este pueblo de Jerusalem se ha rebelado con tan pertinaz obstinación?; han abrazado la mentira y no han que-

rido convertirse. Estuve atento y los escuché; nadie habla cosa buena; ninguno hay que haga penitencia. Todos han vuelto a tomar la carrera de sus vicios como caballo que a rienda suelta corre a la batalla. El milano conoce por la atmósfera su tiempo; la golondrina, la tórtola y la cigüeña saben discernir constantemente el tiempo de su transfiguración; pero mi pueblo no ha conocido la hora del juicio del Señor."

Y aquí conviene citar un canto de Jeremías cuyo valor poético es grande y cuya forma tiene todos los caracteres del genio poético del Profeta. El Señor le ordena que compre una faja de lino, se ciña con ella y no deje que toque el agua. Obedece el profeta, se la ciñe a la cintura y Jehovah le ordena que vaya hasta la orilla del río Eufrates y la esconda en el agujero de una peña. Al cabo de muchos días, el Señor le manda que vaya de nuevo a la margen del río y retire la faja que le mandó esconder. Estaba ya podrida y no era útil para uso alguno. "Entonces me habló el Señor diciendo: Así haré yo que se pudra la soberbia de Judá y el grande orgullo de Jerusalem. Esta pésima gente que no quiere oir mis palabras y prosigue con su depravado corazón y se ha ido en pos de los dioses extraños para servirlos y adorarlos, vendrá a ser como esa faja, que para nada es buena. Y eso que al modo que una faja se aprieta a la cintura del hombre, así había yo unido estre-

chamente conmigo a toda la casa de Israel y a toda la casa de Judá, para que fuesen el pueblo mío y para ser yo allí conocido y alabado y glorificado y ellos no quisieron escucharme.

Y luego la parábola se desenvuelve en anuncios de desastre, en amonestaciones al Rey y a la Reina, para terminar con palabras de fuego dirigidas a la Jerusalem prevaricadora, adúltera, concupiscente, idólatra. "En el campo y sobre las colinas ví yo tus abominaciones, desdichada Jerusalem. ¿Y aun no querrás purificarte siguiéndome a mí? ¿Hasta cuándo aguardas?"

El Profeta implora misericordia todavía para su pueblo. Presenta a Jehovah su propia queja dolorida. Lo persiguen, lo amenazan, lo maldicen porque habla la verdad y afronta la cólera de los poderosos y el pueblo que defiende desconoce su misión y cierra torpemente los oídos a su voz inspirada. "¡Ay madre mía, exclama el profeta en acentos parecidos a los de Job, cuán infeliz soy yo. ¿Por qué me diste a luz para ser un hombre de contradicción, un hombre de discordia en toda esta tierra? Yo no he dado dinero a interés ni nadie me lo ha dado a mí y todos me maldicen." Es uno de sus momentos de desmayo ante la magnitud de su misión. El terrible llamamiento de Jehovah, la orden imperiosa y superior a las fuerzas humanas, oprime el corazón de Jeremías. "Tú, Señor, sabes mi inocencia, acuérdate de mí, am-

párame, socórreme, defiéndeme de los que me persiguen. No difieras el socorrerme, bien sabes que por amor tuyo he sufrido mil oprobios. Yo me alimenté con tu divina palabra y en ella encontré el gozo mío y la alegría de mi corazón, porque llevo el nombre tuyo. ¡Oh, Señor, Dios de los Ejércitos." El sueño de una vida serena, apartada, consagrada a la contemplación y al estudio pasa por el alma atribulada del Profeta. "No me he sentado en los conciliábulos de los escarnecedores, no me engreí de lo que obró el poder de tu mano; solo estaba y retirado, pero tú me llenaste de vaticinios y palabras amenazadoras." Jehovah lo conforta, él que le ha dado el implacable mandato de hablar la verdad le promete asistirlo siempre: "Yo te mudaré, y estarás en mi presencia, y si sabes separar lo precioso de lo vil, serás como boca mía. Ellos se devolverán a tí y tú no te volverás a ellos. Yo haré que seas con respecto a este pueblo un muro de bronce inexpugnable, te combatirán y no podrán prevalecer contra tí, porque yo estoy contigo para salvarte y librarte."

El amor de Jehovah es celoso, excluye a todos los demás. El Elegido, el llamado, debe ser un solitario. Los afectos de este mundo, los vínculos de la carne, no pueden existir para él. Pasará por la tierra cumpliendo su misión, pero sus labios, que tocó la mano de Jehovah para purificarlos, no pueden posarse sobre otros labios, su mano no

debe estrechar la de otros seres de su especie, su cabeza no podrá descansar sobre un regazo amado en las horas de amargura. Su sostén, su consuelo, su única ayuda será Jehovah mismo. El Señor ordena a Jeremías que no tome mujer. No tendrá hijos ni hijas. La voz de Dios le revela la triste suerte que correrán en breve las madres y los hijos en medio de la catástrofe general. El Profeta se somete y confía en Dios.

Es una lucha interna semejante a la de los santos y místicos cristianos. La débil naturaleza humana se rinde al peso de la vocación enorme. Pero Dios la sostiene. Jehovah seduce y violenta al Profeta desfallecido y del amor de Jehovah saca nuevas fuerzas. '¡'Oh, Señor, tú me deslumbraste y yo quedé deslumbrado; tú fuiste más fuerte que yo y se hizo tu voluntad. Yo soy todo el día objeto de irrisión, todos hacen mofa de mí, porque ha ya tiempo que estoy clamando contra la iniquidad y anunciando a gritos la devastación y la palabra del Señor no me acarrea más que contínuos escarnios y oprobios. Y así me dije: "No hablaré más en nombre del Señor". Pero luego sentí en mi corazón como un fuego abrasador encerrado dentro de mis huesos y desfallecí sin fuerzas para soportarlo. Oí maldiciones de muchos y el terror se apoderó de mí por todos lados. ¡Perseguidle!, ¡persigámosle! decían todos aquellos que estaban antes en paz conmigo. Observemos

si comete alguna falta y en tal caso prevaleceremos contra él y tomaremos venganza. Pero el Señor, cual esforzado campeón, está conmigo, por eso caerán y quedarán sin fuerzas los que me persiguen." Y el canto, cuyo movimiento lírico llega a la altura de Isaías, termina con el acento de Job en sus horas negras: "¡Que no me hiciera morir Dios en el seno materno de modo que la madre mía fuera mi sepulcro! ¿Para qué salí del seno materno a padecer trabajos y a que se consumiesen mis días en afrenta?"

Entre tanto, Jerusalem cae por segunda vez en manos de sus enemigos. Las profecías se cumplen literalmente. Los habitantes principales son deportados a Babilonia y el pobre Rey Joaquín va al destierro a expiar la insensatez de su padre. Le sucede otro hijo de Josías, el joven Sedecías hombre débil y bien intencionado. Hay un rayo de esperanza. Sedecías quiere hacer cumplir la ley del Deuteronomio y exige que, como en ella está prescrito, se dé la libertad a todo esclavo hebreo que ha servido seis años. Convoca a los grandes propietarios de esclavos y hace proclamar la emancipación. Se ha oído el clamor de Jeremías en defensa de los oprimidos y en cumplimiento de la ley de Jehovah.

Por desgracia, la reacción dura muy poco. Surgen las protestas de los intereses económicos afectados; el acta de emancipación es derogada y

los esclavos vuelven a sus cadenas. Es la sociedad podrida sin remedio como la faja que Jehovah había dado al profeta; y Jeremías prorrumpe en este grito: "Habéis hecho volver a nuestros hermanos a la esclavitud; rehusáis proclamar su libertad; pues bien, yo, palabra de Jehovah, proclamo la libertad contra vosotros por la espada, por la peste, por el hambre."

Los capítulos de la obra de Jeremías se suceden terribles en sus anuncios de desastres. Un rayo de luz, una esperanza lejana, cruza este cielo tormentoso del alma del gran Profeta; es la visión del Mesías. "Mirad que viene el tiempo, dice el Señor, en que yo haré nacer de David un vástago, un justo el cual reinará como Rey y será sabio y gobernará la tierra con rectitud y justicia. En aquellos días suyos, Judá será salvo e Israel vivirá tranquilo y el nombre con que será llamado es de Justo, Señor, Dios nuestro."

El incapaz Sedecías cae en las redes que le tiende el Egipto y las tropas babilónicas están de nuevo acampadas ante Jerusalem. El Rey aterrado envía a un sacerdote que interrogue a Jeremías. Se acuerdan de él en las horas de peligro al sentirse abandonados por el Egipto y entregados al enemigo. El Rey quiere saber si Jehovah no obrará nuevamente un prodigio para salvar a su pueblo. Pero Jeremías contesta con una profecía fulminante de la ocupación y saqueo de Jeru-

salem por los ejércitos de Nabucodonosor, la muerte de miles de ciudadanos, el fin de los Reyes y los grandes de Judá, el cautiverio del pueblo abandonado por Dios al cual ofendió y olvidó a pesar de las advertencias de sus Profetas y de los mandatos de la ley. La invasión de los caldeos, la ruina de Jerusalem, todos los sucesos que habían de seguir en la trágica historia de Israel y Judá, pasan como visiones siniestras por las profecías.

Mientras el Profeta Jeremías habla así la verdad y previene al Rey, a los grandes y al pueblo que les aguarda el desastre, los falsos profetas, los que quieren agradar a la multitud, hablan de paz, de tranquilidad, procuran desvanecer la sensación de peligro nacional. Jeremías los desmiente con sobrehumana energía y llega hasta el punto de anunciarles con términos precisos y claros que Nabucodonosor invadirá la Judea, y hará cautivos a todos los pueblos que no se le quieran someter. Jeremías predica la sumisión a Nabucodonosor, desafía el furor popular, afronta la corriente de los sentimientos nacionales, se deja acusar de mal patriota, combate por la verdad. La iluminación del espíritu divino le ha mostrado los sucesos futuros y su incomparable genio político le muestra el único camino de salvación. Ve la impotencia del pequeño reino para defenderse, comprende que el sometimiento a Nabu-

codonosor puede todavía salvar la nacionalidad, se irrita por la arrogancia estúpida del Rey y de sus consejeros que asistidos por sacerdotes serviles halagan sus pasiones. Es fácil adquirir el título de patriota complaciendo a la multitud y a los poderosos; pero es terrible defender a la Patria contra la necedad de unos, la ceguera de otros, las pasiones de todos. El Profeta sólo anhela para su pueblo una cosa: que sostenga el estandarte de la ley eterna, que viva para eso. "Os he puesto como una luz en medio de las naciones", ha dicho Jehovah y su Profeta no quiere que esa luz se extinga en el furor de las guerras insensatas y de antemano perdidas.

Entre los charlatanes innumerables con los cuales combate Jeremías a riesgo de su libertad y de su vida, hay uno llamado Ananías. Este se acerca a Jeremías y en el templo profetiza que en dos años volverán los cautivos de Babilonia y será quebrantado el yugo del Rey enemigo. Arranca del cuello de Jeremías la cadena insignia de su dignidad. El Profeta contesta sereno y digno: "Así lo haga el Señor; pero recuerda que todos los falsos profetas que han anunciado paz y restauración de Judá, han sido desmentidos por los hechos" y predice al propio Ananías su próxima muerte "por haber hablado contra el Señor", y Ananías muere antes de que el año termine.

Para sostener el ánimo de los cautivos en Babilonia, Jeremías les escribe cartas que ellos leen ávidamente como único vínculo que les liga aun a la patria lejana. Les anuncia la libertad para dentro del plazo que ha fijado el Señor, y la cautividad y ruina de los que han quedado en la Judea, y nuevamente acusa y maldice a los falsos profetas vaticinadores de una felicidad fingida.

Es la hora más triste del gran profeta, la hora de su abandono absoluto, de la incomprensión de su pueblo, de la inmensa tristeza de ser considerado un mal patriota, cási un traidor a la Patria. Es la hora más grande de su ministerio.

Le manda el Señor que reuna en un libro sus obras. "Escribe en un libro todas las palabras que yo te he hablado."

El libro fué leído al pueblo por Baruch, escribiente del Profeta. El Señor se lo había dicho: "Algún día dirán, hemos oído voces de terror y espanto y no de paz."

Cunde, entre tanto, el pánico en Judea. Dice Jeremías con su lenguaje fuerte e irónico y terrible: "Preguntad y sabed si por ventura son los varones los que han de dar a luz. Porque ¿cómo es que estoy viendo a todos los varones en ansiedad y con las manos sobre sus lomos como la mujer que está de parto y cubiertos sus rostros de amarillez?" Y una y otra vez anuncia al Mesías, única esperanza de la reunión de Israel, de la sal-

vación del pueblo escogido. "Yo haré brotar de David un pimpollo de justicia, el cual gobernará con rectitud."

Cuando llevaron al Rey la noticia de que Baruch había leído al pueblo el libro de Jeremías, enfurecióse, rompió el libro que tenía su secretario y lo arrojó en el brasero. Mandó perseguir a Baruch y a Jeremías, pero estos recibieron aviso de los pocos que habían oído con temor y respeto la lectura de la palabra divina y lograron esconderse. Y Jeremías, pacientemente, volvió a dictar a Baruch su libro de proféticas advertencias quemado por el Rey.

La intriga es superior a todo. El Rey Sedecías manda un mensajero para pedir a Jeremías que ruegue por ellos al Señor. El Profeta contesta que el ejército de los egipcios en auxilio de Judá regresará a su tierra y volverán los caldeos y combatirán y pondrán cerco a la ciudad y la quemarán. Jerusalem caerá en poder de Nabucodonosor y Sedecías será llevado cautivo. Acusan al Profeta de querer pasarse a los caldeos, acusación que Jeremías refuta con paciencia, afirmando sus predicciones. Entonces el Rey irritado aunque todavía temeroso de herir a un varón de Dios, manda que lo lleven a la cárcel, pero que cuiden de él y lo alimenten. Aquel mismo año Jerusalem y el templo eran devorados por el incendio, el Rey Sedecías, al cual Nabucodonosor hizo arrancar

los ojos, salía en cautiverio y atravesaban los desiertos largas filas de nuevos deportados.

Nabucodonosor trató a Jeremías con respeto. Le dió a escoger entre dirigirse a Babilonia o quedarse en su patria. Eligió esto último y residió con Gedaliah o Godolías, gobernador de Mizpah. De allí fué llevado contra su voluntad a Egipto. Resueltamente se había opuesto el Profeta a que los judíos pasaran a Egipto, huyendo de los caldeos, y les había profetizado la triste suerte, la espada, el hambre y la peste, a los que desobedecieran a Jehovah y salieran de su tierra. Pero después del asesinato de Godolías y en medio de los disturbios intestinos que siguieron, huyeron a Egipto y obligaron al anciano profeta a seguirlos contra su deseo.

En el destierro, sus compatriotas se burlan de los consejos del Profeta y no quieren creerle cuando les anuncia que el Faraón será derrotado y Nabucodonosor invadirá y asolará el Egipto. Las profecías se suceden contra los pueblos vecinos. Tiro, Sidon, Gaza, Moab, la tierra de los amonitas, de los idumeòs, Damasco y Cedar, Azor y Elam serán castigados por su idolatría. Babilonia será destruída por los medos y persas y el pueblo de Israel obtendrá al fin su libertad, como el Señor lo ha anunciado por boca de su Profeta.

La obra profética de Jeremías termina con esa visión siniestra de lo que habría de ser esa

parte del Asia en breves años más. Es el hundimiento de una gran civilización. Los pueblos se destrozan bajo el impulso de soberanos ambiciosos y corrompidos. Y la única raza que pudo y debió salvarse, porque tenía una ley superior a todas las que hasta entonces poseía la humanidad, porque había recibido el soplo del Espíritu Divino, porque su constitución tradicional estaba fundada en la moral y la justicia, fué arrastrada en el torbellino, sorda a la voz de los Profetas y ciega como sus Reyes, sus sacerdotes y sus príncipes.

Treinta seis años había vivido Joaquín, rey de Judá, en el destierro. Un día Evilmerodach, Rey de Babilonia, nos cuenta Jeremías, "hizo levantar la cabeza de Joaquín y lo sacó de su encierro y le hizo quitar los vestidos que llevaba en la cárcel y lo sentó a su mesa y le señaló un tanto diario para su manutención por todos los días de su vida". A ese triste extremo habían llegado los poderosos soberanos del pueblo más orgulloso y más seguro de sí mismo.

Nos queda todavía referirnos a los Trenos o Lamentaciones de Jeremías, compilados como obra separada de las profecías y que todos conocemos por el uso admirable que de ellos hace la Iglesia Católica el día de Viernes Santo. Estas son nobilísimas elegías sobre la ruina de Jerusalem y la destrucción del Templo y de todo el país. Los

cuatro primeros capítulos están escritos en forma de versos acrósticos y a cada uno corresponde por su orden una letra del alfabeto hebreo.

El estilo de esas elegías es de una gran fuerza imaginativa, brillo extraordinario en las comparaciones, y de cada uno de sus versos se desprende una honda sensación de dolor, de angustia, de abandono sin consuelo. Algunas de sus expresiones han pasado al lenguaje universal y han sido infinitas veces imitadas por los poetas elegíacos de todos los tiempos. "¡Oh vosotros cuantos pasáis por este camino, decid si hay dolor como el dolor mío!.... Sion extiende sus manos pero no hay quién la consuele.... Sentados están en tierra y en profundo silencio los Ancianos de la hija de Sion; tienen cubiertas de ceniza sus cabezas y vistieron cilicios; abatida tienen sus cabezas las vírgenes de Jerusalem!.... Cegáronse mis ojos de tanto llorar; estremeciéronse mis entrañas, cayó en tierra mi corazón al ver el quebranto de la hija del pueblo mío cuando los pequeñuelos desfallecían de hambre en las plazas de la ciudad.... Ellos decían a sus madres: ¿dónde está el pan? y a manera de heridos iban muriendo por las calles o exhalaban su alma en el regazo materno...." Por fin, Jeremías llora sus propios dolores, sus padecimientos sin término, la injusticia de sus perseguidores, la pena inconsolable del justo que vió la verdad, que quiso sal-

var a su pueblo y no fué escuchado. Para terminar con esta magnífica invocación: "Desolado está el monte de Sion; las raposas se pasean por él. Empero tú, oh, Señor, permanecerás eternamente, tú solo subsistirás en todas las generaciones venideras. ¿Por qué te has de olvidar para siempre de nosotros? ¿Nos has de abandonar por largos años? Conviértenos, Señor, a Tí, y nos convertiremos; renueva tú nuestros días como desde el principio."

Perdida para nosotros ignorantes de la lengua hebrea, la estructura rítmica y demás recursos de forma de las Lamentaciones, todavía podemos percibir el prodigioso ritmo de las ideas y de las figuras. Majestuoso movimiento de dolor y de súplica al Altísimo anima esta obra, como todo lo que salió de la mente inspirada de Jeremías, y no es posible sustraerse a su imponente belleza literaria después de haber penetrado su sentido.

Gran poeta lírico es Jeremías y a pocos como a él puede aplicarse ese calificativo porque sus obras son cantos perfectos que traducen los sentimientos íntimos de una individualidad poderosa. Las ideas, y seguramente la forma en el original, siguen el curso variado y palpitante de las emociones del poeta.

Pero al mismo tiempo, son tan dramáticos los sucesos narrados o a que las profecías se re-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE CHILE

fieren, tan vivos los diálogos del Profeta con Jehovah, con el pueblo, con los Reyes, con los sacerdotes, que a veces Jeremías cobra relieves de poeta dramático y se diría que el lector asiste a una tragedia sublime y enorme.

Tragedia grandiosa, más alta aún que la de los mayores genios de la Grecia, de acento religioso como las de Esquilo, escrita con realismo cruel y pintando pasiones formidables como Eurípides. Sólo que en Jeremías no sopla el viento de la fatalidad que domina a los hombres, sino que la presencia de Dios y el albedrío humano, Dios respetuoso de la libertad de que dotó a la naturaleza humana para que fuera a un tiempo responsable de sus actos, son como los polos en que gira el pensamiento del autor.

Tragedia dolorosa del fin de un pueblo y de una civilización sobre cuyos escombros había de nacer el mundo moderno, la nueva espiritualidad y los destinos gloriosos de la humanidad entrevistos por los Profetas.

EZEQUIAS Y DANIEL.

CAUTIVERIO Y ESPERANZAS

En una nación cuyo soberano efectivo era Jehova, que gobernaba por medio de sus representantes directos, los Profetas no podían dejar de ser a un tiempo reformadores religiosos, predicadores de la moral individual y enérgicos tribunos de una renovación política.

Isaías tiene el carácter de un restaurador de la religión espiritualista olvidada por los cultos de los dioses de países vecinos que representan una religión materialista y sensual. El genio lírico da a sus cantos un gran valor literario y una vibración poderosa que sacudió hasta el fondo el alma israelita. Isaías está lleno de esperanzas, promete al pueblo la protección continuada del Dios de sus mayores siempre que vuelva a las vías que el mismo Jehova trazó en el pacto de Alianza con su pueblo escogido; le anuncia la ve-

nida de un Mesías que nacerá de una Virgen y que será el restaurador de Israel y del mundo.

Jeremías vive tiempos más turbios y parece como si hubiera perdido ya toda esperanza de un regreso del pueblo israelita a sus antiguas costumbres y a su fe. Jehovah está cansado de aguardar el arrepentimiento. El Profeta predice los desastres que sobrevendrán como castigo del abandono de Jehovah y reconoce que esos castigos son necesarios. Sobre las ruinas de la nación prevaricadora, Jehovah edificará una nueva Sion, un Estado feliz en que el Señor establecerá su morada para siempre. Es necesario que Israel perezca para que se renueve.

Entre los habitantes de Judá que el rey de Babilonia había deportado, mientras vivía aún Jeremías a quien el conquistador había respetado, se hallaba un joven formado en la escuela de Jeremías y sacerdote como él. Es siempre interesante establecer si los Profetas tienen o no carácter sacerdotal porque ésto crea diferencias fundamentales en su acción. Este joven era Ezequiel, más penetrado aún que Jeremías de la idea sacerdotal y ritualista. Este último, había tenido la valentía de decir a los sacerdotes, cuando se consagraron a restablecer los actos externos de la religión en conformidad a la ley del Deuteronomio, que a Jehovah no podían satisfacerle los ritos si el corazón del pueblo no se le entregaba en espí-

ritu y en verdad. Era, por otra parte, la doctrina que desde el primer momento de su gloriosa misión, había predicado también Isaías.

La acción de Ezequiel es una continuación de la obra de Jeremías. Jehovah lo inspira en conformidad a las necesidades nuevas de su pueblo. La nación se hunde cada día más en la disgregación, en la disolución, bajo el yugo de un conquistador poderoso. El signo visible de la unidad del pueblo escogido tiene que ser la práctica de la religión. Así se conocerá a los que deben formar la nacionalidad futura cuando se cumplan las promesas del Señor. El Estado ha desaparecido. Sólo queda la religión como vínculo para impedir el aniquilamiento total de la nacionalidad. Jeremías había pensado igual cosa al aconsejar el sometimiento a Nabucodonosor en vez de una lucha estéril. Quería salvar los restos de la nacionalidad del naufragio total.

Ezequiel es el Profeta del cautiverio. Llevado a Babilonia con miles de sus compatriotas, recibe la misión de conservar la fe religiosa, las costumbres antiguas, la tradición de la Alianza con Jehovah entre ese núcleo de israelitas a quienes el padecimiento del cautiverio predispone mejor para morigerarse y para abrir sus corazones a la esperanza.

Tenía Ezequiel alrededor de unos treinta años de edad cuando fué llevado cautivo a Babi-

lonia y es probable que viviera allí el resto de sus días.

Pasa de ordinario el Profeta Ezequiel por el más obscuro de los Profetas mayores. El mismo San Gerónimo en su admirable comentario se detiene como perplejo ante algunas de sus profecías. Y es que Ezequiel procede por la descripción de visiones que ha tenido, algunas de las cuales encierran un simbolismo o sentido esotérico no siempre fácil de discifrar. No alcanza el vuelo lírico y la claridad y fuerza imaginativa de Isaías, ni tiene la dulzura mezclada a la energía de ese asombroso genio en que la inspiración divina se sirve de uno de los mayores genios poéticos que ha tenido la humanidad. No posee el acento dramático de Jeremías cuya obra, como dijimos, parece en conjunto una vasta tragedia en que el anticipado conocimiento que Dios tiene de la ruina de su pueblo, se muestra a un tiempo con la libertad que deja a sus criaturas para arrepentirse o para recibir el castigo como responsables de sus actos por obra de esa misma libertad. Pero, en cambio, hay en Ezequiel, en la majestad de sus visiones, en su apocalíptica conciencia del desastroso futuro, un misterioso encanto, una como anticipación del águila de Patmos, que nos fascina y nos deja el temeroso sentimiento de que estamos penetrando con el Pro-

feta en un mundo extrahumano donde los destinos de las naciones se cumplen bajo la mirada dolorida de un Dios que ama a los hombres, que hace mucho por salvarlos, pero que los ve caminar a su ruina por no haberlo escuchado y respeta el albedrío que él mismo les dió.

Es sobre todo la noción clara de que Israel debe morir, de que la nación podrida debe ser entregada a sus enemigos para que sea posible su restauración en un futuro lejano, lo que inspira a Ezequiel, lo que aparece en el fondo de sus visiones.

La obra de Ezequiel, que probablemente no fué leída al pueblo, sino que ha debido circular entre los cautivos y fué, sin duda, comunicada a los que quedaron en Judea, como llegaban hasta los cautivos las cartas vibrantes de Jeremías para mantener su confianza en las promesas, comienza por una visión.

Venía del Norte un torbellino de viento y una gran nube y un fuego que se revolvía dentro de la nube y un resplandor alrededor de ella y en su centro una imagen brillante como de ámbar. Y en medio de aquel fuego se veía una semejanza como de cuatro animales cuya apariencia era esta: "había en ellos algo de semejante al hombre; cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas; sus pies eran derechos y la planta de sus pies como la planta del pie de un becerro y des-

pedían centellas como el acero muy encendido." La descripción sigue prolija, complicada, en cada detalle, descripción de las alas y las manos que estaban debajo de las alas. "No se volvían cuando andaban sino que cada uno andaba según la dirección de su rostro. Y el rostro lo tenían de hombre y todos cuatro tenían cara de león a su lado derecho y al lado izquierdo todos cuatro cara de buey y en la parte de arriba todos cuatro cara de águila.... Y andaba cada cual según la dirección de su rostro y según los llevaba el ímpetu del espíritu.... Parecían ascuas de ardiente fuego y como hachas encendidas.... Veíase discurrir por entre los animales un resplandor de fuego y salir del fuego relámpagos.... Y mientras estaba yo mirando los animales apareció una rueda sobre la tierra junto a cada uno de los animales y la materia de las ruedas era a la vista del color del mar, y todas cuatro eran semejantes.... Era tal su altura y circunferencia que causaba espanto el verlas, y toda la circunferencia estaba llena de ojos por todas partes.... Y caminando los animales andaban también las ruedas y cuando los animales se levantaban de la tierra, se levantaban también del mismo modo las ruedas. A cualquiera parte donde iba el espíritu allá se dirigían también las ruedas y sobre las cabezas de los animales había una semejanza de firmamento como maravilloso cristal y oía yo el ruido de las alas

como ruido de muchas aguas, como trueno del excelso Dios; así que caminaban el ruido era semejante al de un gran gentío o como de un ejército.... Y cuando salía una voz del firmamento los animales y las ruedas se paraban y aquellos bajaban sus alas.... Y había sobre el firmamento que estaba encima de sus cabezas un trono de piedra de zafiro y sobre aquel trono un personaje.... Cual aparece el arcoiris en una nube en día lluvioso, tal era el aspecto del resplandor alrededor del trono. Esta visión era una semejanza de la gloria de Jehovah."

Así se abre el libro de las profecías de Ezequiel con una visión que sólo fragmentariamente, en lo esencial, hemos reproducido para no alargar y evitar sus repeticiones y lentitud, aunque el texto completo tiene una majestad grande y una curiosísima precisión de detalles.

Pero bajo la obscuridad de estas imágenes el pensamiento del Profeta se desenvuelve sin vacilar un punto, en línea recta. Mientras Jerusalem está todavía en pie, mientras luchan el mundo de corrupción y sensualidad que no quiere morir, y el mundo nuevo animado del espíritu divino, Ezequiel repite la voz de Jeremías. Jehovah ha sacado su espada de la vaina y caerá sobre todos los que lo abandonaron por dioses falsos y se entregaron al pecado, violando la antigua ley purificadora. Jehovah quiere deshacer-

se de ese cadáver de una nación que no supo corresponder a sus favores y se fía aun de sus falsos profetas prometedores de venturas fingidas. "Hijo de hombre, vaticina contra los falsos profetas de Israel que se entrometen a profetizar. ¡Ay de los profetas que siguen su propio espíritu y nada ven! Tus profetas, oh Israel, son como chacales que ladran en las ruinas." "Y cuando te preguntaran, dice Jehovah a Ezequiel, ¿por qué gimes?, responderás: por la nueva que corre, porque viene el enemigo y desmayarán los corazones y desfallecerán todos los brazos y decaerán los ánimos de todos, y todas las rodillas darán una contra otra de puro miedo.... Está aguzada y bruñida la espada a fin de que reluzca.... Esta espada se ha empleado contra el pueblo mío, contra todos los caudillos de Israel que habían huído; entregados serán a su filo junto con mi pueblo.... Israel es como escoria impura y como quien junta cobre y estaño y hierro y plomo, en la fragua y pone fuego debajo para fundirlos, así os recogeré lleno de furor e ira y allí os congregaré y os abrasaré con el fuego de mi furor y en medio de él os derretiré.... Hijo de hombre, dile a ella (a la nación judía): Tú eres una tierra inmunda y no humedecida con lluvia y rocío del cielo. Hay una conjuración de falsos profetas; como león rugiente arrebata la presa, así han devorado las almas; sus sacerdotes han despreciado mi ley.... No

han sabido hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano, ni distinguir entre lo inmundo y lo puro.... Sus príncipes están en medio de ella como lobos para derramar sangre y destruir vidas y buscar usuras como pábulo de su avaricia."

Si coincide Ezequiel con Jeremías en el terrible anuncio de los futuros desastres, tiene este nuevo carácter su profecía: Jehovah pondrá a su pueblo, en un crisol cuyo fuego encenderá en su ira para hacer con esos restos impuros una nueva nación purificada.

Y la noticia que Ezequiel aguardaba al comienzo de esta profecía, llega a los cautivos. Jerusalem está reducida a cenizas. Ha llegado el cumplimiento de los vaticinios de los Profetas. Desde ese instante se diría que la cólera de Jehovah se apacigua. Su Profeta habla otro lenguaje. Es que Jehovah no ha querido destruir su rebaño, sino solamente a sus malos pastores. Son los pastores de Israel los culpables máximos. "Ay de los pastores de Israel.... Vosotros os alimentáis de la leche del rebaño y os vestís de su lana; habéis dado muerte a las reses más gordas y no apacentáis vuestra grey. No habéis sostenido al débil, ni curado al enfermo, ni vendado al herido, ni recogido a los descarriados, ni buscado a la oveja perdida. Las habéis gobernado con violencia y dureza. Y entonces se dispersaron, faltas de un pastor, y fueron presa de las bestias salvajes...."

En adelante Jehovah será el pastor de su rebaño. Recogerá en todos los países a su pueblo disperso en el día de la tempestad y lo llevará a pacer en las colinas de Israel.

La antigua ley de la herencia fatal que castigaba al pecador hasta la cuarta generación es reemplazada por la responsabilidad individual. "Nuestros padres, dice Ezequiel en una imagen de una admirable fuerza, comieron uvas verdes y a los hijos se les destemplaron los dientes. Juro yo, dice el Señor Dios, que esta parábola no será ya más un proverbio en Israel. Porque todas las almas son mías, como es mía el alma del padre, lo es la del hijo; el alma que pecare, esa morirá; y si un hombre fuere justo y viviere según derecho y justicia tendrá vida verdadera." "¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no antes bien que se convierta de su mal proceder y viva?"

Toda esta parte de la profecía de Ezequiel no sólo revela la evolución hacia los consuelos que debían suceder a las amenazas de Isaías y a los anuncios aterradores de Jeremías, sino que además se siente venir en ella como un soplo de la nueva ley de misericordia y de justicia. "Yo juzgaré, dice el Señor Dios, a cada uno según sus obras.... ¿Por qué has de morir, oh, casa de Israel; pues yo no deseo la muerte de aquel que peca, dice el Señor Dios; convertíos y viviréis".

Estas palabras de Ezequiel son un eco y ampliación de Jeremías que también había expresado en bellísima forma, aunque no tan explícitamente, la promesa de misericordia. Y de este modo los Profetas son como la alborada del cristianismo, no sólo por sus repetidos y precisos anuncios del Salvador que vendría a redimir a los hombres, sino también porque por su intermedio Jehovah deja entrever al pueblo escogido la nueva ley.

Es muy interesante en el profetismo la importancia que tiene Nabucodonosor rey de Babilonia, conquistador y opresor del pueblo de Israel, que llevó cautivos a su Rey, sus nobles y gran parte de sus ciudadanos. Nabucodonosor ha destruído a Jerusalem, pero al mismo tiempo será el destructor de los enemigos de Israel y de Judá, de todas esas naciones que los han combatido, traicionado, arrastrado a la tentación y a los vicios por el contagio de sus costumbres y la invasión de sus dioses. Ammon, Edom, los filisteos, han acogido con transportes de alegría el hundimiento de Judá y la profanación de sus santuarios, devastación de su territorio y cautividad de su pueblo. De Moab ha salido el grito burlesco que Ezequiel nos transmite: "¿Dónde está Jehovah? Ya véis que la casa de Judá es como cualquiera de los otros pueblos."

Ezequiel predice en una serie de profecías

de un acento nobilísimo por su forma literaria y gran movimiento dramático la ruina de todos esos pueblos, su castigo por la mano de Nabucodonosor y otros instrumentos de la ira divina. Entre los consuelos que el Profeta prodiga a sus hermanos cautivos, este es uno de los más eficaces: castigados serán los enemigos del pueblo de Dios y ésta es prenda de que el Señor cumplirá su promesa de libertarlo finalmente, de reconstruirlo fundido y hecho de nuevo en la fragua de su ira, purificado para que viva una nueva existencia.

Entre todas esas profecías que abarcan a los pueblos de Ammom, Moab, Idumea, los filisteos, Tiro, Egipto, Asiria, ninguna más brillante que los capítulos destinados a anunciar a Tiro su trágico destino. Los habitantes de Tiro han celebrado la caída de Jerusalem y han dicho: "¡Bien le está!; Jerusalem ha quedado hecha un desierto... Y esto dice el Señor Dios: Oh Tiro, heme aquí contra tí; yo haré subir contra tí muchas gentes como olas de un mar borrascosa y arrasarán tus muros y derribarán tus torres y arrasaré hasta el polvo de ellas dejándote como una peña lisa..."

Tiro es la mayor potencia económica de su tiempo en aquel lado del mundo. Allí afluyen los tesoros de todos los pueblos, el oro de Tarshish, los caballos de Armenia, las pedrerías de Aram, los vinos de Damasco, los rebaños de Arabia, los perfumes de Saba, los esclavos de Sabán. Tiro es

rica, sabia, poderosa, señora de los mares. Sus navegantes y mercaderes recorren todo el Mediterráneo. Es el emporio más grande del mundo. Ezequiel entona una lamentación sobre la muerte de Tiro y describe su belleza y poderío: "Tus ciudadanos te edificaron y embellecieron con toda suerte de ornato; construyeron de abetos del Sanir todas las crujías al uso de las barcas; para hacer tu mástil trajeron un cedro del Líbano; labraron encinas para formar tus remos y de marfil de la India hicieron tus bancos y tus magníficas cámaras de popa de materiales traídos de las islas de Italia; para hacer la vela que pende de tu mástil se tejió el rico lino de Egipto con varios colores; el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa formaron tu pabellón."

Nada más hermoso que esta alegoría en que la nación de navegantes y cuyos tráficos llegaban a todos los extremos del mundo conocido, que amontonaba en su ciudad lo más rico y bello de la producción de todas partes, está figurada en una barca fantástica hecha de materiales preciosos. Y Tiro caerá en el abismo con sus marineros y sus mercaderes, sus tesoros y sus magnificencias.

Le toca su turno al Faraón de Egipto, cocodrilo sumergido en su majestuoso río. Jehovah ha dicho: "Mío es el río, y yo pondré un freno en tus quijadas, cocodrilo que yaces en medio de

tu río, haré que los peces se peguen a tus escamas y a tí y a todos los peces os arrojaré al desierto y quedaréis varados en la playa y te daré la visión de Ezequiel y allí encuentra a los otros como pasto a las bestias de la tierra y a las aves del cielo." Y el Faraón desciende al infierno en pueblos enemigos de Judá. Allí están Elam, Messek, Toubal, Edom y los sidonianos, allí también Assur y sus muchedumbres incontables. El Profeta exclama en nombre de Dios: "Mas no morirán con la muerte de los valientes incircuncisos que perecieron y bajaron al sepulcro con sus armas y debajo de cuyas cabezas pusieron sus espadas, donde yacen con sus huesos los instrumentos de sus iniquidades con que fueron el terror de los fuertes en la tierra de los vivos". Y Faraón se consuela al ver que también esos otros pueblos han caído en el castigo que a él y a su pueblo agobia.

Un Profeta del cautiverio, que figura entre los que llamamos menores, Habacuc, ha dejado una oración de extraordinaria belleza y profundo sentido que los eruditos conocedores del hebreo consideran una de las joyas literarias de la Biblia. Habacuc implora de Dios que tenga misericordia de su pueblo y dice: "¿No existes tú desde el principio, oh, Señor Dios mío, mi Santo, y no eres Tú el que nos preservará de la muerte? ¡Oh, Señor! tú has destinado a éste, (a Nabuco-

donosor) para ejercer tu venganza y le has dado gran poderío para castigarnos. Tú que tienes los ojos puros para mirar la iniquidad y que no soportas el espectáculo del mal, ¿cómo puedes mirar a estos pérfidos, y callarte cuando el malvado devora al que es más justo que él? Tú has reducido a los hombres a la condición de peces y reptiles del mar que no tienen un rey que los defienda. Ese pueblo los pesca con su anzuelo, los arrastra con su barredera, los recoge en su red y entonces está contento y salta de alegría. ¿Siempre se le ha de ver vaciando sus redes para comenzar de nuevo a estrangular a los pueblos sin piedad?"

El plan de Dios está expuesto por Ezequiel en forma atrevida y serena: "Mientras los de la casa de Israel quedan sobre la tierra la mancharán con su conducta y sus delitos. Yo he descargado sobre ellos mi cólera a causa de la sangre que habían derramado sobre la tierra que contaminaron con sus ídolos y los he dispersado entre las naciones..... Os perdoné por amor de mi santo nombre, dice el Señor, no por vosotros, oh casa de Israel. Yo os sacaré de entre las naciones y os conduciré a vuestra tierra. Y vertiré sobre vosotros agua pura y quedaréis purificados de todas las inmundicias, y os limpiaré de todas vuestras idolatrías. Y os daré un nuevo corazón y pondré en vosotros un nuevo espíritu y quitaré

de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.... Y haré que guardéis mis preceptos y observéis mis leyes."

Es preciso imaginar el efecto de estas promesas magníficas en que se presienten el bautismo y la renovación de las almas por la nueva ley que se aproxima, sobre aquellos cautivos reducidos a una vida miserable, aplastados material y moralmente por el desastre nacional y que debían reflexionar sobre las advertencias desoídas de los Profetas predecesores de Ezequiel. La nacionalidad judía hallaba en el Profeta la única esperanza de su conservación y en torno suyo se agrupaba puesta su confianza en Jehovah. Ellos habían sufrido, pero también caería la mano vengadora sobre sus enemigos que habían profanado el santuario del Dios verdadero, y para ellos, para los míseros cautivos, se abría ahora el cielo de una resurrección. Todas las fatigas, todas las amarguras no eran sino una manera de purgar las faltas. La misericordia venía hacia ellos tras de la ira.

Entonces refiere Ezequiel la más célebre de sus visiones, la que ha sido objeto de comentarios admirables desde los tiempos remotos y servido a artistas, a poetas, a apologistas, a exegetas como un punto de partida de variadísimas explicaciones. Conviene hacer una transcripción más detenida de este cuadro en que el Profeta

alcanza tal vez la perfección de su estilo y equilibra con la serenidad de su expresión y nobleza de sus conceptos la sensación medrosa del espectáculo que le ha sido revelado.

"La virtud del Señor se hizo sentir sobre mí y me sacó fuera en el espíritu del Señor y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos. E hízome dar una vuelta alrededor de ellos: estaban en grandísimo número sembrados en el campo y en extremo secos. Díjome el Señor: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos pueden revivir? Oh, Señor Dios, respondí, tú lo sabes. Y bien, profetiza sobre estos huesos y díles: "Huesos áridos, oid las palabras de Jehovah. He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis; pondré sobre vosotros nervios y haré que os crezcan carnes y las cubriré de piel, y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor." Y profeticé como me había mandado, y mientras yo profetizaba, oí un gran ruido y sobrevino una conmoción y uniéronse huesos a huesos, cada uno por su coyuntura. Y miré y observé que iban saliendo sobre ellos nervios y carnes y se cubrían de piel; más no tenían espíritu. Y díjome el Señor: Profetiza al espíritu, oh hijo de hombre y díle: Esto dice Jehovah: Ven tú, oh espíritu, de las cuatro partes del mundo y sopla sobre estos muertos y resuciten." Profeticé, como me había dicho y entró el espíritu en los muertos y resu-

citaron y se puso de pie una muchedumbre grandísima de hombres."

La grandiosa profecía continuó con la promesa de que Jehovah reunirá las casas de Israel y de Judá, y nunca más se contaminarán con los ídolos y sus abominaciones, "y serán purificados y yo seré su Dios. Y mi siervo David será Rey sobre ellos y uno solo será el pastor.... Y haré con ellos una alianza de paz que será para ellos una alianza eterna...." Nótese que la esperanza última con que el pueblo debe mantener su fe es el principado de un descendiente de David que inaugurará el reino de la paz, de la misericordia, del amor.

Para preservar al pueblo en esta fe, Ezequiel por mandato de Jehovah profetiza la reconstrucción del templo de Salomón. Es en extremo curiosa la descripción del templo futuro en la cual no falta el más pequeño detalle. Describe los muros, sus materiales, el plan interior y la ornamentación exterior, la medida exacta en codos y palmos de cada cámara y de cada ventana o puerta y de cada zaguán, las proporciones que deben guardar entre sí las diferentes partes, las escalinatas, los atrios, los pórticos, los altares, las mesas de los holocaustos, el Santo de los Santos con sus ornamentos, dónde debían tallarse en la piedra fuguras de querubines y dónde hojas de palmera, con las medidas de todo y un sin fin de ex-

plicaciones prolijas, como si la visión fuera la de un edificio colosal que el Profeta tenía materialmente a su vista.

Es pasmosa la visión del templo y más aun el relato de la entrada de Jehovah en su casa, trozo de una majestad imponente. El Profeta cae en tierra anonadado hasta que el espíritu lo alza y el Angel que lo guiaba le habla, y oye la voz que dice: "Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono y el lugar de las huellas de mis pies en donde tengo mi morada en medio de los hijos de Israel para siempre." Oye después el Profeta nuevas instrucciones para la restauración del culto de Jehovah, las ceremonias de la consagración, el restablecimiento del ministerio sacerdotal, los sacrificios descritos menudamente, todo el ritual restaurado y purificado. La visión de esperanza prosigue. El Profeta ve que debajo de la puerta oriental del templo salen aguas a borbollones, aguas que limpian, que entran en el mar mismo y hacen salutíferas las ondas saladas, aguas que dan vida a todo el que las tocare, figura de futura redención. Por fin, el Profeta de las visiones termina por oír a Jehovah la delimitación de las tierras que dará a Israel y la división precisa de ellas entre las diversas tribus.

La impresión producida en el pueblo judío por la visión de Ezequiel debió ser hondísima, impresión de pavor, de esperanzas, de fortaleza para

confiar aun en medio de sus desventuras en que Jehovah nunca lo abandonaría. Cuenta un gran escritor israelita casi contemporáneo nuestro que un día, viajando en la India, encontró a tres rabinos que venían el uno de Varsovia, el otro de Jerusalem y el tercero de Boukhara y recorrían el Asia recogiendo limosnas para sus hermanos. Y el de Jerusalem le dijo que, en sus correrías por la Persia, había visitado al norte de Teherán una aldea llamada Gilead poblada enteramente por judíos descendientes de las osamentas resucitadas por Ezequiel. Y el escritor judío añade: "No sabía el rabino que él mismo era uno de esos, y todo Israel desciende de esos cadáveres reanimados por el profetismo."

Se viene a la memoria la infinita tristeza y ternura de aquella queja de Jesús cuando profetiza contra los fariseos: "Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! Cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo el ala, y tú no quisiste."

Si los cantos y anuncios de Ezequiel habían infundido en el pueblo cautivo la confianza en su Dios y Señor, la esperanza de una restauración del reinado temporal de Israel y una renovación espiritual por la ratificación del pacto de alianza, mucho más debieron afirmar estos sentimientos los vaticinios e historias contenidas en otro libro

de la cautividad y que relata los hechos principales de la vida de un Profeta llamado Daniel.

El Libro de Daniel es, en realidad, el himno triunfal. Isaías proclamó la reacción espiritualista; Jeremías predijo los castigos que caerían sobre el pueblo de Israel por haber abandonado a su Dios y permitido que se corrompieran sus costumbres y su vida nacional; Ezequiel anunció la ruina de Israel, pero también la de sus enemigos, y abrió los corazones a la esperanza de una restauración por el espíritu; resucitarían los muertos, al soplo del divino amor los huesos se cubrirían de carne y vivirían; clarea una nueva ley de perdón y de amor. Daniel alentará aún más a sus hermanos en el cautiverio por la predicción del triunfo final de Israel.

El Libro de las profecías de Daniel tiene diferencias esenciales con los demás de los grandes profetas. En parte es la narración histórica de los hechos maravillosos de la vida del Profeta, y en parte contiene sus profecías o predicciones inspiradas sobre los sucesos que sobrevendrían en torno de Israel y demás pueblos de aquella parte del mundo. Es este el único libro de la Biblia escrito en dos lenguas, en hebreo los primeros capítulos y algunos finales en Aramaico, un dialecto de la Palestina. Probablemente todo el libro fué traducido al Aramaico y más tarde, perdida

una parte del texto hebreo, se la reemplazó por la traducción aramaica, y así nos ha llegado.

La existencia histórica de Daniel tiene numerosas confirmaciones en grandes autores fuera de los libros sagrados. Lo menciona Josefo el célebre autor de las Antigüedades Judaicas, y Epifanio da detalles biográficos de Daniel y lo cuenta entre los grandes Profetas. Y en estos historiadores, como en el propio libro que lleva su nombre, Daniel aparece como una de las figuras más simpáticas, más llenas de encanto humano que hallamos en la antigüedad hebraica.

Cuenta el Libro de Daniel en su primer capítulo que el jefe de los eunucos o mayordomo mayor del Rey de Babilonia, Nabucodonosor, después que éste hubo enviado cautivo el Rey Joaquín y saqueado el templo cuyos vasos mandó a su propio país y al templo de sus dioses, recibió orden de elegir entre los hijos de Israel "de la estirpe de sus reyes y nobles" un cierto número de muchachos, dice el relato bíblico, "que no tuviesen defecto, de bella presencia, completamente instruídos, adornados de conocimientos científicos y bien educados, y dignos de estar en el palacio del rey, a quienes se enseñaría la lengua y las letras de los caldeos." Fueron elegidos Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Lo primero fué cambiarles sus nombres judaicos por otros caldeos y Daniel fué llamado Baltasar nombre con que apa-

rece en algunos pasajes del libro que narra su vida.

Toda la primera parte de la obra está escrita en forma animadísima y de un interés casi novelesco por la extraordinaria viveza del relato, su belleza literaria y su encanto maravilloso. El rey Nabucodonosor tiene un sueño que ha consternado su espíritu y luego ha huído de su memoria. Convoca a sus sabios, sus astrólogos, sus magos, los descifradores oficiales de los sueños que en aquellos tiempos y en aquel país tenían una importancia fundamental en la vida del soberano. Los intérpretes piden que el Rey les relate el sueño; pero éste contesta que no puede creer de antemano que será cierta su interpretación si antes no le dicen cuál ha sido el sueño; el Rey sospecha que su respuesta no es sino un medio de ganar tiempo para forjar una explicación. A lo que los sabios y magos replicaron que tal cosa era imposible y que no había vidente o rey o lo que fuera, capaz de decir cuál era el sueño que el Rey había olvidado. Nabucodonosor entró en gran cólera y mandó que quitasen la vida a todos los sabios que había en Babilonia entre los cuales se incluía a Daniel y sus compañeros.

Supo Daniel la sentencia contra los que ahora llamaríamos los intelectuales y habló con Arioch, capitán de las tropas del Rey; pidió una audiencia, vió al monarca y solicitó un plazo para

hallar la solución del obscuro problema. Fuése a su casa, conversó con sus compañeros, los otros jóvenes elegidos con él para servir al Rey, y les rogó implorasen el auxilio divino para que alumbrase aquel arcano.

Jehovah bendijo a Daniel con el don de profecía y éste, al sentir que el soplo del Espíritu había entrado en él, entonó un bellísimo himno de acción de gracias por haberle dado a conocer lo que el Rey había visto en sueños. Llevado a la presencia de Nabucodonosor, Daniel le dijo que podía revelarle su sueño mejor que sus magos y arúspices "porque hay un Dios en el cielo que revela los misterios y éste te ha mostrado, oh Nabucodonosor, las cosas que sucederán. Tú te pusiste a pensar en la cama, le dijo, en los tiempos venideros, y aquel que conoce los misterios te ha hecho ver lo que ha de venir."

El sueño del Rey de Babilonia es uno de los pasajes más populares de la Biblia y ha servido millares de veces a los escritores de todos los tiempos y todas las lenguas. Nabucodonosor, en la cumbre de su gloria y poderío, ha visto en sueños una estatua que tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata y el vientre y los muslos de cobre; pero una parte de los pies era de hierro y la otra de barro. Entonces se desgajó de la montaña una piedrecilla que fué a herir la parte de barro de los pies de la estatua y la desme-

nuzó. Cayó la estatua y se hicieron pedazos el hierro, el cobre, la plata y el oro y fueron reducidos a algo como el polvo del trigo en la era que el viento esparce. Pero la piedra que había herido la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

Daniel interpreta: Nabucodonosor es la cabeza de oro, rey de reyes, constituído por Dios que le ha dado fortaleza y gloria e imperio. Le sucederán otros reinos cada vez más débiles representados por la plata, el cobre, el hierro y el barro. Y, sobre sus ruinas, el Dios del cielo levantará un reino que a todos quebrantará y subsistirá eternamente.

Es imposible dejar de traer a la memoria a aquel otro israelita, también cautivo como Daniel junto con su pueblo, a José, que interpreta los sueños del Faraón de Egipto y gana con ello la más alta posición del reino extranjero. Así también Daniel, en recompensa de su sabiduría, oye a Nabucodonosor proclamar al Dios que ha dado al Profeta el poder de adivinar los sueños y explicarlos, el "Dios de los dioses, Señor de los Reyes, pues que revela los arcanos." Y luego le confiere la alta dignidad de príncipe, con muchos regalos magníficos y le otorga para tres de sus compatriotas diversas importantes funciones públicas.

Pero esta conquista de Daniel para su Dios se confirma y amplía cuando el Rey Nabucodo-

nosor hace erigir una estatua hecha de oro y manda que todos la adoren. Ordena el monarca que se notifique a los sátrapas, magistrados, jueces y capitanes del reino que acudan a adorar la estatua de oro. El pregonero va por calles y campos haciendo oir el mandato del Rey: "A vosotros pueblos, tribus y gentes de todas las lenguas se os manda que en la hora en que oyéreis el sonido de la trompeta y de la flauta y el harpa y la zampoña y el psalterio y la sinfonía, y de toda especie de instrumentos músicos, postrándoos adoréis la estatua que hizo levantar el Rey Nabucodonosor."

Solos entre la multitud de gentes de las varias razas que poblaban entonces el reino, los tres compañeros de Daniel, los jóvenes judíos Sidranch, Misael y Abdénago, los mismos a quienes el Rey ha conferido cargos públicos, se niegan a adorar la estatua. Llevados a la presencia del Rey, desafían su cólera afirmando su fe en un Dios que los sacará vivos del horno ardiendo en el cual Nabucodonosor amenaza arrojarlos. Y he aquí que, dentro del horno, los jóvenes andaban sobre las llamas y entonaban el cántico que la Iglesia católica repite en numerosos pasajes de su liturgia.

"Los tres jóvenes, dice el relato, como si no tuviesen los tres sino una sola boca" bendecían a Dios en palabras de grandiosa significación e in-

vitaban a todos los seres de la creación, de la tierra y del cielo, humanos y angélicos, a alabarle y bendecirle por los siglos. El agua, el sol, la luna, las estrellas, las lluvias y el rocío y las escarchas, el frío y el calor, los hielos y nieve, las noches y los días, la luz y las tinieblas, los relámpagos y las nubes, los montes y collados, mares y ríos, peces, aves, bestias todas y ganados oyen de sus labios esta invitación a alabar a Dios. Cada estrofa termina en un coro con las mismas palabras: "alabadle y ensalzadle por los siglos sobre todas las cosas."

Nabucodonosor vive algún tiempo tranquilo en su palacio. Se ha inclinado ante aquel Dios que adoran Daniel y sus amigos, confirmado por el prodigio del horno. Pero un día tiene de nuevo un sueño que lo inquieta. Ha visto en medio de la tierra un árbol altísimo de hojas hermosas y copiosos frutos, que a todos alimentan; a su sombra se cobijan las fieras y hacen nido en sus ramas los pájaros; y he aquí que "el santo que vela" descendió del cielo y ordenó que el árbol fuera cortado y solo quedaran en la tierra sus raíces y fuera su tronco caído sujeto con cadenas a la tierra para que lo bañara el rocío y se cambiara su corazón en el de una fiera y así pasarían siete tiempos sobre él.

Llamado de nuevo el profeta judío, interpreta rudamente el sueño del Rey de Babilonia. El

árbol de su visión es él mismo, es Nabucodonosor, elevado en su grandeza y cuyo poderío llega a los extremos de la tierra; el árbol será cortado y retenido su tronco con cadenas y entregado como pasto común de las fieras. "Te echarán de entre los hombres, dice Daniel, habitarás con las fieras, comerás heno como si fueras buey, serás bañado por el rocío y pasarán siete años hasta tanto conozcas que el Altísimo tiene dominio sobre el reino de los hombres. Redime con limosnas tus pecados y maldades, ejercita con los pobres la misericordia y tal vez el Señor te perdonará."

Y refieren los historiadores de la época que Nabucodonosor cayó en una profunda melancolía, convertida más tarde en un delirio; se apartó de los humanos, y en vida solitaria, imitando a las bestias, royendo las yerbas y raíces de los campos, dió muestras de haber perdido la razón. Su reino quedó bajo regencia y solo al cumplirse el plazo fijado por Daniel recobró el juicio.

La literatura de todos los tiempos ha hecho uso del bello capítulo del Libro de Daniel en que narra el festín del Rey Baltasar sucesor de Nabucodonosor, el festín sacrílego en que un millar de invitados come manjares exquisitos y cuando el Rey, dice el Libro, "está lleno de vino" manda traer los vasos de oro del templo de Jerusalem y en ellos beben los invitados y ofrecen libaciones a sus dioses. Entonces aparecen en el muro unos

dedos que escriben las palabras misteriosas: Mene, Tekel, Upharsin, el Mane, Tecel, Fares de la traducción española. Daniel, llamado a la sala del festín, explica el sentido de la escritura misteriosa: **Mene** significa numerar o contar, y el reino de Baltasar tiene sus días contados y se acerca su término; **Tekel** significa tomar el peso de una cosa y es que el Rey ha sido puesto en la balanza y hallado falto; **Upharsin** es despedazar y su reino será dividido y entregado a los medos y a los persas.

Daniel recibe del Rey un vestido de púrpura y una cadena de oro y se anuncia por edicto real que será el tercero en el reino. Aquella misma noche Baltasar muere asesinado, acaso en algún motín provocado por la embriaguez del festín. Y le sucede Darío que era medo.

Ante este nuevo monarca acusan a Daniel de rendir culto a su Dios Jehovah. Los grandes están envidiosos del joven israelita que por su comunicación con el espíritu divino y su ciencia humana ha alcanzado tanta autoridad. Y Darío ordena que lo arrojen en la fosa de los leones. Cuando el profeta conoce la sentencia, abre las ventanas de su casa y, mirando hacia Jerusalem, se pone de rodillas y adora y da gracias al Señor. En vano el Rey arrepentido al saber la piedad de Daniel quiere salvarlo. Los príncipes insisten y lo llevan a

la fosa y la cubren de una piedra y la sellan con el anillo del rey.

Al otro día, Darío hace levantar la piedra y Daniel le contesta desde el fondo y le refiere que un ángel cerró las bocas de los leones y fué hallado junto delante de Dios porque no había cometido falta ni tampoco delito alguno contra el soberano de Babilonia. Y éste hace arrojar a los enemigos de Daniel en la fosa y de nuevo colma de honores al Profeta.

Mencionaremos aquí otros dos episodios de la vida de Daniel que en el libro están colocados al final, pero que literariamente pertenecen al grupo de los relatos biográficos. Todos conocen la historia de Susana y los dos viejos, la mujer casta que se baña en su jardín cerrado en el que se han introducido dos viejos jueces amigos de su casa y que habían concebido malos deseos al verla todos los días hermosa y recatada junto a su esposo Joaquín. Son de esos viejos, dice el relato bíblico, de quienes habló el Señor cuando dijo "que la iniquidad salió de Babilonia por los viejos que eran jueces y estaban encargados de gobernar al pueblo". La contemplan ocultos, y cuando sus criadas la dejan sola, se acercan a ella y le hablan deshonestamente. Y como Susana los rechaza, van a denunciarla por adúltera. Llénase de gente la casa de Susana, que se ha refugiado allí envuelta apenas en su manto. Los malvados la hacen descubrirse, continúa el libro "para sa-

ciarse todavía en su hermosura" y el pueblo indignado pide para ella la muerte. Los viejos juran a la manera judía, poniendo su mano sobre la cabeza de la acusada, que la han sorprendido en delito y han visto a un joven huir del jardín. La muchedumbre les cree y Susana será conducida a la muerte. Entonces aparece un joven de pocos años (este episodio pertenece a la primera juventud de Daniel), increpa a la multitud su desvarío, declara que los viejos han mentido y pide que se les separe y se le permita hablar con cada uno de ellos. Los interroga separadamente: el uno dice que vió a Susana bajo un lentisco y el otro declara por su parte que la vió bajo una encina. Convencidos de falsía y perjurio, los viejos caen bajo el furor del pueblo, y Daniel crece en el concepto del pueblo.

El otro relato es el de los sacerdotes que Daniel, por una ingeniosa disposición, prueba que engañaban al Rey y al pueblo, haciéndolos creer que el ídolo comía los manjares exquisitos y bebía los abundantes vinos que le dejaban cada día y que servían de noche para los festines de los sacerdotes y sus familias. Luego mata Daniel, como San Jorge, al dragón que adoraban los babilonios y todavía, arrojado de nuevo en la fosa de los leones sale de ella respetado por las fieras en medio de las cuales lo hallaron sentado después de siete días, alimentado por el profeta Habacuc, a

quien un Angel ha revelado en Judea que debía ir a Babilonia y llevar comida para Daniel.

La animación de estos relatos es incomparable. Las historias se mueven con rapidez, iluminadas por imágenes brillantes, con el encanto de la literatura del oriente, más bellas aún que en los cuentos árabes o persas que han llegado hasta nosotros en una época posterior, con el prestigio de una espiritualidad finísima que todo lo penetra. Tienen estos capítulos del libro de Daniel gracia deliciosa, ingenua malicia, prolijidad en los detalles, sin que jamás el relato se arrastre o detenga, y una amable y ligera ironía. El perfume de las narraciones transmitidas en las veladas del hogar de una generación a otra se desprende de estos episodios biográficos de Daniel, junto con su sentido íntimo y sobrenatural.

La que llamaremos segunda parte del libro contiene las profecías o visiones de Daniel que, a la manera de Ezequiel, procede de ordinario por la exposición de lo que vió al serle revelado el futuro. Y así predice en figuras de un vigor casi gráfico, como dibujadas al agua fuerte, el levantarse y caer de grandes imperios, el paso por la historia humana de medos y persas y griegos y muchos misterios del fin de los tiempos. Ruega de nuevo el Profeta a Jehovah que establezca a su pueblo y tiene aquella revelación del Angel Gabriel, cuyas precisiones sobre la restauración

de Jerusalem y la venida del Mesías han sido objeto de tantos comentarios y llenado volúmenes de los escritores sacros del cristianismo y de otras religiones.

La Biblia emplea con frecuencia la expresión "semanas de años" como división del tiempo. Son períodos de siete años como son siete los días de la semana. Y así contados los años desde la fecha del edicto que mandó reedificar el templo de Jerusalem, como aparece en un libro posterior de la Biblia, resultan exactos los años transcurridos hasta el día en que Cristo fué bautizado y ungido del Espíritu Santo. "Sabe, pues, dice el Angel, y nota atentamente: Desde la salida de la orden para que Jerusalem sea otra vez edificada hasta Cristo-príncipe, pasarán siete semanas de años y sesenta y dos semanas y será nuevamente edificada la ciudad y los muros en tiempos de angustia".

Luego prosigue: "Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo, el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá, y destruirá la ciudad y el Santuario, y su fin será la devastación, y acabada la guerra se establecerá allí la desolación. Y el Cristo afirmará su nueva alianza con muchos en una semana y a la mitad de esta semana o sea tres años cesarán las hostias, (es decir los holocaustos) y estará en el Templo la abo-

minación de la desolación y durará la desolación hasta la consumación y el fin".

A este pasaje de Daniel aludió Jesús al anunciar la ruina del Templo. Dice en el Cap. XXIV de San Mateo: "Por tanto, cuando viéreis que la abominación de la desolación, que dijo el Profeta Daniel, está en el lugar santo, el que lee entienda".

Los eruditos más eminentes de diversas confesiones han disertado mucho sobre los vaticinios contenidos en el Libro de Daniel, no sólo acerca de la ruina del templo, ante cuyos muros desolados van todavía a llorar miles de judíos peregrinos de todas partes del mundo, sino principalmente respecto del bautismo de Jesús, comienzo de su predicación y su muerte.

Daniel es el Profeta del triunfo místico. Israel revivirá a través de sus vicisitudes y purgará un día sus faltas por los padecimientos. Su imperio espiritual sobrevivirá a los imperios humanos que pasarán aventados por el viento de los siglos bajo el impulso de la cólera de Jehovah. Personalmente, Daniel es un símbolo del triunfo de Israel. De noble estirpe, hermoso, dotado de toda la ciencia espiritualista de los hebreos de su tiempo y habiendo adquirido toda la ciencia física de los caldeos, sagaz para conocer a los hombres, atrevido para hablar la verdad, sin miedo y sin reproche como un caballero de las edades

futuras, alcanza en extraña tierra poder y grandeza. Favorece a sus compatriotas desterrados, descifra arcanos, salva de todos los peligros que le tienden, descubre la falsía de los sacerdotes, ampara a los acusados con injusticia y maldad, proclama la inocencia de los honestos, es en verdad el caballero andante del Dios de justicia y de amor que lo ha elegido su Profeta y lo dotó del poder de descubrir el futuro y penetrar las humanas conciencias.

La obra de los grandes Profetas forma así un conjunto armónico. Separados entre sí a veces por siglos enteros, sus acentos constituyen una inmensa sinfonía; en ella tienen acento los dolores y pasiones de los hombres, pasan como truenos de ira los destinos de los imperios que alcanzan poderío y se derrumban como juguetes de niños; héroes y reyes son instrumentos pequeñitos del poder de Jehovah; y sobre todo ese mundo flota el Espíritu que desde la eternidad todo lo ve y todo lo sabe en un solo acto y, respetuoso de la libertad humana, envía a sus Profetas para que descubran el futuro, anuncien los castigos, llamen al arrepentimiento y proclamen las esperanzas de la misericordia.

Y a lo largo de esta sinfonía un tema se repite, un tema vuelve siempre, centro luminoso de toda esperanza, como si todo no tuviera otro objeto: De una Virgen nacerá un Hijo que será lla-

mado Emmanuel.... Y el principado será puesto en sus hombros... la ley de amor imperará sobre la tierra y un niño pequeñito será el pastor de la oveja y el león que andarán juntos... en un día ya fijado nacerá el Cristo, y será ungido, y pactará una nueva alianza con muchos, y su pueblo lo desconocerá y será llevado al suplicio y recibirá la muerte.

Así se confunden en una sola voz los acentos líricos de Isaías, los anuncios desastrosos de Jeremías, las visiones de Ezequiel en el cautiverio y el himno triunfal que forman la vida y profecías de Daniel.

Envidiemos al pueblo de Israel porque ningún otro puede presentar en su historia estos hombres que se alzan sobre sus contemporáneos, poseídos del espíritu divino y del estro poético, a un tiempo restauradores de la espiritualidad, censores de las costumbres, patriotas exaltados, hábiles políticos, tribunos del pueblo que señalan rumbos de política interna y externa, escritores cuyas obras han quedado como grabadas en la piedra, no tocadas por el tiempo, con relieve cada día más visible.

Ninguna otra nación tiene estos varones que hablan con santa independencia delante de reyes y sacerdotes, ricos y poderosos, de los que tienen la fuerza de las armas y disponen de vidas y haciendas, para echarles en cara sus vicios, para

llamarlos a la penitencia, para predecir ruinas por su olvido de las leyes morales y de la tradición nacional.

Hombres que en la hora de la tiranía y de la exacción, defienden a los oprimidos, condenan la esclavitud, maldicen la usura, denuncian la vida licenciosa y turban con sus rudas expresiones el festín de los dichosos de este mundo, para reclamar la parte de los pobres. Hombres que están delante de los jueces injustos, de los administradores corrompidos, de los generales crueles, de los gobernantes deshonestos, fulminando el rayo de sus acusaciones con la voz más enérgica y terrible que haya sonado jamás en el mundo, con una voz que todavía se oye desde el fondo de las edades y todavía conmueve y todavía amenaza.

Acaso jamás en la historia de la humanidad se ha oído a patriotas ardorosos, como eran los Profetas, instrumentos del Dios que había pactado alianza con su pueblo, decir a sus compatriotas, a sus reyes, a sus jueces: "Israel ha pecado, Israel ha salido de las vías del Señor, Israel está corrompido hasta la médula, y debe perecer. Derribarán su templo, arruinarán sus ciudades, pasarán a cuchillo a sus hijos, los que sobrevivan vagarán dispersos por toda la tierra, y sobre las ruinas del pueblo que fué escogido y no se cumplió su pacto, se alzará el nuevo reino de Dios en la justicia y la verdad, en el espíritu y el amor.

Nadie se atrevió jamás a tanto y jamás los hechos históricos, durante siglos y siglos, confirmaron de más espléndida manera el vaticinio pavoroso. Sólo destruyendo lo podrido se pudo rehacer.

HEROINAS DE ISRAEL

Sería interesante y variadísima una galería de las mujeres que figuran en la gran literatura hebrea. Cada una tiene en manos de los escritores de la Biblia una personalidad propia, psicología profunda; desde Rebeca a Esther, desde Ruth a Judith, hay una multitud de tipos encantadores.

Dos figuras nos atraen. Son las de dos heroínas nacionales del pueblo de Israel, liberadoras de la nación amenazada, que expusieron sus vidas y tesoros más preciosos que la vida por el bien de la comunidad.

La mujer judía tiene una dignidad infinitamente mayor que la mujer de cualquiera de los pueblos de Oriente en que de ordinario no era, ni es ahora, más que un número en el harem con fugitivos períodos de esplendores engañosos de favorita. La religión más elevada, la creencia en

la inmortalidad del alma y la igualdad espiritual de ambos sexos, una poligamia restringida que sólo se desarrolló con exceso en épocas de decadencia, la buena organización de la familia, el merito atribuído a las virtudes del pudor, del recato, de la consagración al hogar, daban a la mujer judía una mayor personalidad y una acción social, como diríamos hoy.

El Libro de Judith es un libro de guerras en el cual aparece magnífica la figura central de la heroína que, sin ser guerrera, sin haber vestido armadura de hierro, sin tomar parte en la lucha, con las solas armas de su belleza, su ingenio, su abnegación y su valor temerario, da a su pueblo una gran victoria.

Nabucodonosor, Rey de Nínive, que los eruditos identifican a veces con Asurbanipal, ha movido guerra a los pueblos de Occidente, derrotado a muchos y amenazado con invadir toda el Asia Menor. Sueña con el imperio del mundo y quiere ser adorado como Dios.

Envía el delirante soberano a sus embajadores para que exijan a los moradores de Cilicia, Damasco, el Líbano, el Carmelo, la Galilea, la Samaria y otras comarcas, que le rindan homenaje y se sometan sin aguardar la derrota por las armas.

Los hebreos dejan volver a los embajadores sin dar respuesta definitiva y precisa. Nabucodonosor jura vengarse y envía un grande ejército al

mando del General Holofernes para que los castigue. Son 120.000 combatientes a pie, 12.000 saeteros a caballo que, según el relato bíblico, "cubrían la tierra como langostas", multitud de camellos y carros de guerra, bagajes, provisiones, cofres de oro de las arcas reales.

Al paso de Holofernes, todas las ciudades se someten y de los pueblos sojuzgados obtiene nuevos regimientos. Los primeros capítulos del Libro de Judith son una animada descripción de la marcha de Holofernes con menudos detalles geográficos de las tierras que conquista, detalles que permiten seguir hoy en un mapa el curso de la invasión.

El sometimiento no libra a las poblaciones de ver destruídas sus ciudades y en ellas los templos y sus dioses. En lo sucesivo, proclama el general victorioso, sólo Nabucodonosor será reconocido y adorado como Dios.

Reina el pavor en Israel. Temen por Jerusalem y el Templo. El Sumo Sacerdote Eliacim procura conjurar el pánico recordando la gloriosa historia en que nunca faltó a su pueblo la protección de Jehovah.

En tanto, en el campamento de Holofernes se discute sobre este pueblo pequeño y débil que se encierra tras de sus montañas y desafía la cólera del más poderoso monarca y su terrible ejército. ¿Quiénes son? ¿Cuál es su poder? ¿Quién es su

Rey y su guía? Holofernes querría entender este prodigio de arrogancia silenciosa y extraña seguridad de ese pueblo deleznable.

Un oficial llamado Achior explica a Holofernes el secreto del pueblo de Israel y le cuenta su historia desde la adopción del monoteísmo, reconocimiento de un solo Dios, Jehovah, espíritu puro, Dios del cielo que mantiene con el pueblo escogido una Alianza y lo ampara y lo salva de todos sus peligros siempre que los israelitas observen las leyes que él les dió. Achior distrae la velada bajo la tienda de Holofernes con un animado resumen de las vicisitudes históricas de Israel y, por último, previene al General: si los israelitas no han ofendido a su Dios, será inútil pelear contra ellos porque Jehovah los protegerá.

Holofernes se irrita en su vanidad y en su desprecio por la religión israelita. Manda que lleven a Achior y lo dejen atado a un árbol delante de la ciudad israelita de Bethulia que está sitiando. Este episodio liga el Libro de Judith al espíritu general de la Biblia en que el pacto de Alianza entre Jehovah y su pueblo constituye el motivo principal, el fondo de todas las obras, la explicación de todos los hechos.

Los habitantes de Bethulia desatan a Achior y lo llevan a la ciudad con muestras de piedad y cortesía. El les relata lo ocurrido en el campamen-

to enemigo y da cuenta de las fuerzas con que Holofernes mantiene el sitio.

La suerte de Bethulia parece estar en manos del general que para estrechar el cerco se apodera de las fuentes que la proveen de agua, corta los acueductos que entran en la ciudad y hace sentir a los habitantes el tormento de la sed. Ante estos sufrimientos, la fe vacila. Los de Bethulia van a Ozías, príncipe del pueblo, y mostrándole su angustia, le piden que entregue la ciudad. Aturdido por el clamor popular, Ozías les pide aún cinco días de espera, un plazo para que Jehovah muestre su misericordia y si en ese plazo no han sido socorridos, Bethulia abrirá sus puertas a Holofernes.

Aquí entra en la acción la heroína Judith. Era una viuda de noble familia, dueña de considerable fortuna y de arrebatadora belleza. Desde la muerte de su marido, tres años antes del relato, se había retirado a un departamento en la parte alta de su casa y allí vivía muy retirada, envuelta en una reputación excelente, sin que jamás nadie hablase mal de ella, entregada a las prácticas religiosas, la penitencia y la oración.

Cuando oyó Judith lo que había resuelto Ozías bajo la presión del pueblo desesperado, buscó a dos de los ancianos y les increpó duramente el haber tolerado que de ese modo se pusiera un plazo a la Providencia divina. Judith, como un Pro-

feta, exhorta a sus compatriotas a confiar en Jehovah, a humillarse, pedir perdón de sus culpas y esperar el triunfo. Cuando dominados por la elocuencia de la hermosa viuda, reconocieron que decía la verdad, ella les reveló su secreto: aquella noche saldría de la ciudad con su criada; nadie debía indagar el objeto de su salida; el pueblo debía orar esos cinco días y de lo demás se encargaría ella. Creyeron en ella.

La figura es imponente desde los primeros momentos de su aparición en la historia. Cuando todos dudan, todos olvidan la gran tradición, una mujer confía, y busca la salvación del pueblo. Judith se prosterna y prorrumpe en una grandiosa súplica pidiendo fuerzas a Jehovah para realizar la terrible empresa; recuerda los antiguos favores de Dios a los israelitas, la liberación de Egipto, el triunfo del pueblo escogido sobre naciones que tenían incontables soldados, carros de guerra y poderosas armas; le pide que vuelva ahora su vista sobre el campamento de los asirios que confían en sus carros, sus picas, escudos y saetas, y les haga conocer que él, Jehovah, es el "príncipe que deshace las guerras". "Levanta tu brazo como en otro tiempo y con tu fuerza estrella su fuerza; caiga con tu ira el esfuerzo de estos que se prometen violar tu santuario y profanar el tabernáculo de tu nombre y derribar con su espada el cornijal de tu altar."

El pensamiento íntimo de Judith lo dice ella a su Dios cuando en esta elocuente plegaria añade: "Haz, Señor, que con su propia espada sea cortada su soberbia; sea preso en mí con el lazo de sus ojos y hiérele con los labios de mi amor; pon firmeza en mi corazón para despreciarlo y valor para derribarlo y será monumento de tu nombre que mano de hembra lo derribe."

Luego se dispuso a salir, tomó un baño, ungió con preciosos ungüentos su cuerpo, trenzó sus cabellos, "puso un bonetito sobre su cabeza y vistióse las ropas de su alegría, y se puso sandalias en los pies y tomó manillas y lirios y arracadas y sortijas, y se adornó de todos sus atavíos". Y dice el Libro que Dios le dió nueva belleza porque no se adornaba por liviandad, sino por la virtud del amor a su pueblo y para la defensa del templo amenazado.

Así pasaron Judith y su criada las puertas de Bethulia y llegaron al campo de Holofernes donde los centinelas sorprendidos dejaron pasar a la bella mujer que venía en busca del General. Su discurso ante los primeros oficiales que la interrogan es cautivante y seductor: ha venido para revelar a Holofernes los secretos de los israelitas convencida de que no hay para ellos esperanza y deseosa de hallar un poco de misericordia.

Conducida a la presencia de Holofernes, el soldado queda rendido ante la belleza de la viuda.

Ella, prosternándose, lo obliga a decirle palabras amables y a darle seguridades de que no es un bárbaro cruel y no hará daño a quien reconoce la majestad de su señor Nabucodonosor. Judith habla como venciendo su temor y cortedad, describe la angustia de sus compatriotas, la falta de víveres, y cómo han conocido que su Dios los castigará por sus pecados.

La red sutil está tendida sobre el espíritu del General. La música de las palabras de Judith y el encanto de su belleza obran sobre la vanidad del hombre que ve próximo el triunfo militar y el premio que espera darse. Lo concede todo a la viuda judía. Habitará en una tienda separada y tendrá libertad para salir por la noche al campo y orar a su Dios y hacer sus abluciones rituales. Así vive Judith tres días en el campo enemigo. Negábase a comer los manjares que Holofernes le enviaba por no faltar a su ley que le prohibe comer ciertos animales.

Al cuarto día, Holofernes mandó a su eunuco Vagán que indujera a la hebrea a que cohabitara con él por su propia voluntad. Excitado su deseo y aguzada su vanidad masculina, el soldado asirio se decía: "Es cosa fea entre los asirios que una mujer se burle de un hombre y pase de largo junto a él." Vagán transmitió el mensaje sagazmente e invitó a Judith a comer en compañía de Holofernes. Adornóse de nuevo con sus galas y

se presentó en la tienda del General. "Y el corazón de Holofernes se conmovió, dice el Libro, porque se abrasaba en deseo de ella."

Judith toma parte en el festín, come y bebe alegremente, sigue el humor de Holofernes a quien exaltan el vino y el espectáculo de la soberbia belleza de la viuda. Pero advierte el narrador que Judith sólo comía y bebía lo que su criada le había preparado, las viandas que su religión le permitía. Holofernes no tenía estos escrúpulos y "bebió vino con mucho exceso, cuanto jamás había bebido en su vida."

Al caer la noche, los servidores, rendidos por el vino, se retiraron unos en pos de otros y quedó Judith sola en la tienda suntuosa del asirio, pabellón magnífico hecho de púrpura, tejido de oro con esmeraldas y piedras preciosas. Fuera aguardaba en las sombras la criada que Judith había apostado allí.

Dormido Holofernes con el profundo sueño del ebrio, Judith se postró en tierra e invocó a su Dios; pide fuerzas en esta hora suprema para poner por obra lo que ha pensado "creyendo que puede hacerse por tí", dice a Jehovah. Luego desenvainó el puñal de Holofernes colgado a la cabecera del lecho, asió los largos cabellos de la cabeza del hombre dormido y le cortó la cabeza." El relato es realista: "quitó el mosquitero de los pilares del lecho y echó por tierra el cadáver;

luego salió, entregó la cabeza de Holofernes a su criada y le mandó que la echase en un saco."

No fué difícil para las dos mujeres huir del campamento. Salieron como si fueran a sus diarias abluciones y plegarias vespertinas. Rápidas corrieron hacia Bethulia protegidas por las sombras. La criada llevaba el saco con el trofeo sangriento.

La población se entrega al regocijo al oir el relato de Judith y ver el testimonio de su valerosa acción. Encienden luminarias y cuelgan de los muros la cabeza de Holofernes a quien Achior reconoce.

Judith es ahora el caudillo de su pueblo. Les ordena que al salir el sol tomen sus armas y salgan con ímpetu hacia el campamento asirio con ánimo de acometer. Los enemigos al verlos correrán a despertar a su General y al encontrar su tronco sin cabeza revolcado en su sangre, el temor se apoderará de ellos, huirán en desorden y los de Bethulia deben perseguirlos sin miedo porque el Señor los quebrantará.

Y como lo decía la heroína así se hizo. Los asirios desconcertados huyeron, dejando riquísimos despojos y se salvó Israel por la obra de Jehovah que halló instrumento fiel en una mujer.

El Libro termina en un cántico que Judith entona, trozo lírico de insuperable belleza. La heroína atribuye su victoria a Dios y le da gracias

por haberle dado fuerzas y librado a su pueblo. "El señor Dios Todopoderoso le hirió y lo entregó en las manos de una hembra que lo mató. Porque el poderoso entre ellos no fué derribado por mano de jóvenes, ni hijos de Titán le hirieron, ni le hicieron frente corpulentos gigantes, sino que Judith, hija de Merari, lo desmadejó con la belleza de su rostro. Porque se quitó el vestido de su viudez y tomó el vestido de alegría, para que saltasen de alegría los hijos de Israel. Ungió su rostro con ungüento y ajustó sus guedejas con el bonetillo, tomó vestido nuevo para engañarlo. Sus sandalias le arrebataron los ojos, su hermosura cautivó su alma, cortóle a cercén con un puñal la cerviz."

Como "anatemas de olvido", esto es para que el pueblo jamás olvidara lo que Dios había obrado por su mano, Judith ofreció en el templo todos los tesoros de Holofernes que el pueblo le había obsequiado al invadir el campamento y agregó el mosquitero del lecho que ella quitó antes de echar por tierra el cadáver.

Tres meses duraron a la oriental los festejos por esta victoria. Judith fué célebre en Bethulia y era la más esclarecida en toda la tierra de Israel, "pues a su virtud juntaba la castidad, de manera que no conoció varón desde la muerte de su marido." Agrega el narrador que la bella viuda comparecía en público sólo los días de fiesta y con grande gloria. Dió libertad a su criada y vivió has-

ta los ciento y cinco años de edad y fué enterrada en Bethulia. Y la lloró todo el pueblo siete días.

El Libro de Esther tiene analogías con el de Judith por ser también historia de una heroína nacional, libertadora del pueblo de Israel. En ambos, una mujer salva a la nación. Pero hay diferencias substanciales en los caracteres de las dos mujeres; cada una conserva su personalidad propia. La historia de Judith es más hebrea. La de Esther, relato de la cautividad, tiene tintes orientales. Los narradores bíblicos, escrupulosos en la veracidad de sus escritos, les han dado, sin pretenderlo, un fuerte color local y así el Libro de Esther se tiñe de la influencia del ambiente persa en que ocurren los hechos.

Corren los días de un Rey de Persia que la Escritura llama Ahasuerua, Asuero en español, y que los eruditos identifican con Jerjes. Reina desde la Etiopía a la India. Ciento veintisiete provincias están sometidas a su imperio.

En el tercer año de su reinado, Asuero ofrece un gran convite a los señores de su reino, y para mostrar las riquezas, la gloria, la grandeza y fasto de su reino, duran las fiestas ciento ochenta días. Pero, como si ni aun ésto fuera bastante para satisfacer su orgullo y vanidad, cuando ya estaban

para terminar estos festejos maravillosos, hizo Asuero que se invitara a todo el pueblo que se halló en Susan, su capital, "desde el mayor hasta el menor" y mandó que por siete días se aparejase un convite en el huerto y bosque plantado de mano y magnificencia reales.

La descripción del monstruoso festín popular es como un sueño de poeta árabe. Tiendas y pabellones de color celeste y blanco y jacinto, sostenidas por cordones de finísimo lino y de púrpura que pasaban por anillos de marfil y pendían de columnas de mármol; lechos de oro y plata sobre pavimentos de piedra color de esmeralda y de mármol de Paros en el cual se habían hecho dibujos en mosaicos; los convidados bebían en vasos de oro y cada vianda se servía en diferentes vajillas; un grande del reino presidía cada mesa y, (advertencia preciosa en esta clase de banquetes) dice el narrador que había gran abundancia de vinos excelentes, pero "nadie podía ser forzado a beber".

Recatada y digna, la Reina Vasthi no concurría a este festín al aire libre, pero ofrecía otro de no menor esplendidez a las mujeres de su reino en su propio palacio.

El séptimo día de esta serie que recuerda los "durbar" de la India, el Rey Asuero estaba ya más alegre y más acalorado por el vino y mandó en busca de la Reina con orden de que viniera

vestida con sus ropas de gala y llevando en la cabeza la corona real. Quería que el pueblo admirara la hermosura de su Reina. Vasthi sintió herida su dignidad de mujer. Le repugnaba exhibirse ante la muchedumbre ebria y se negó a ir. El Rey montó en cólera y consultó sin demora a sus astrólogos y magos sobre el grave caso.

La Reina había ofendido al soberano con su desobediencia y también a los Príncipes de Persia y al pueblo entero y a todos los pueblos de las provincias representados en la gran multitud que aguardaba su aparición. Los magos y astrólogos examinan el delicado asunto y piensan que si ésto llega a oídos de las mujeres del reino, será un malísimo ejemplo, tendrán en poca cosa a sus maridos y se dirán: el Rey la mandó llamar y ella desobedeció. Los sabios resuelven aconsejar al Rey que repudie a Vasthi, que la arroje del trono y designe en su lugar otra Reina. Debe además enviar cartas a todas las provincias para que se conozca el castigo y se advierta a todas las gentes de esta enseñanza: "que los maridos son los dueños y los superiores en sus casas." De esta suerte, creen los astrólogos y magos que se restablecerá el equilibrio social perturbado por la rebeldía de la Reina Vasthi.

Asuero no vacila y tras de repudiar a su reina, fija edictos en todas las provincias llamando

a las más hermosas doncellas a que comparezcan para que elija el Rey su nueva esposa.

Vivía en la capital un judío llamado Mordecal, (en la versión española Mardoqueo) desterrado allí desde los tiempos de Nabucodonosor. Con él estaba su sobrina e hija adoptiva Edissa a quien llamaban Esther, probablemente por el nombre de la diosa babilónica de la fertilidad y del amor, Isthar, nombre que también se daba al planeta Venus, con lo cual se aludía a la belleza de la joven judía.

Conducida Esther al Harem del Rey para competir con las demás doncellas que aspiraban a la corona real, omitió por consejo de su tío, declarar su nacionalidad. Una dura y larga experiencia debía hacer entender al sagaz y astuto Mardoqueo, que el odio y desprecio a los judíos, entonces tan vivos como ahora en ciertos países, sería una injusta desventaja para su bellísima sobrina. Atento al resultado del curioso certamen de belleza con premio de un trono, Mardoqueo se pasea por delante del palacio en que están celosamente guardadas las doncellas ansioso de saber si la joven judía continúa en buena salud.

El concurso se desarrollaba con gran lentitud. Las doncellas permanecieron doce meses allí encerradas para que durante seis meses ungieran sus cuerpos con óleo de mirra y otros seis usaran "de ciertos afeites y aromas". Para emplear una

expresión moderna, el Rey quería que estuvieran en buena forma al presentarse ante su vista.

Todas se adornaban espléndidamente al llegar la hora solemne de hacer su entrada en la cámara real. Menos Esther que, fiada de su belleza prodigiosa, sólo tomó lo que el eunuco encargado de su custodia quiso darle "porque era de increíble belleza y a los ojos de todos parecía graciosa y amable."

Cuando el Rey la vió, "la amó más que a todas las otras mujeres y halló gracia y favor delante de él", y le puso sobre la cabeza la corona real y la hizo Reina en lugar de Vasthi. Y como en todas las bodas reales hubo festejos, donativos a las provincias, amnistía y perdón.

Mardoqueo rondaba el palacio. Conversaba con los soldados de la guardia. Oía las intrigas y murmuraciones de los eunucos. Y así pudo descubrir un complot contra la vida de Asuero. Halló modo de ponerlo en conocimiento de Esther, ella lo denunció al Rey y los conspiradores fueron debidamente colgados en un patíbulo. El hecho de que la nueva Reina había descubierto un criminal proyecto de asesinar al Rey, fué consignado en los anales del reino de Persia.

Entre los ministros de Asuero figuraba el favorito, el inevitable favorito de todos los soberanos asiáticos. Se llamaba Amán y era un Visir todopoderoso ante el cual grandes y plebeyos tenían

que doblar la rodilla. Sólo el judío Mardoqueo rehusaba rendirle homenaje. Su religión y su vida de alta cultura espiritual había ya dado entonces a los judíos este noble instinto de rebeldía contra los tiranos y una resistencia invencible a toda humillación delante de una criatura; su único soberano era Jehovah, espíritu puro. Mardoqueo, revolucionario en país extranjero, es el precursor de muchos judíos de nuestro tiempo.

Se enfureció Amán al darse cuenta de la altiva conducta de Mardoqueo y resolvió castigar por ella a todos los judíos del reino. El episodio es en extremo curioso. Reproduce cuanto después hemos visto en la Rusia de los Zares, y vemos todavía en algunos países que resucitan anacrónicamente las persecuciones contra los judíos. Amán, como los funcionarios de nuestro tiempo, prepara lo que se llamaba en Rusia un "pogrom", matanza organizada de judíos que las autoridades miran con benevolencia.

Las acusaciones que Amán presenta al Rey Asuero son idénticas en su forma general a las que hoy se hacen a los judíos. Hay un pueblo esparcido por todo el reino que vive separado, practica su religión y obedece a sus leyes propias, tiene ceremonias especiales y desobedece al Rey. Si se les extermina y además se confiscan sus bienes, que son cuantiosos, Amán ofrece entregar en las arcas reales 10.000 talentos. Así, entonces co-

mo ahora, un delito individual, el de Mardoqueo, sirve de base para perseguir a toda una raza.

Y salen los decretos que mandan exterminar en día fijo a los judíos, "viejos y jóvenes, niños y mujeres". Sus bienes serán saqueados. Si sus perseguidores no cambian, ni inventan métodos nuevos, tampoco han variado mucho los judíos en estos tres mil años. Dice el Libro de Esther que a todos se les veía llorando, lamentándose, alzando al cielo sus brazos y comenzaban sus ayunos y penitencias para aplacar la cólera divina.

Pero Mardoqueo es un hombre de acción. Cumplido su rito de desgarrar sus vestiduras y esparcir ceniza sobre su cabeza, se va a la plaza pública y allí agita al pueblo. De esta manera llega con sus exaltados compatriotas hasta las puertas del Palacio Real y logra que la Reina Esther, por medio de sus servidores, sepa lo que ocurre.

Esther siente conmovidas sus extrañas al oir del peligro que corren sus hermanos en raza y religión. Mardoqueo le ha hecho llegar instrucciones para que sin tardanza vea al Rey y defienda ante él a los judíos. Pero Esther, a quien el narrador bíblico presenta tan femenina, tan delicada, tan consistente en todos sus rasgos, vacila, teme por su propia vida. Ha treinta días que Asuero no la ha llamado a su presencia. Está olvidada por el que un tiempo cayó en la fascinación de su hermosura. Acaso ya no la ama. ¿Y

cómo llegar hasta el soberano? Hay pena de muerte para el que penetre en la regia cámara sin ser llamado.

Los mensajes de Mardoqueo siguen urgentes, imperiosos. "No creas, le hace decir, que tú te salvarás si los judíos son perseguidos, en la misma casa del Rey te alcanzará la mano implacable; y debes pensar que tal vez Dios te ha puesto ahí para que seas la salvadora de tu pueblo." Esther pide la ayuden con oraciones y le den tres días y tres noches. Acaso así cobrará fuerzas para afrontar el peligro.

Hasta entonces ha sido Esther la bella judía que ha ocultado su nacionalidad y gozado de los honores y ventajas que le ganaron sus encantos. Ahora el llamamiento de sus hermanos le da de súbito una vocación política, la raza despierta en ella y luchará con el ministro omnipotente y desafiará la cólera del monarca asiático caprichoso, cruel, celoso de su majestad casi divina.

Esther usa sus armas femeninas. Viste sus vestiduras reales. Se hace más bella y deslumbradora en sus atractivos y se dirige a los departamentos del Rey. Al llegar a la puerta de la sala del trono, se detiene a la vista de Asuero. La potencia de la hermosura obra el milagro. Asuero baja maravillado de su trono y tiende a Esther el cetro de oro y le ofrece darle, si se la pide, la mitad de su reino. Esther se contenta con

rogar al Rey que venga a comer con ella, en compañía de su visir Amán, en sus departamentos privados. La costumbre de convidar a comer que siguen hasta hoy los diplomáticos es bastante antigua.

Tras de largas libaciones en que, según el relato, Asuero había participado en abundancia, el Rey renueva a la Reina su ofrecimiento: pida lo que quiera y se lo dará aunque sea la mitad de su reino. Esther gradúa friamente su poder sobre el hombre enamorado. Pide al Rey y a su Visir que de nuevo al día siguiente, la honren con su compañía y entonces solicitará algún favor.

Al salir del banquete en el palacio de la reina, Amán está de buen humor. Conversa con sus amigos y se siente en la cumbre de su privanza. No sólo lo honra el Rey, sino que también la Reina Esther lo ha invitado únicamente a él a comer en compañía del soberano.

Pero allí, a las puertas del palacio, está sentado Mardoqueo, austero, grave en su dolor, vestido de un sayal, reproche viviente para el Ministro. Y al ver pasar a Amán, no sólo no le rinde homenaje, sino que ni siquiera se alza de su asiento. Amán declara que toda su felicidad y grandeza son nada mientras vea a aquel hombre sentado a las puertas del palacio. Su mujer y sus amigos le aconsejan que mande a preparar una horca para colgar al judío rebelde. Los gober-

nantes de ese tiempo tenían esa ventaja: podían ahorcar a la oposición demasiado insistente.

Aquella noche, el Rey Asuero no pudo dormir y para distraer su insomnio, mandó que le leyeran las historias y anales de los tiempos pasados de su reino. Los cortesanos debieron pensar que aquello era como leer diarios viejos, y que acabaría por dormirse; pero al llegar al pasaje en que se relataba la conspiración y cómo la descubrió Mardoqueo, se interesó en la lectura y preguntó qué recompensa se había dado al hombre que le salvó la vida. Contestaron que ninguna. En ese instante y muy a tiempo, entró en la cámara real el Visir Amán. Venía a obtener la autorización para ahorcar a Mardoqueo.

La narración toma un jiro característico de los cuentos e historias de los pueblos imaginativos en que las coincidencias y los extraños e ingeniosos caminos por donde los héroes escapan a los mayores peligros forman una prodigiosa trama.

Asuero pregunta a Amán qué debe hacerse con aquel a quien el Rey desea honrar. El vanidoso Visir no duda que se trata de él mismo y contesta que debe ser vestido de vestiduras reales, montado sobre uno de los caballos que monta el Rey, con la corona real en la cabeza y el primero de los príncipes debe llevar el caballo de la brida, gritando por las calles: "Así será honrado todo aquel a quien el Rey quisiera honrar:" "Da-

te prisa, replica el Rey y tomando el manto real y el caballo, haz todo lo que has dicho con el judío Mardoqueo."

Es el mismo Amán, el primero de los príncipes y grandes del reino, quien lleva de la brida el caballo en que cabalga Mardoqueo vestido del manto real. Y es él mismo, suprema humillación, quien grita en medio de la muchedumbre agolpada en la plaza: "De tal honra es digno aquel a quien el Rey quiere honrar." Termina el paseo triunfal y Mardoqueo vuelve a sentarse en las gradas del Palacio. Su misión aun no ha terminado.

Amán conversa con su mujer y sus amigos. Temen ya que sea peligroso luchar con los judíos; comienza a sentir la obra de las fuerzas espirituales que esa raza opone a la fuerza material; hay en ellos un poder que acaso proviene de sus creencias, de su fe en un Dios personal, próvido, que ampara a su pueblo.

Estas reflexiones son interrumpidas por los mensajeros que llaman a Amán al convite de la Reina. Juntos entran el Rey y el Ministro en la cámara privada de Esther.

"Y le dijo el Rey, después de haber entrado en calor con el vino: ¿Qué petición es la tuya, Esther, para que se te conceda? ¿y qué quieres que haga?; aunque pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás." Esther sube finalmente a la altura de

la heroína, y se identifica con el interés de su nación. "Si he hallado gracia en tus ojos, oh Rey, concédeme la vida y la de mi pueblo por quien intercedo. Hemos sido entregados yo y mi pueblo a ser destruídos, degollados; ojalá fuera siquiera a ser vendidos como esclavos, que fuera menor mal que la crueldad del enemigo implacable que nos persigue."

Pregunta airado el Rey quién es ese, cuál es su poder, cómo tiene osadía para tanto. Y Esther denuncia a Amán, el primer Ministro, el favorito, el todopoderoso.

Asuero se alza de la mesa del banquete y sale al huerto. La frescura de la noche necesita para templar la fiebre de sus sienes. En vano Amán ruega a Esther que lo salve. Cuando el Rey vuelve a la sala la suerte está echada. A una señal del monarca los eunucos arrojan un manto sobre la cabeza de Amán y se lo llevan. Uno de los eunucos observa que hay en casa de Amán un alto madero preparado para ahorcar al judío Mardoqueo, y recibe la orden de colgar allí al Visir.

Mardoqueo entró en Palacio y recibió del Rey el anillo, signo del cargo de primer Ministro, el anillo con que se sellan los documentos reales y que todavía se recuerda en Inglaterra con el cargo de Lord del Sello Privado y en Francia con el título de Guarda Sellos, que llevaba el Ministro de Justicia. No es Mardoqueo el primero ni será

el último de los judíos que desde José hasta algunos personajes modernos, llegaban a las altas funciones políticas.

La heroína no se detuvo a medio camino de su empresa libertadora. Pidió la revocación de los edictos contra los judíos, y mensajeros reales salieron con gran prisa para llevar a las provincias la noticia. Asuero concedió además a los judíos la venganza, el derecho de matar a sus enemigos y apoderarse de sus bienes. No se hicieron rogar para ello porque, según el relato bíblico, mataron a 75,000 de sus perseguidores o enemigos en todas las provincias, y en este número entraron los diez hijos de Amán. Aplicaban la ley de la venganza, hasta hoy sagrada en el oriente, a pesar del cristianismo: ojo por ojo y diente por diente.

En tanto, Mardoqueo se presentó vestido como un príncipe, con vestiduras color jacinto y celeste con corona de oro en la cabeza y cubierto de un manto de seda y púrpura. "Y pareció a los judíos que les nacía una nueva luz." Se entregaron a grandes fiestas, convites y ceremonias religiosas. El judaísmo se puso de moda en Persia y muchas gentes abrazaban la religión que había llegado al Gobierno. Para conmemorar este día de liberación, Mardoqueo y Esther fundaron la fiesta de Purim o de las Suertes, "porque el Pur, esto es, la Suerte, había sido echada en la urna." Y hasta el día de hoy, cada año los judíos cele-

bran en todo el mundo la fiesta milenaria de Purim acerca de la cual el mismo Libro de Esther tiene en el original hebreo numerosos documentos, visiones de Mardoqueo, las cédulas reales de Asuero con la liberación y otros detalles.

Se comprende que la historia de Esther haya sido tratada por muchos escritores en poemas y obras teatrales. Su carácter dramático, la pompa del escenario, la hacen seductora.

Acaso la más notable de las obras inspiradas por este Libro sea la tragedia de Racine escrita a pedido de Madame de Maintenon para los alumnos de St. Cyr. Llevaba doce años sin escribir obras teatrales el célebre dramaturgo. Concibió su obra con coros a la manera griega, y Moreau, un organista ilustre, escribió la música. Racine mismo dirigía los ensayos y a la primera representación asistió un Obispo muy interesado en asuntos literarios: Monseñor Bossuet, Obispo de Meaux.

La tragedia de Racine sigue el texto bíblico despojado de sus crudezas, limado a la francesa, y resulta de una dignidad bastante fría si se compara con el realismo caluroso y viviente del relato hebreo. Sin embargo, se le considera la obra en que el estilo de Racine ha llegado a su mayor perfección, especialmente la letra de los coros en que se muestra gran poeta lírico. Los caracteres

de Esther y de Amán quedarán siempre entre las creaciones más bellas de Racine.

Y ahí se ve lo que produce en un gran poeta moderno la inspiración bíblica, y cuán exquisito es el vino viejo vertido en odres nuevos.

FIN

INDICE

	Págs.
PROLOGO, de Gabriela Mistral	7
LA LECTURA DE LA BIBLIA	23
EL LIBRO DE JOB	31
MOISES	59
SAMUEL	77
DAVID	107
SALOMON y sus obras	143

PROFETAS DE ISRAEL

ISAIAS	179
JEREMIAS, el tribuno	207
EZEQUIAS Y DANIEL	243
HEROINAS DE ISRAEL	281

BIBLIOTECA CENTRAL UNIVERSIDAD DE CHILE

PRECIO
$ 35 - m/l.
"GRAE" Edit.

Imprenta Santo Domingo 1645, Santiago

Fabricación Chilena
Printed in Chile